

2013

# LETRA

## INTERNACIONAL

116

9 euros



**LA CRISIS DE EUROPA**

*Josep Borrell*

**APARTAR EL ISLAM DEL ISLAMISMO**

*Abdelwahab Meddeb*

**SOCIALISMO Y CATALANISMO** *Juan Antonio Cordero*

PEDRO ROSA MENDES • TOM ENGELHARDT • GUTMARÓ GÓMEZ BRAVO  
TONI MONTESINOS • JUAN CARLOS PANIAGUA MONTERO • DOMÈNEC RUIZ DEVESA  
JOSÉ LUIS REY • GIL PADROL • SALVADOR CLOTAS • LUIS ARTIGUE



# EL SOCIALISTA

ÓRGANO DEL PARTIDO OBRERO

Por trimestres: España, 1 peseta; Ultramar, 1,50;  
D; Otros países, 1,75. VENTA: Paquete de 30 números,  
Los pagos se efectuarán en sellos de comunicaciones,  
no certificará la carta, ó en letras de fiscal obrera.

APARECERÁ LOS VIERNES

Redacción y Administración: Zorzo

Las suscripciones se reciben: en Madrid, en la Ad-  
ministración, en el domicilio de los correspondientes  
provincias, en el domicilio de los correspondientes  
provincias directamente al Administrador. La cor-  
respondencia, á Pablo Iglesias; la de administración, á A-

## PROGRAMA DE NUESTRO PARTIDO

I

temos á cumplir lo que prometimos en nues-  
tro programa, dando á conocer los hechos y ra-  
sones de fundamento á los principios é ideas  
en el programa del Partido Socialista Obrero.  
No ostará de más que, al intentar su análisis,  
figurar á la cabeza de este trabajo. Por lo  
que reducimos aquí:

La sociedad es injusta porque divide á sus miembros  
en clases y categorías: una, la burguesía, que  
tiene el instrumento de trabajo, es la clase dominante;  
la otra, que, no poseyendo más que su fuerza vi-  
viente, es el proletariado.  
La explotación económica del Proletariado es la causa pri-  
ncipal de su miseria; la miseria social, el  
resultado intelectual y la dependencia política;  
los privilegios de la burguesía están garantizados por  
el Estado, del cual se vale para dominar al Proletariado;

La burguesía, la razón y la justicia exigen  
que se destruya el Estado y el antagonismo entre una y otra clase des-  
truyéndose ó destruyéndose el estado social que las  
sustenta.  
No puede conseguirse sino de un modo: transfor-  
mación individual ó cooperativa de los instrumen-  
tos de producción en propiedad común de la sociedad entera;  
transformación de la sociedad en un todo.  
La transformación de la propiedad se  
debe hacer por el poder político, del cual se vale la burguesía  
para garantizar sus privilegios.  
Estas razones, el Partido Socialista declara que  
son:

1. La posesión del poder político por la clase tra-

como clases, del clero y la aristocracia  
que se esfuerza por volver al antiguo régimen y man-  
de la clase dominante, los restos de la teocracia  
y aristocrática se confunden en todos los países  
la burguesía, á quien provee sus servicios como  
residuos de la aristocracia.  
De las distintas clases sociales que existen  
riores existieron sólo la burguesía y el obrero.  
ra: constituyeron primero la burguesía y el obrero.  
que, disponiendo de los instrumentos de trabajo,  
pian una parte del producto que ellos producen.  
dos de ellos; pero los instrumentos de trabajo que  
ponen ellos mismos en sus manos.  
El proletariado, que carece de los instrumentos de  
der vivir, ó mejor aún, de los instrumentos de  
gados á vender su fuerza de trabajo, sus  
cantidad muy inferior á valores que produce.  
El  
militarismo, la magistratura, el clero, la  
cetera, no son hoy clases sociales, sino  
tuidas ó mantenidas por la burguesía para que de-  
sus intereses; y los individuos que figuran en ellas  
de ambas clases, aunque la mayoría son de  
filas de los desheredados.

Desde el momento que hay una clase que  
que vive á expensas de otra clase — el proletariado —  
diferencia, el odio, el antagonismo entre una y otra  
nen forzosamente que existir. Mientras el desarro-  
dustrial, agrícola y comercial ha estado continen-  
tro de ciertos límites, esas diferencias, odios y antag-  
mos han permanecido ocultos y encubiertos algún tanto  
por las relaciones aparentemente amistosas y amigables  
que existían entre obreros y maestros ó patronos. En  
esta época los choques y conflictos entre unos y otros  
apenas existían. Pero inmediatamente que á la pequeña  
industria, al cultivo en pequeño y al comercio en redu-  
cida escala sucedieron los grandes talleres, la división  
del trabajo y los inventos mecánicos, las costumbres se-  
mi-patriarcales existentes entre pequeños burgueses y

el movimiento político, los Gobiernos, ver-  
clase burguesa, ni prestan atención á sus mi-  
se preocupan de buscarles algún remedio  
trario, aprovechando el estado letárgico de  
rios, coimamos y muévense con más por exte-  
po de la explotación obrera, bariendo los co-  
se oponen al acrecentamiento de la fortuna  
explotadora. Si en vez de estar adormeci-  
proletarias pelean en el campo político por  
explotación y aliviar su malestar, entonce-  
nos, atentos siempre al interés de la clase  
tan, al interés de la burguesía, niegran á  
reclamaciones de aquéllos, persiguiéndolos  
habérselas formulado, y si alguna vez coden  
obrerros, como en la lucha económica, han  
su fuerza.

En estas contendas la clase proletaria t-  
en cuenta su actitud, si sus movimientos  
judicial en algo los intereses de la burguesía  
ella le importa es ver el modo de arranc-  
número de concesiones. Más todavía: los m-  
que, por error, militan en los bandos bur-  
hallan animados de sentimientos de concor-  
contrario, siéntense impulsados casi siemp-  
de mejorar su condición mermando los mon-  
villegos de la clase explotadora.

Finalmente, por doquiera que tendan  
antagonismo entre la clase obrera y la clase  
manifiesta abiertamente: podría decirse qu  
el aire que respiramos.

Ahora bien: ¿es verdad que este antago-  
dicion los escritores burgueses, lo han inve-  
cialistas? Contestar afirmativamente sería  
bien más á desear un disparate.

El antagonismo social existente, como l-  
mos anteriores, no lo han inventado los  
tampoco los que no lo son: ese antagonism  
secuencia natural, precisa, de la forma de pr-  
guerra. Lo que los socialistas han hecho ha  
brífido, conocer su origen y señalarle á la cla-  
ra para que abandonara engañosos ideales

**EL SOCIALISTA**  
**(1886-2011)**  
**PRENSA**  
**Y COMPROMISO**  
**POLITICO**

El Socialista (1886-2011)  
Prensa y compromiso político  
ISBN: 978-84-95886-62-0



**DIRECTOR**

Salvador Clotas

**SUBDIRECTOR**

Manuel Ortuño

**CONSEJO DE REDACCIÓN**

Victoria Camps  
Gutmaro Gómez Bravo  
Luis Goytisoló  
Jon Juaristi  
Ludolfo Paramio  
Rosa Pereda  
Joaquín Pérez Azaústre  
Carlos Piera  
Josep Ramoneda

**LETRA INTERNACIONAL**

C/ Monte Esquinza, 30. 2º Dcha.  
28010 Madrid  
Tel.: 91 310 43 13. Fax.: 91 319 45 85  
editorial@fpabloiglesias.es  
www.fpabloiglesias.es

**DISEÑO GRÁFICO Y PRODUCCIÓN**

Calamar Edición & Diseño, S.L.

ISSN: 0213-4721

DEPÓSITO LEGAL: M-4655-1986

Revista asociada a:



Esta revista ha recibido una subvención de la Dirección General de Política e Industrias Culturales y del Libro del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte para la totalidad de los números editados en el año.



# DE LA CRISIS DEL EURO A LA CRISIS DE EUROPA

## ÍNDICE

### **POLÍTICA / EUROPA**

---

**JOSEP BORRELL**

De la crisis del euro a la crisis de Europa 5

**JUAN ANTONIO CORDERO**

Socialismo y catalanismo, ¿fin de trayecto? 17

---

### **POLÍTICA / PORTUGAL**

---

**PEDRO ROSA MENDES**

Portugal tras el telón de acero 35

---

### **POLÍTICA / ISLAM**

---

**ABDELWAHAB MEDDEB**

Apartar el islam del islamismo 49

---

### **POLÍTICA / EE.UU.**

---

**TOM ENGELHARDT**

La caída del imperio americano.

Historia, farsa y David Petraeus 53

---

### **HISTORIA**

---

**GUTMARO GÓMEZ BRAVO**

Julio Aróstegui: la historia vivida 62

**TONI MONTESINOS**

Lincoln y Marx: un debate paralelo 69

## EDUCACIÓN

---

JUAN CARLOS PANIAGUA MONTERO

¿Merece la filosofía un lugar en la educación? 73

## LIBROS / ECONOMÍA

---

DOMÈNEC RUIZ DEVESA

Las máscaras de la crisis 87

## LIBROS / HISTORIA

---

GUTMARO GÓMEZ BRAVO

Largo Caballero: el tesón y la quimera 100

## LIBROS / LITERATURA

---

JOSÉ LUIS REY

*Kafka* (Pietro Citati) 108

GIL PADROL

*Alma / 2020* (Javier Moreno) 115

SALVADOR CLOTAS

*Karnaval* (Juan Francisco Ferré) 120

LUIS ARTIGUE

*Entreguerras* (J. M. Caballero Bonald) 126

## CORRESPONDENCIA

---

FRANCESCO LUTI

Italia 129

URVASHI BUTALIA

India 132

ADOLFO BALTAR

Turín 136

# DE LA CRISIS DEL EURO A LA CRISIS DE EUROPA

*Josep Borrell*

Universidad Complutense de Madrid,  
Expresidente del Parlamento Europeo

**D**esde que en octubre del 2009 el primer ministro griego reconoció que su país tenía un déficit tres veces superior al máximo permitido (y que lo había estado ocultando durante años), la construcción europea empezó a sufrir la crisis más grave de su historia, amenazando la propia existencia del euro y creando una nueva división entre sus pueblos.

Es el momento de recordar a Jean Monnet y su célebre frase: “Europa se hará en las crisis y será la suma de las soluciones que a esas crisis se den”.

Por el momento la solución de la crisis está siendo difícil. Gracias a los *Guns of August* del Sr. Draghi del verano pasado, la zona euro parecía haber superado los riesgos de desintegración. Pero si la fase aguda de la crisis parecía superada, al menos hasta el reciente episodio de Chipre, ahora hemos entrado en una fase crónica y duradera de débil crecimiento, paro y recesión en los países del sur (sur en el sentido amplio porque también afecta a Francia y al Reino Unido) y altos riesgos de fractura social. Hay un creciente divorcio psicológico y político entre los países prósperos ribereños del Báltico (el Club Balt) y los mediterráneos (el Club Med), sumidos en la austeridad y la depresión. Aunque el euro parecía salvado, lo que está en peligro es el propio proyecto europeo. Como se dice en Bruselas, hemos quizá salvado el euro a costa de sacrificar Europa. La crisis ya no es financiera ni fiscal ni económica, es una crisis política del proyecto europeo.

Las elecciones italianas y la situación de paro y recesión en España y Grecia muestran la fractura social y los riesgos para el euro siguen siendo altos. Mientras no se cree una verdadera solidaridad política (lo que implica crear un cierto grado de mutualización de deudas) y se recupere el crecimiento mediante políticas que estabilicen el ciclo económico, la unión monetaria no será creíble ni estable.

Y, sin embargo, hay que reconocer que la crisis ha hecho progresar la integración europea en los últimos dos años más que en los diez anteriores. La crisis ha cambiado profundamente la teoría, la práctica, la percepción social e incluso los *leitmotivs* de la Europa unida, además de afectar a su papel geopolítico.

Se puede decir que esos cambios se han producido tarde y mal, que se ha hecho poco, a la fuerza a veces y casi siempre demasiado tarde. Pero a pesar de todo, se ha creado una solidaridad, impensable antes del 2010, entre los países del euro, a cambio de unas exigencias de austeridad que están precipitando en la recesión a los países afectados por la crisis.

En efecto, la crisis ha cambiado Europa. Y más deberá cambiarla todavía para evitar el riesgo de desintegración. El proyecto europeo ha sido capaz de pacificar Europa pero no de aportar una prosperidad generalizada y sostenible. Los países de la periferia mediterránea han perdido ya una década, su renta disponible ha vuelto a los niveles pre-euro. Tampoco se ha creado una solidaridad basada en la emergencia de un *demos* europeo. El euro ha acabado con la guerra de las monedas entre las economías europeas, pero, sin políticas económicas comunes que corrigieran los desequilibrios, ha servido también para enmascarar diferenciales crecientes de competitividad entre territorios y ha propiciado procesos de endeudamiento insostenibles.

Bajo la concepción alemana, los europeos quisimos crear una moneda sin política gobernada sólo por reglas predeterminadas e inamovibles. Pero vivimos en un mundo estocástico y ninguna regla puede prever la magnitud de los choques a los que habrá que hacer frente.

Al desaparecer el riesgo de cambio y bajar los tipos de interés reales en algunos países, el euro ha permitido endeudamientos insostenibles que no se han utilizado para potenciar las inversiones productivas, sino la especulación inmobiliaria y la hipertrofia bancaria.

No se previeron políticas económicas de acompañamiento a la moneda común. Se definió con precisión el papel del BCE, por lo que debía hacer y lo que no podía hacer. Pero se supuso que por alguna virtud auto-

mática, o casi milagrosa, el euro haría converger las economías europeas. Lo contrario se ha producido, los modelos económicos han divergido, algunos países han desarrollado grandes excedentes comerciales, otros se han hundido en los déficits.

Estos desequilibrios también existen dentro de un país. Pero las diferencias de estructura y competitividad se compensan con transferencias políticamente aceptadas, con más o menos dificultad, que mantienen la cohesión. Pero la zona euro no ha tenido ni políticas industriales a la escala europea ni sistemas de transferencia organizados entre países.

Se hubiera debido al menos articular las políticas macroeconómicas nacionales de forma cooperativa e impulsar el crecimiento a la escala de la zona euro mediante una política de inversiones a largo plazo. Pero el presupuesto comunitario se ha quedado reducido, o incluso disminuido, en el 1 % del PIB.

Las políticas nacionales adoptadas desde el final de los 90 han aumentado las divergencias. España ha favorecido su burbuja inmobiliaria mediante legislaciones urbanistas laxistas e incentivos fiscales. Como teníamos superávit fiscal, nadie advirtió que el modelo era insostenible. Pero no todos los problemas son fiscales, como cree el diagnóstico, equivocado, de la crisis. Grecia era un problema fiscal. España e Irlanda no lo eran. Por eso, una terapia basada en la reducción drástica y rápida del déficit, considerado la causa de todos los males, actuando a contracorriente del ciclo económico, no ha hecho sino agravar la crisis.

Alemania ha aumentado su competitividad mediante la exportación, no sólo por la moderación salarial, la innovación y la calidad tecnológica, sino también bajando las cargas sociales y aumentando el IVA, una política no cooperativa que equivale a una devaluación competitiva en el interior de la zona euro.

La falta de una mínima política común en materia de fiscalidad está haciendo estragos y creando problemas sistémicos de efecto retardado. Irlanda con su tipo bajo de sociedades drena recursos fiscales a los demás incluso sin necesidad de desplazamiento de actividad gracias al *profit shifting*. Ahora resulta que Chipre practica un *dumping* fiscal peor que el irlandés, con un tipo de sociedades todavía más bajo. Los impuestos que no pagaban las empresas y los beneficios deslocalizados acaban teniendo que ser pagados de forma brusca por las cuentas corrientes, creando una nueva amenaza de desestabilización para la eurozona.

¿Hasta cuándo vamos a mantener la ficción de que es posible una zona euro integrada monetaria y económicamente con estas enormes distorsiones fiscales? No sólo son injustas, con el tiempo acaban siendo desestabilizantes.

Tampoco hemos querido tener una política de cambio. Todo el mundo la tiene y el presidente Hollande la ha reclamado recientemente en Estrasburgo.

El sistema financiero no ha sido regulado de acuerdo con lo que implica una zona monetaria supranacional. Los europeos nos hemos creído el dogma de que los mercados asignan óptimamente los recursos. Todavía me acuerdo del comisario McGreevy, irlandés por cierto, que argumentaba en el PE, cuando la crisis ya había explotado, que no había que regular el sistema financiero.

No voy a insistir sobre otros defectos del euro de sobras conocidos, como la falta de un prestamista de última instancia, el papel limitado del BCE, la falta de mecanismos de gestión de crisis y de ayuda a un Estado en dificultad que se han tenido que improvisar en medio de la tormenta.

Pero todas las contradicciones, discrepancias y retrasos en actuar (que se siguen manifestando de forma increíblemente torpe en el caso de Chipre) han hecho que la crisis EN Europa se haya convertido en una crisis DE Europa.

Cuando, hace ya 3 años, fue patente que Grecia no podía financiarse en el mercado a tipos razonables, los demás países acabaron convenciéndose de que dejarla caer tendría efectos catastróficos, tanto sobre los países en situación de debilidad como sobre los bancos, especialmente los alemanes y franceses, con importantes cantidades de deuda griega en sus carteras. Pero ante la dificultad de reformar los tratados, se fueron construyendo nuevos instrumentos al margen del sistema comunitario. Se empezó por préstamos bilaterales y, después de muchos errores, pasos intermedios e intentos frustrados, se ha acabado creando un mecanismo permanente de ayuda financiera, el Mecanismo Europeo de Estabilidad, dotado de capital propio aportado por los Estados, que se financia en los mercados y que tiene una capacidad de préstamo de 500.000 millones de euros. Algo impensable antes de la crisis.

Pero en ese recorrido se han cometido muchos errores. Primero, las ayudas se han concedido in extremis, quizá porque llegar al borde del precipicio era la única forma de hacer que las opiniones públicas de los paí-

ses financiadores lo aceptasen. Segundo, se han concedido a cambio de una austeridad que contrae la actividad y hace más doloroso y difícil el reequilibrio fiscal. Tercero, se ha subestimado el contagio de la desconfianza y las anticipaciones de los inversores privados (eso que llamamos la especulación). Al anunciar (en la infausta declaración Merkel-Sarkozy de Deauville) que los tenedores de deuda pública sufrirían quitas, se precipitó la caída de Irlanda y Portugal. Después del *default* parcial de la deuda griega, España e Italia soportaron tipos de interés insostenibles y sólo fueron salvadas por la intervención del BCE en agosto del 2011, a cambio de reformas constitucionales, y por las palabras de Draghi en el del 2012.

Cuarto, el círculo vicioso que se dejó que se instalase entre las dificultades de las haciendas públicas y la solvencia de los bancos. Los Estados se endeudan para salvar a sus bancos y los balances de éstos se degradan como consecuencia de la desvalorización de sus carteras de deuda pública. Quinto, y como consecuencia de lo anterior, el parón brutal de los flujos financieros entre Estados y la reducción del crédito a la economía.

En estas circunstancias, sólo un agente económico capaz de suministrar liquidez en cantidad ilimitada puede evitar el pánico en los mercados. El BCE ha jugado este papel de prestamista en última instancia con respecto a los bancos a los que, desde el inicio de la crisis, les ha ido prestando cantidades cada vez más grandes con garantías cada vez más débiles y a tipos cada vez más bajos.

Pero los tratados prohibían, y prohíben, al BCE hacer lo mismo con los Estados. El gran cambio al que la crisis ha obligado es que el BCE ha acabado haciéndolo, o amenazando con hacerlo, por la puerta de atrás, es decir, el mercado secundario. Al principio tímidamente, a cuentagotas y casi pidiendo perdón, pero cada vez más, hasta que Draghi advierte que lo hará de forma ilimitada si es necesario. Con la condición de que antes los Estados hayan pedido ayuda al MES y se hayan sometido a una estrecha vigilancia. Está por ver que al final estas intervenciones se consideren compatibles con los tratados, pero de momento la posibilidad de intervenir ha hecho innecesario hacerlo. Ésta es una gran diferencia con lo que ocurre en EE.UU., o en el Reino Unido, cuyo Banco de Inglaterra detiene ya el 25 % de la deuda pública británica. Con razón dice el *premier* Cameron que los continentales se habían propuesto crear una unión monetaria sin ninguno de los atributos necesarios para que funcione: ni presupuesto federal, ni transferencias fiscales ni prestamista en última instancia.

Para corregir esta situación no hemos cambiado los textos ni alterado los dogmas, pero en la práctica los hemos contorneado. Draghi no puede decir, como Bernanke, que su política monetaria está condicionada por el nivel de paro. Pero se compromete a hacer “lo necesario y suficiente” para salvar el euro, y el BCE se ha convertido poco a poco en prestamista de última instancia de los Estados víctimas de la desconfianza de los mercados.

Para calmar esa desconfianza, los europeos hemos construido una solidaridad directa entre Estados a través de los fondos de ayuda financiera (gráficamente llamados en algunos países “fondos salva-Estados”). Y una solidaridad indirecta a través de la compra de deuda pública por el BCE.

Pero eso no basta. Hay que prevenir que la historia se repita, evitar nuevos desequilibrios que produzcan otra crisis y, sobre todo, sacar a los países periféricos de la espiral recesiva en la que han entrado. Es decir, profundizar en la integración de la zona euro para construir una “verdadera unión económica y monetaria”, como lleva por título el informe que H. van Rompuy ha elaborado para el Consejo Europeo.

De una forma muy resumida, podemos decir que estos cambios se articulan en torno a tres ejes. Una unión bancaria para corregir la peligrosa fragmentación financiera de la zona euro y la incapacidad de algunos Estados de salvar a sus bancos. Un nuevo sistema de reglas para evitar otro derrape fiscal a la griega. Y una política europea de crecimiento.

La unión bancaria está en marcha desde que fue aprobada en el Consejo Europeo de junio de 2012. Se basa en tres elementos. Un sistema de supervisión, confiado, con excepciones, al BCE. Un sistema de garantía de depósitos a nivel europeo cuyo principio ha estado a punto de naufragar en Chipre y sobre el que no hay ningún acuerdo para hacerlo realmente paneuropeo. Y un sistema de resolución de crisis bancarias todavía en estudio. El proceso será largo y difícil, la puesta en práctica del primer pilar condiciona los otros dos y es más fácil decirlo que hacerlo. Mientras tanto, el MES no puede recapitalizar directamente a los bancos y sus ayudas transitan por los Estados aumentando su déficit y su deuda, como bien sabemos en España. Y como han aprendido los chipriotas.

El segundo elemento, el sistema de vigilancia presupuestaria de los Estados se ha desarrollado ampliamente. Si las reglas fueran suficiente garantía (ya hemos visto que no), podríamos estar tranquilos porque en 2 años nos hemos dotado de un arsenal de reglas impresionante. Probablemente excesivo y demasiado focalizado en la policía del déficit público,

como si éste fuera el único desequilibrio peligroso (también hemos visto que no). Un pacto político, el denominado Pacto Euro+; un sistema de coordinación presupuestaria, el Semestre Europeo; un paquete de seis directivas (el *six pack*) aprobadas en noviembre del 2011 que refuerza la dimensión preventiva del Pacto de Estabilidad; un nuevo Tratado sobre la Estabilidad, la Coordinación y la Gobernanza (TECG) que introduce la llamada “regla de oro” al máximo nivel de las legislaciones nacionales y por la que se limita el déficit estructural al 0,5 % del PIB. En nuestro caso, en la constitución, lo que me parece una medida desafortunada. Y por si fuera poco, otras dos directivas, el *two pack*, recientemente aprobadas por el PE que refuerzan el control por la Comisión de los presupuestos nacionales y crean autoridades fiscales independientes en cada país.

Desde luego por reglas, a veces redundantes y repetitivas, no va a quedar. El problema, como hemos aprendido en España en la lucha contra la corrupción, es que no se trata de las reglas, sino de su aplicación efectiva, su *enforcement*. No voy a entrar en el análisis del TECG, llamado un *legal monster*, sobre el que tengo serias reservas, y no sólo por su naturaleza jurídica de tratado que afecta a las instituciones de la Unión pero que no es un tratado de la Unión y del que no son parte todos los países.

También, y por primera vez, se extiende la vigilancia preventiva a desequilibrios macroeconómicos distintos de los del déficit público. Como el crecimiento del crédito, de los salarios, de los precios inmobiliarios y de los desequilibrios comerciales. Pero con éstos se es mucho más benevolente y laxo. Las sanciones son más ligeras y los parámetros parecen hechos a la medida del cliente. Por ejemplo, el límite máximo de superávit comercial es del 6 %, y curiosamente la media del superávit alemán en el periodo 2008-2010 es el 5,9 % (mayor que el de China) y por tanto no se considera excesivo.

En política de crecimiento, los cambios inducidos por la crisis no están a la altura de los problemas a los que hay que hacer frente. Hace falta una verdadera política de crecimiento europea porque la austeridad sin crecimiento nos lleva directamente contra la pared. El ajuste de los diferenciales de competitividad a base únicamente de deflación en el sur, sin una contribución expansiva en los países excedentarios del norte, no es socialmente posible. Como dice *The Economist*, los del Club Balt tienen razón en exigir responsabilidad a los del Club Med, pero tienen que ser realistas en las exigencias que acompañan los *bailouts* y contribuir con sus políticas nacionales al reequilibrio del conjunto. Eso es especialmente cierto para

el triunvirato que dirige hoy la política económica europea: Alemania, Finlandia y Holanda. Ciertamente que los finlandeses sufrieron lo suyo para salir de la recesión causada por la implosión de la URSS y de su propia burbuja inmobiliaria en la década de los 90. Pero quizá deban recordar que no estaban en el euro y devaluaron su *markka* un 30 %.

Excesiva austeridad y deflación, con elevados niveles de desempleo, crecimientos negativos y sequía de crédito, harán imposible aplicar las reformas necesarias para restaurar la competitividad de los países del sur. Si los países excedentarios siguen aplicando políticas restrictivas y los crecimientos salariales de los años 2000-2010, los ajustes de competitividad internos de la eurozona exigirán niveles de “devaluación interna” en el sur que serán económicamente contraproductivos y política y socialmente imposibles.

En Bruselas en una reunión de un grupo de estudiosos del euro con H. van Rompuy, éste nos decía que la UE tiene una estrategia de crecimiento a corto plazo para acompañar las políticas de ajuste estructural y fiscal. Permítanme dudarle. La “Estrategia Europa 2020 para un crecimiento inteligente, durable e integrador” es poco más que retórica. El pacto por el crecimiento decidido en junio de 2012 para acompañar el TCEG es un miniplan de relanzamiento europeo dotado con 120.000 millones de euros que no está a la altura del problema.

Los cambios inducidos por la crisis no han sido suficientes para dotar a la UE de un presupuesto que le permita una acción contracíclica tanto más necesaria cuanto que los presupuestos nacionales están sometidos a reglas estrictas que les impiden jugar este papel. Los presupuestos para el próximo septenio recientemente aprobados van en la dirección contraria.

El informe de H. van Rompuy antes citado propone dotar a la UE de capacidad fiscal y presupuestaria, pero de momento estamos en el limbo de los principios. No existe ningún acuerdo sobre los recursos propios de la UE ni sobre su capacidad de endeudamiento para financiar grandes proyectos paneuropeos ni sobre los eurobonos. Y sin embargo, la unión bancaria no será creíble mientras la UE no disponga de alguna clase de *risk free asset*, que es el papel estratégico que deberían jugar los eurobonos.

A pesar de la austeridad, el ratio de endeudamiento ha subido en los países en crisis y en la UE en su conjunto. Hay que analizar los resultados de las políticas de austeridad seguidas hasta ahora y preguntarse por su viabilidad social hasta que consigan los resultados prometidos.

En Grecia, Irlanda, Portugal, España, Italia, ahora Chipre, pero también Francia se están aplicando políticas de ajuste que reducen el déficit público, el endeudamiento del sector privado, los balances bancarios. También se reducen los salarios para ganar competitividad y las inversiones públicas y las pensiones para contribuir al ajuste fiscal. Como era de esperar, estas políticas reducen la demanda interna, la actividad y el empleo. Como era también de esperar, provocan un creciente rechazo social, expresado en las elecciones italianas y el reciente voto del Parlamento chipriota.

La cuestión es si esas políticas producirán efectos positivos antes de que sean definitivamente rechazadas y los países afectados se vean obligados a aplicar otras estrategias, incluida la salida del euro, o cambie de política la propia UE.

Hasta el momento, incluso en países como España y Portugal, en los que se han producido mejoras de competitividad-coste, la situación general es extremadamente negativa y el ratio de endeudamiento sigue subiendo. La reducción en costes salariales no se traduce en idénticas mejoras de la competitividad debido a la viscosidad de los precios. Hay razones para ser pesimista acerca de la carrera entre efectividad del ajuste y resistencia social.

La mejora en la competitividad-precio ha contribuido a un incremento de las exportaciones y de las inversiones extranjeras, pero este impulso parece estar disminuyendo en España y más aún en Portugal.

Es más que preocupante la disminución de la inversión de las empresas y la destrucción de capacidad productiva, que no será fácil de recuperar.

A la vista de estos datos, la estrategia de ajuste de comprimir la demanda interna no parece muy efectiva. Ciertamente ha disminuido el enorme e insostenible déficit exterior, pero al precio de una depresión que puede tener efectos crónicos en el tejido social y productivo.

Por otra parte, todos los cambios que se han producido en Europa a consecuencia de las crisis, y más aún los que quedan por hacer, implican una transferencia de soberanía a un nivel supranacional que debería acompañarse del necesario control democrático a ese mismo nivel. Hasta ahora no ha sido así y la propia situación de crisis puede explicarlo. Pero de cara al futuro es obligatorio considerar el modelo político que va adoptar la UE. Y éste puede ser, como es bien sabido, el intergubernamental o el comunitario.

Hubiera podido esperarse que el cambio inducido por la crisis fuese en la dirección del federalismo. No ha sido así, ha primado la lógica intergubernamental, que se puede resumir, como hace Jean Pisany-Ferry, director del Instituto Bruegel de Bruselas, en un seguro colectivo, una especie de mutua interestatal, acompañada de un refuerzo de la disciplina presupuestaria sin armonización fiscal.

La UE se construyó inicialmente desde una lógica federalizante que entró en conflicto con el esquema intergubernamental que la gobernanza del euro tuvo desde el principio y que la crisis ha acentuado. Cuando desde 2010 un Estado miembro del euro necesita ayuda financiera, no es el Presupuesto comunitario quien se la da. La financian los demás gobiernos a prorrata de sus propios recursos y bajo el control de sus Parlamentos nacionales. Se hubiera podido hacer de otra manera, dotando de recursos al fondo comunitario que da asistencia financiera a los países de la Unión que no son miembros del euro y que tienen problemas con su balanza de pagos. Así se hizo con Hungría, y para ello la UE acudió a los mercados con la garantía de sus recursos presupuestarios. Paradójicamente, no se quiso utilizar un instrumento comunitario para ayudar a los países del euros que eran los que más habían avanzado en la integración comunitaria. Se prefirió un sistema de seguro mutuo entre países, del cual el MES es la expresión más elaborada, gobernado por un grupo de ministros de Hacienda y que no da cuenta de sus decisiones al Parlamento Europeo.

De nuevo citando a Pisani-Ferry, este sistema tiene dos problemas: “La escasa representación del interés general europeo y la debilidad del ejecutivo a nivel comunitario”. El papel de la Comisión es muy limitado y el Parlamento no tiene prácticamente ninguno. La política sigue siendo nacional y la decisión de aportar recursos o de hacer ajuste corresponde a los Parlamentos nacionales. Cada uno de ellos responde a su interés nacional y ya hemos constatado que ese interés se percibe de forma muy distinta desde Berlín o desde Nicosia.

La dirección de los cambios que la crisis va a inducir en la construcción europea dependerá de si se profundiza en el modelo intergubernamental de seguro mutuo + disciplina dictada entre colegas o se va hacia una vía federal.

Profundizar en el modelo intergubernamental exige resolver los dos problemas antes citados y no es fácil sin cambios institucionales complejos que garanticen la legitimidad y el control político necesario para, por

ejemplo, emitir los eurobonos. Circulan muchas ideas, como la de constituir una asamblea parlamentaria compuesta por representantes del Parlamento Europeo y de las Comisiones de Hacienda de los Parlamentos nacionales de los países del euro. Todas ellas requieren de una ingeniería institucional y de cambios en los tratados difíciles de aplicar.

Avanzar en serio en la estructura federal requiere dotar a la Unión, o a la zona euro en la óptica de las dos Europas (la zona euro y la no-euro), de un recurso verdaderamente propio con entidad suficiente para financiar bienes públicos europeos y una capacidad de transferencias estabilizadoras. Además de una capacidad de endeudamiento para financiar los programas de ayuda financiera a países de recapitalización bancaria. Esos títulos de deuda, los eurobonos serían títulos emitidos por un Tesoro europeo dotados de una garantía conjunta de todos los países.

Los problemas de aceptabilidad política y de aplicación práctica no son menores. Los candidatos naturales a ese avance federalizante son los países del euro, de por sí ya más integrados. Un presupuesto para la zona euro debería basarse en gastos de transferencias y de inversión de naturaleza anticíclica. El seguro de desempleo sería un buen ejemplo, a costa de romper otro tabú, el de que la UE no interviene en transferencias interpersonales. Y además exigiría una armonización de las políticas laborales. En la gestión de crisis se ha optado por mecanismos interestatales, que no son realmente transferencias no reembolsables, como los préstamos bilaterales a Grecia primero, el fondo europeo de estabilidad financiera después, o el activismo del BCE en el mercado secundario de deuda pública. Los mecanismos de solidaridad interpersonal deslocalizarían los choques asimétricos repartiendo el coste entre el conjunto de la UE. Como sería el caso si se comunitarizase la garantía sobre los depósitos bancarios. La implantación de los eurobonos sería un mecanismo de solidaridad interestatal que, junto con los de carácter interpersonal, haría innecesarias las malas decisiones ad hoc en reuniones agónicas del Eurogrupo (véase el caso de Chipre).

Soy consciente de que los mecanismos de solidaridad interpersonal se producen en comunidades políticas consolidadas como son las nacionales (y discutidas, caso actual de Cataluña, cuando esa comunidad nacional no es sentida como tal). Y ése no es el caso de la UE. Pasar de una solidaridad entre Estados, limitada y condicionada, a una solidaridad entre ciudadanos requiere un *ethos* compartido. Pero aunque sea un planteamiento hoy por hoy utópico, de eso se debe tratar cuando se habla de unión política.

Puestos a escoger entre dos caminos difíciles, mi preferencia sería la de constituir la zona euro en forma de una federación y aproximarla al modelo americano. Es lo que da sentido a la existencia de una misma moneda, que reclama una coordinación de las políticas económicas y fiscales. En realidad los EE.UU. nacieron como una federación cuando Hamilton convirtió la deuda de los Estados en deuda federal, lo que sería parcialmente el efecto de los eurobonos. Pero dudo de que en Europa estemos viviendo ahora un *hamiltonian moment*. Si Hamilton lo pudo hacer es porque esas deudas de los Estados se habían generado en la lucha contra un enemigo común, la Inglaterra colonial, y a los europeos del siglo XXI nos falta un enemigo común que aglutine nuestras voluntades.

A cambio, los europeos deberíamos aglutinarlas en torno a un objetivo común, a una *vision*, en el sentido anglosajón del término. Europa se encuentra ahora a mitad de un proceso inestable, porque es incompleto. No ha avanzado bastante ni lo bastante aprisa en su integración y corre el riesgo de la desintegración. Reencontrar un proyecto cuyos beneficios fuesen perceptibles por los ciudadanos europeos sería también positivo para el resto del mundo. Por ejemplo, se necesita una Europa dotada de esa *vision* de futuro para evitar caer en la tentación de disminuir la lucha contra el cambio climático y los esfuerzos en la transición energética. O para estabilizar la democracia y asegurar la paz en los países de la primavera árabe, nuestros vecinos más inmediatos, ante los que tenemos responsabilidades indeclinables. Pero eso sólo será posible si los europeos salen de la crisis más convencidos de la necesidad de su unión y la crisis del euro no se convierte definitivamente en una crisis de Europa ■

# SOCIALISMO Y CATALANISMO

## ¿FIN DE TRAYECTO?

*Juan Antonio Cordero*

Université Catholique de Louvain (Bélgica)

*“Ser revolucionario no consiste en el temperamento, consiste en ir al fondo de los problemas y desentrañarlos y, cuando hay que producir un cambio total, producirlo.”*

Julián Besteiro

Probablemente, la fecha del 11 de septiembre de 2012 quedará registrada como un punto de inflexión en la historia del catalanismo. La multitudinaria manifestación que recorrió Barcelona con motivo de la Diada se convirtió en la mayor exhibición de fuerza independentista registrada en Cataluña desde el restablecimiento de la democracia. Supuso también la escenificación de un nuevo equilibrio de fuerzas en el seno del catalanismo orgánico, que marca abiertamente la secesión como elemento central de su proyecto político y hace de la polarización social y la ruptura los hilos conductores de su estrategia.

La ruptura que se reclama es la de Cataluña con el resto de España. Pero junto a ésta, se alienta otra, la de la unidad civil en la sociedad catalana, en la creencia de que ello permitirá preservar la hegemonía de las elites catalanistas sobre Cataluña. Una hegemonía cada vez más amenazada desde dentro por una grave crisis económica que hace estragos entre las clases populares

y medias y que alimenta el creciente descontento social con las elites, y que se caracteriza por una conciencia cada vez más aguda en España de las disfunciones y los ángulos muertos del modelo autonómico vigente y por las presiones exteriores (europeas) en favor de una racionalización del Estado.

La radicalización y el repliegue identitario que evidenció la Diada constituyen la respuesta del *establishment* catalán a los riesgos que se ciernen sobre su propia hegemonía. Una radicalización de las elites sociales, políticas y culturales del nacionalismo —y con ellas, de buena parte de la sociedad catalana— que en los últimos meses se ha convertido en uno de los elementos clave de la grave situación política española, y de la que se impone extraer conclusiones a varios niveles. No sólo porque esta radicalización, que traduce una crisis estructural en el seno del catalanismo, supone un factor de inestabilidad y desintegración social añadida en un contexto ya afectado por la confluencia de las múltiples crisis que atraviesan España; sino porque la mutación independentista del catalanismo orgánico afecta de lleno, y obliga por tanto a revisar con detenimiento, las relaciones y alianzas que se han tejido con el catalanismo en las últimas décadas, que en buena parte han estructurado la vida política nacional desde el restablecimiento de la democracia. Desde luego, en la propia construcción del Estado constitucional y autonómico, del que el catalanismo fue una de las tres grandes fuerzas fundadoras. Pero también —y éste es el objeto último del artículo—, en la articulación política de la izquierda en Cataluña, dominada desde 1977 por la alianza entre el socialismo español y el catalanismo “progresista” y su reunión en el *Partit dels Socialistes de Catalunya*.

## **I. RADICALIZACIÓN NACIONALISTA Y CRISIS DEL CATALANISMO ORGÁNICO**

Tanto la influencia nacionalista en el diseño y despliegue del Estado autonómico como la alianza entre la izquierda española y la fracción socialmente más avanzada del catalanismo político responden a un contexto histórico en el que el catalanismo, tanto de derechas como de izquierdas, disponía de una considerable legitimidad política, derivada de su (mayoritaria) oposición al franquismo, del legado reformista y moderado de su mejor tradición histórica y de su clara orientación democrática y proeuropea. Esa legitimidad explica, en parte, que el proyecto social, político y cul-

tural del catalanismo de la transición<sup>1</sup> fuera asumido como propio por la práctica totalidad de fuerzas democráticas y de izquierdas de toda España.

Cuarenta años después, el perfil del catalanismo político ha cambiado sustancialmente. Ha perdido gradualmente su carácter progresista: hace tiempo que dejó de ser un motor de modernización y europeización de España. El despliegue constitucional y autonómico ha permitido a sus elites institucionalizarse, copar los nuevos centros de poder autonómicos y locales y asentar a través de éstos su hegemonía social, mediática y cultural en Cataluña. Pero este nuevo monopolio institucional no se ha traducido en mejoras apreciables de la calidad democrática, ni en Cataluña ni en el resto de España. Tras una época de aparente estabilidad, que coincidió con el desarrollo de los Estatutos y el aparato autonómico en todo el país, el nacionalismo ha agudizado sus perfiles más regresivos y más excluyentes, a medida que el factor identitario se afirmaba como eje central de la política catalana. El catalanismo orgánico se ha convertido así en un factor más de degradación de la ya bastante disfuncional democracia española –y, muy en particular, de la cada vez más enrarecida democracia catalana.

Varios síntomas ilustran este agarrotamiento del que fuera uno de los agentes más dinámicos de la transición española. En Cataluña, la separación entre los incluidos y los excluidos del perímetro catalanista, cada vez más asentada en el paisaje político catalán, actúa como un eficaz inhibidor del debate político, dificulta sobremanera la asunción de responsabilidades (*accountability*) por parte de unos responsables públicos, que son también los líderes de la fracción catalanista dominante, y acaba imposibilitando una deliberación democrática plena y de calidad. Pero además, a medida que el proyecto nacionalista se radicaliza, choca con mayor frecuencia con la red de mecanismos de equilibrio institucional, dispersión de poderes (*checks and balances*) e imperio de la ley que en cualquier democracia avanzada garantizan la protección de los derechos y las libertades individuales frente a la arbitrariedad pública o privada: la tramitación del Estatuto ha ofrecido numerosos ejemplos al respecto. Estos mecanismos son históricamente frágiles en España, pero su consolidación se ve obstaculizada por un naciona-

---

1. Estado descentralizado, defensa de la pluralidad lingüística y cultural de España, reconocimiento y promoción de la lengua y la cultura catalanas, sistemáticamente ignoradas o reprimidas por el régimen franquista.

lismo que, por su propia naturaleza hegemónica, tiende a considerar la democracia como un mero *rapport de force* en el que la pluralidad cívica (institucional, identitaria) se tolera mientras no se puede erradicar.

Esta evolución es particularmente llamativa en la retórica: el discurso dialogante, moderado y declaradamente integrador de la transición ha dado paso a otro agresivo y exaltado, deliberadamente simplista. La palabra del catalanismo orgánico se sitúa así en algún punto entre las formas desabridas del caudillismo latinoamericano y la vidriosa demagogia de la derecha xenófoba y populista que avanza en toda Europa. Muy lejos, en cualquiera de los casos, de la templada y seria socialdemocracia nórdica que gustaba de evocar Jordi Pujol a finales de los años setenta.

Existen varias causas para esta deriva. Por un lado, los perfiles más atractivos y más aglutinadores del catalanismo de la transición, los más susceptibles de generar simpatías y adhesiones más allá de su estricto perímetro ideológico, han pasado a formar parte de la cultura política común y han perdido, por tanto, eficacia como marcadores específicos del proyecto catalanista: se han diluido en el consenso social catalán y en una España que, pese a las severas convulsiones que experimenta en la actualidad, ha superado buena parte de sus atrasos seculares y realizado buena parte del programa regeneracionista de los sectores más avanzados de la intelectualidad española (incluida la catalanista) del siglo XIX. Ello está dando un protagonismo cada vez mayor —que parece irreversible— a los perfiles más reaccionarios, identitarios y excluyentes del imaginario catalanista. Por otro, la larga hegemonía catalanista en las instituciones catalanas, aunque ha aumentado de manera considerable su potencia coactiva, persuasiva y propagandística sobre la sociedad catalana, también ha producido un cierto desgaste que se acentúa a la vista del discutible balance —en términos de calidad cívico-democrática<sup>2</sup>, tolerancia y apertura cultural, pero también de potencia económica e influencia intelectual— de su acción de gobierno en las últimas décadas.

A falta de un balance satisfactorio de su ya larga experiencia gubernamental, y a falta también de un arraigo popular suficientemente sólido del

---

2. Véase el estudio “Regional Governance Matters: A Study on Regional Variation in Quality of Government within the EU” (WP 01/2012), de la DG de Políticas Regionales de la Comisión Europea, que sitúa a Cataluña en la cola de las regiones españolas en lo que a calidad democrática se refiere.

catalanismo y sus instituciones en el conjunto de la sociedad catalana<sup>3</sup>, las elites nacionalistas parecen haber fiado sus posibilidades de reproducción a una dinámica de tensión sostenida en dos pilares. Por un lado, la radicalización de sus propias bases, mediante una intervención cada vez más agresiva de los medios de comunicación y los aparatos ideológicos a su alcance (públicos y privados). Por otro, la intimidación y el hostigamiento cada vez más explícitos de los sectores no nacionalistas o simplemente discrepantes con la deriva identitaria de la política catalana. El consiguiente enrarecimiento de la convivencia entre las distintas sensibilidades políticas y el aumento de la polarización social en Cataluña, que parece ser el único escenario en que el catalanismo considera verosímil su propia supervivencia como clase hegemónica, amenazan con trasladar definitivamente a la calle el conflicto lingüístico e identitario que ha centrado el debate político catalán en las últimas décadas, pero que hasta la fecha había permanecido más o menos confinado entre los muros de la Cataluña institucional.

## II. LAS ELECCIONES DEL 25-N Y SUS ANTECEDENTES

Es en esta clave de escisión inducida de la sociedad catalana en dos comunidades enfrentadas que cabe examinar la dinámica soberanista que la Diada volvió explícita, y que durante semanas elevó las tensiones identitarias en el interior de la sociedad catalana hasta niveles insostenibles. Tras las elecciones del 25-N, algunos analistas acariciaron la posibilidad de que el desafío soberanista y la subsiguiente degradación de la convivencia acabaran siendo tan sólo un paréntesis atribuible a los excesos de electoralismo y la delicada situación socioeconómica; una deriva truncada por los resultados electorales, tan sólo a la espera de una salida “honorable” para el nacionalismo antes de desaparecer de escena.

Es cierto que la voluntad expresada en las urnas, tan alejada de la “voluntat d’un poble”<sup>4</sup> invocada por Artur Mas durante la campaña, supuso un varapalo considerable en la estrategia nacionalista. Ésta esperaba que la

3. Perceptible, por ejemplo, en el limitado apoyo a los Estatutos y la escasa participación habitual en las elecciones autonómicas, comparadas con las legislativas.

4. Lema electoral de *Convergència i Unió*.

confluencia de la crisis económica, la debilidad de las instituciones del Estado, el control casi soviético de los medios de comunicación, la escalada identitaria de los últimos años, la atmósfera de euforia independentista y el repliegue o intimidación de los no nacionalistas a partir de la Diada permitieran a la coalición nacionalista dar el “gran salto adelante” que prometían las encuestas. Sin embargo, el retroceso conjunto del catalanismo y el descalabro de CiU, todavía mayor si se compara con las expectativas que había estado alimentando toda la maquinaria mediática y demoscópica a su disposición<sup>5</sup>, no dieron lugar a ningún cambio de rumbo o de liderazgo en la nave nodriza del catalanismo político, ni tampoco en las del resto de la flota. Más bien ha confirmado electoralmente las dos tendencias que se observan en el nacionalismo catalán: el retroceso de su apoyo conjunto entre la ciudadanía, que ni siquiera la desmesurada agitación identitaria ha conseguido detener; y el desplazamiento de su centro de gravedad hacia posiciones más integristas. En coherencia con esta doble tendencia a la pérdida de centralidad y a la radicalización, CiU ha apostado tras las elecciones por una coalición con ERC, en lo que supone el primer frente exclusivamente nacionalista tras el restablecimiento de la democracia<sup>6</sup>; y el PSC continúa instalado en una confusa dinámica de desdibujamiento como oposición y alternativa al nacionalismo, por un lado, y de alejamiento y desvinculación con el conjunto del socialismo español, por otro.

El mantenimiento de ambas dinámicas en sus líneas maestras muestra hasta qué punto estamos no ante una fiebre extremista de carácter coyuntural, susceptible de remitir o de ser manejada por unos pocos dirigentes, sino ante una mutación estructural del catalanismo orgánico, sometido a un triple proceso de hiperinstitucionalización y enajenación con el conjunto de la sociedad catalana, reducción de su espectro social y electoral y, en consecuencia, repliegue político e identitario, que desborda incluso a los que lo han azuzado y gestionado. La fase pos-Diada refleja la aceleración de un proceso de radicalización que intenta dar respuesta, desde finales de los noventa, a los indicios de agotamiento del proyecto político del catalanismo,

---

5. El *Centre d'Estudis d'Opinió* (CEO), dependiente de la Generalitat, estimaba hasta 72 escaños para CiU, lo que supone 22 escaños más de los que finalmente obtuvo.

6. Con la salvedad de 1980; pero los equilibrios de fuerzas, la orientación de los partidos y la situación en Cataluña y España no eran en absoluto comparables.

que se refleja en la erosión de los dos grandes pilares del sistema político catalán desde los años ochenta: el pujolismo convergente y el *Partit dels Socialistes* de Raventós, Obiols y Nadal.

La reacción de la fracción dirigente del catalanismo orgánico ante esta erosión ha consistido invariablemente en ahondar la división entre “ellos” y “nosotros”, fomentar el conflicto y la confrontación –tanto con “Madrid”, en ocasiones con la nada desdeñable colaboración de amplios sectores de la derecha española, como con los sectores tibios o contrarios al integrismo identitario–, elevar el tono reivindicativo y plantear apuestas progresivamente más radicales, con las que mantener la iniciativa política en Cataluña, preservar en la medida de lo posible la movilización nacionalista y desalentar la vertebración de ejes políticos alternativos. En una palabra, induciendo en la sociedad catalana un estado de agitación identitaria permanente que congele la crisis y el declive del *establishment* dirigente. En esta lógica cabe interpretar la sucesión de horizontes de “construcción nacional” cada vez más agresivos y excluyentes, que ha seguido al estancamiento del turno catalanista (CiU y PSC) de los años noventa: desde la implementación de la inmersión lingüística obligatoria en 1994 hasta el actual proceso secesionista, pasando por las estaciones intermedias del nuevo Estatuto, cuyas discusiones se prolongaron hasta 2010, y la reivindicación del pacto fiscal con la que *Convèrgencia i Unió* regresó ese mismo año a la Generalitat. Las limitaciones de esta estrategia de huida hacia delante son hoy evidentes, cuando se constata que la dinámica soberanista desencadenada, lejos de compensar la decadencia de los principales partidos-pilares del catalanismo, ha puesto en marcha un proceso de recomposición del paisaje político catalán, y de la izquierda en concreto, de la que la desintegración del PSC y el retroceso y las crecientes tensiones internas en la antaño disciplinada coalición nacionalista CiU son síntomas elocuentes.

Vale la pena detenerse en el proceso de reforma estatutaria, tanto por lo dilatado de su gestación como por lo ilustrativo de su despliegue a la hora de describir las dinámicas internas del catalanismo. La idea de una reforma del Estatuto de 1979 surgió por primera vez a finales de los años noventa, de la mano de un nacionalismo conservador a la búsqueda de nuevos revulsivos con los que preservar una hegemonía pujolista ya en declive. Su incorporación efectiva al debate político, sin embargo, no se produjo hasta 2003, cuando constituyó el principal instrumento de Pasqual Maragall para alterar la correlación de fuerzas en el interior del catalanismo

orgánico en favor de los partidos que conformarían el tripartito. La etapa tripartita, que suponía el acceso por primera vez de la izquierda institucional catalana al puente de mandos autonómico, se vio completamente absorbida por la escalada identitaria asociada a esta reforma. Una reforma del todo ajena a las prioridades políticas de los ciudadanos catalanes<sup>7</sup>, pero que el “catalanisme de progrés” erigió en estandarte –en detrimento de un verdadero viraje a la izquierda, un cambio de rumbo realmente progresista y realmente integrador de un debate político catalán oxidado por veinte años de pujolismo– y que acabó constituyendo su sepultura política.

El nuevo Estatuto no sirvió para ensanchar la base social ni del catalanismo ni de la autonomía catalana<sup>8</sup>. Su compleja gestación dejó, eso sí, una situación política más crispada que nunca en el interior de la sociedad catalana, donde la contestación al nacionalismo (también en el seno de la izquierda, como muestra la emergencia de nuevas iniciativas cívicas, sociales y políticas) ha ido a más, en paralelo con la beligerancia y frustración de las bases catalanistas; y en el conjunto de España. El largo proceso estatutario y su naufragio final han agravado la huida hacia adelante del *establishment* nacionalista; y la conjunción de las tensiones engendradas con la crisis económica que sacude España desde hace unos años ha obligado después a acelerar las etapas siguientes. En parte, esa aceleración explica la rapidez con la que el pacto fiscal apareció en el debate público catalán, de la mano de *Convergència i Unió*, como sustitutivo del Estatuto tras su fracaso en el imaginario reivindicativo del nacionalismo, y también la rapidez con la que se vio superado por la siguiente –y obligada– etapa, la del separatismo explícito que emergió tras la Diada.

### III. CATALUÑA TRAS LA DIADA

Desde algunos círculos se ha pretendido interpretar la dinámica de exclusión y polarización social abierta en la Diada como la expresión genuina de

7. De acuerdo con el CIS, a comienzos de 2003 el aumento del autogobierno y la reforma estatutaria sólo preocupaban al 3,9 % de los catalanes.

8. La abstención fue mayoritaria y apenas el 35 % de los ciudadanos catalanes se pronunciaron a favor en el referéndum, un descenso sensible respecto a los que apoyaron el Estatuto anterior en 1979 y muy considerable respecto a los que apoyaron la Constitución en 1978.

un movimiento social independentista<sup>9</sup>. Pero los movimientos sociales se gestan, se convocan y se producen básicamente al margen del poder político, precisamente para oponerse a él, llamar su atención o exigirle un cambio de rumbo desde la ciudadanía. Son parte de la dinámica democrática porque constituyen un instrumento de la sociedad para hacerse oír ante el poder.

El planteamiento de la Diada fue radicalmente distinto: los partidos-pilares del nacionalismo explícito, con el concurso de todas las instituciones públicas, medios asociativos y mediáticos a su disposición, escenificaron un movimiento vertical de “buenos catalanes”, un cierre de filas con el que apuntalar la posición gubernamental en un momento en que la crisis y la mala gestión de la Generalitat amenazaban con debilitarla. No se pretendía presionar al poder desde la sociedad, sino amedrentar a una parte de la sociedad –la no nacionalista, la más vulnerable y la más vulnerada en dos años de gobierno convergente, y por lo mismo la más susceptible también de reaccionar contra la lluvia de recortes impuestos por Mas y el entramado político y económico en que se apoya– desde el poder nacionalista. Se trataba, en fin, de visualizar un “momento unanímista” y de aclamación al líder que en una sociedad democrática sólo se puede conseguir silenciando la discrepancia.

No cuesta encontrar semejanzas entre la movilización de la Diada y otras exaltaciones nacionalistas de masas organizadas para apuntalar regímenes en declive, como las concentraciones del último franquismo en la Plaza de Oriente o la crepuscular marcha gaullista tras las jornadas de Mayo de 1968. Los objetivos, salvadas las diferentes circunstancias históricas, son parecidos: impresionar a los de fuera, amedrentar a los díscolos de dentro y confortar a los adictos a un poder que se sabe frágil.

La equiparación con la dinámica de los movimientos sociales resulta, por todo ello, infundada. Al menos, si se piensa en los movimientos sociales surgidos de la sociedad civil independiente para que el poder escuche o recapacite, como el conjunto de movilizaciones cívicas que en toda Europa protestan contra las draconianas medidas de austeridad y recortes aplicadas por gobiernos neoliberales como el de Mas. No se parecen en los métodos: el verticalismo soberanista contrasta poderosamente con la horizontalidad de los movimientos sociales autónomos. No se parecen en los

---

9. Por ejemplo, Josep Ramoneda, en “Cataluña cambia de escenario”, *El País*, 12/09/2012.

propósitos: allí donde el nacionalismo busca la adhesión a una reivindicación definida de antemano, los movimientos sociales buscan construir instrumentos dinámicos para la participación de los ciudadanos en la acción pública. Y desde luego, no se asemejan en los horizontes: los movimientos sociales exploran una expansión del espacio democrático, abriéndolo a nuevas voces y problemáticas que no siempre son tomadas suficientemente en cuenta en los cauces institucionales. En su nueva fase independentista, el catalanismo orgánico actúa precisamente en sentido contrario, expulsando del espacio democrático a “extranjeros” y “traidores”, presionando en pro de la monopolización del debate público por parte de la dinámica identitaria y de confrontación que le es propia.

#### **IV. LAS RESISTENCIAS INTERNAS A LA DERIVA SOBERANISTA**

Esta nueva fase de aceleración independentista, y sobre todo, su dinámica derivada de fractura civil de la sociedad catalana mediante la agitación de los afectos y la intimidación más o menos sutil de los desafectos, no ha sido asimilada de forma homogénea por todo el espectro ideológico y sociológico catalanista. En éste conviven una multiplicidad de fuerzas y tendencias con intereses y motivaciones complementarias y globalmente coherentes, pero que no siempre coinciden entre sí. La apuesta populista por la polarización social, la fractura interior y la escenificación secesionista pueden resultar útiles a corto plazo para una clase política nacionalista que debe enfrentarse simultáneamente, además de a la propia esclerotización del catalanismo, a las consecuencias de la deficiente gestión de la Generalitat de las últimas décadas, al creciente malestar social y a la propia reordenación del sistema institucional y autonómico en España. Pero la inestabilidad asociada a una estrategia tan agresiva choca, por ejemplo, contra los intereses inmediatos de amplios sectores económicos y empresariales, de vocación “moderada” y conservadora, que tradicionalmente han constituido uno de los pilares del catalanismo orgánico, y más concretamente de la coalición nacionalista CiU. Las resistencias de estos sectores, habitualmente muy discretas, se han hecho algo más visibles tras las elecciones, cuando la formación del frente nacionalista entre CiU y ERC dejó claro que la agitación identitaria y la escalada de intoxicación y agresividad nacionalista posterior a la Diada se

inscribían en una lógica de amplio alcance; y posiblemente estén en el origen de las tensiones y las crecientes contradicciones y dificultades internas en el seno de la coalición nacionalista conservadora.

No obstante, pese a ser importantes, parece poco probable que estas resistencias puedan corregir, por sí mismas, el rumbo que la fracción dirigente del catalanismo ha imprimido al conjunto de fuerzas políticas, económicas y sociales afines. Históricamente, ninguna fuerza ligada al catalanismo “moderado” ha querido o ha conseguido impedir, y aún menos revertir, ninguna de las fases de radicalización en que se ha visto inmerso el nacionalismo catalán, pese a que algunas de ellas han sido objetivamente nocivas para los intereses de amplios sectores económicos y empresariales cercanos al nacionalismo. La timidez, ambigüedad y tardanza de sus reacciones en el actual contexto no permiten presagiar cambios en esta actitud. A falta de un proyecto incluyente que oponer, el llamado catalanismo “moderado” parece situarse en una posición meramente subsidiaria y acomodaticia respecto a las fuerzas que hoy dirigen, o por lo menos gestionan, la radicalización del conjunto del catalanismo, y que arrastran en esta doble dinámica de radicalización y pérdida de centralidad social incluso a aquellos sectores más renuentes a sumarse. En este sentido, las discrepancias que se observan en algunos sectores del catalanismo, y que en algunos ámbitos son ciertamente relevantes, parecen responder más a inercias o meras resistencias al cambio que a desacuerdos positivos y susceptibles de engendrar una alternativa a la actual deriva. Como tales inercias, podrían acabar asimilándose en forma de ajustes “técnicos” o sectoriales (relativos a la famosa consulta, por ejemplo), sin alterar por ello las líneas maestras del horizonte de ruptura en el interior de la sociedad catalana, y de desconexión de ésta con el resto de España, que emerge como eje central del catalanismo orgánico.

## **V. EL IMPACTO DE LA DERIVA CATALANISTA**

### **EN EL PARTIT DELS SOCIALISTES**

La anterior descripción podría aplicarse, en lo fundamental, también al Partit dels Socialistes. Salvo en el breve momento de la alternancia, cuando Maragall arrebató a CiU el estandarte del “Nou Estatut” y las fuerzas del tripartito –en particular ERC y el ala más nacionalista del PSC, verdadero

“intelectual colectivo” del Partit dels Socialistes- mantuvieron durante un primer tiempo la iniciativa, el PSC ha jugado un papel subsidiario en la evolución del catalanismo. Pese a haber sido durante buena parte de la época autonómica la fuerza política y social más fuerte y mejor situada de Cataluña, los socialistas catalanes han actuado siempre bajo la doble premisa de su integración en el perímetro del catalanismo y el reconocimiento implícito del liderazgo y la primacía ideológica del nacionalismo conservador en todas las grandes cuestiones “de país”.

El PSC suele presentarse como el partido garante de la “cohesión social” de Cataluña, el agente moderador de las veleidades más o menos excluyentes del nacionalismo conservador. En la práctica, sin embargo, su papel se ha reducido a ejercer una tenue discrepancia estéril (y, lo que es peor, frecuentemente esterilizante) de cada una de las sucesivas vueltas de tuerca identitarias impuestas por el nacionalismo conservador, que con el paso del tiempo se ha transformado casi invariablemente en una asimilación acrítica y completa de la nueva medida. Así, el PSC pasó de protestar débilmente en defensa del derecho de los trabajadores castellanohablantes a que sus hijos recibieran educación (también) en castellano, cuando en 1994 resultó evidente que el nacionalismo conservador pretendía hacer de la inmersión obligatoria *catalan-only* uno de los pilares de su política de “construcción nacional”<sup>10</sup>; a realizar ahora una “defensa absoluta”<sup>11</sup> de esa misma inmersión obligatoria desde el gobierno y desde la oposición. El mismo esquema se ha repetido para los demás elementos clave de la estrategia catalanista: sanciones lingüísticas, restricciones a la solidaridad interterritorial; reivindicación del carácter de “nación” para Cataluña; validación de la teoría del “expolio fiscal”, con su reclamación derivada de un pacto fiscal para que los impuestos catalanes se queden en Cataluña... los ejemplos son numerosos.

El seguidismo diferido del PSC respecto al nacionalismo hegemónico ha culminado, por el momento, en la asunción del llamado “dere-

---

10. Raimon Obiols, primer secretario del PSC, exigía en 1994 el bilingüismo en la enseñanza y “el derecho de los padres de cada alumno a elegir, en los primeros pasos de la enseñanza, la lengua que desean para su hijo” (*El Periódico de Cataluña*, 13/10/1994).

11. Declaraciones de Rocío Martínez-Sampere, actual secretaria de Educación del PSC, en reacción a la sentencia del TSJC a favor de los padres que exigieron la escolarización también en castellano para sus hijos (*Europa Press*, 10/04/2013).

cho a decidir”, previa escenificación de una discrepancia de matiz; y a su aplicación práctica en las filas socialistas, con la ruptura –inérita en democracia– de la unidad de voto en el Congreso y su desolidarización definitiva, por tanto, de la familia de los socialistas españoles. Pese a ser la más espectacular, el voto del Congreso y la inclusión del “derecho a decidir” en el programa de Pere Navarro para las elecciones autonómicas de 2012 no han constituido más que la enésima muestra de dependencia del PSC –y no la de mayor relevancia política– respecto a la línea política que marca el nacionalismo dominante, y cuyos contornos de aceptabilidad son rápidamente difundidos a través de la tupida red de medios afines y “sociedad civil” afín al catalanismo orgánico. Una dependencia que se concreta en la adaptación sistemática de las prioridades políticas del PSC a los movimientos estratégicos que se producen en la fracción dominante del catalanismo, y que suelen materializarse en una suerte de “desplazamiento automático al punto medio”, es decir, a unas tomas de posición “intermedias” entre su posición anterior y la nueva impuesta por las instancias directoras del catalanismo. Cabe preguntarse si esta inercia responde a una incapacidad por parte del referente de los socialistas en Cataluña para desarrollar y mantener una línea política autónoma; o si, por el contrario, esta línea política existe, pero no es en realidad más que una declinación socialmente más amable –e identitariamente más difusa– de la línea dominante en el catalanismo orgánico, hoy ya definitivamente inmersa en una dinámica de radicalización y ruptura social. Independientemente de cuál sea la causa de este seguidismo, es fácil constatar cuáles están siendo las consecuencias: un declive electoral prolongado, que se remonta a antes de la llegada de Pasqual Maragall a la Generalitat y que se ha agravado espectacularmente a partir del segundo tripartito<sup>12</sup>. Un declive que amenaza con convertir al PSC, antaño la primera fuerza política de Cataluña, en un partido irrelevante, inmerso en un triple proceso de enajenación de su base sociológica y electoral, desvinculación con su familia política a nivel nacional y creciente satelización por parte del nacionalismo orgánico.

---

12. Desde 1999, fecha de su mejor resultado electoral autonómico, el PSC ha perdido votos y escaños en cada una de las convocatorias. Entre 2003 y 2012, su base electoral se ha reducido a menos de la mitad (14,23 % de los votos en las últimas elecciones).

## VI. LA RESPONSABILIDAD DE LA IZQUIERDA SOCIALISTA

El socialismo español no puede permanecer ajeno ni indiferente ante estas convulsiones. Tampoco puede abordar las dificultades de su espacio político en Cataluña desde una perspectiva exclusivamente orgánica. El descalabro electoral del PSC, posiblemente irremediable; sus divergencias cada vez mayores con el PSOE, su creciente inaudibilidad en la política catalana y su confusión y división interna sobre el grado de alineamiento con el nacionalismo soberanista son indicativos de un fenómeno que desborda las fronteras estrictamente partidarias: la mutación secesionista del catalanismo orgánico y su escalada populista, excluyente y regresiva, han acabado arrasando el espacio político y social en el que tenía sentido el PSC, y han vuelto definitivamente insostenible y políticamente aberrante la alianza política, en el sentido extenso del término, entre socialismo y catalanismo. Una alianza que dio densidad y consistencia al Partit dels Socialistes de Catalunya, además de marcar el rumbo de la política catalana —y por extensión, española— desde la transición.

Ante la deriva reaccionaria del catalanismo orgánico, el conjunto del socialismo español tiene ante sí la responsabilidad de reconstruir el espacio progresista y el proyecto político de la izquierda universalista, reformista y transformadora en Cataluña. La radicalización del nacionalismo y el naufragio del PSC se han producido en paralelo a una recomposición de la izquierda marcada por la emergencia de nuevos sectores cívicos, políticos y sociales, críticos con la deriva identitaria de una izquierda institucional, política y sindical catalana completamente integrada en el catalanismo orgánico. Algunos de estos sectores proceden del PSC, de la UGT o de otras organizaciones progresistas; otros, en cambio, se han incorporado al debate público sin anteriores adscripciones partidarias. Ante el descrédito y la parálisis asociada a algunas siglas —como las del PSC—, la reconstrucción del socialismo en Cataluña debería ofrecer un revulsivo con el que movilizar a los sectores progresistas de la región y articular con ellos una alternativa de izquierdas, y con vocación de mayoría social y no subordinada, que haga frente simultáneamente a la fractura social ocasionada por la crisis y las medidas de las distintas derechas en el poder, a la fractura identitaria y el incipiente deterioro de la convivencia azuzados por el soberanismo y a la degradación de la calidad democrática causada por la hegemonía ininte-

rrumpida de las elites catalanistas en los resortes del poder político, económico y mediático en Cataluña.

No es, desde luego, tarea fácil. Entre otras razones, porque el principal referente político del socialismo español, el PSOE, se encuentra inmerso a su vez en una crisis sin precedentes. Una crisis en la que se entremezclan las dificultades generales de la izquierda reformista en toda Europa (la crisis del Estado del bienestar y el auge neoliberal, la fragilización de las instituciones democráticas y la cohesión social ligada a la globalización) con otros factores específicamente nacionales, orgánicos y coyunturales, algunos de los cuales no son ajenos a la alianza con el catalanismo, y, más en general, a la política de complacencia con los nacionalismos identitarios de todo el país. En efecto, el hundimiento del proyecto liderado por José Luis Rodríguez Zapatero, en el origen de las actuales dificultades del PSOE y, con él, de la izquierda reformista en España, fue también la derrota, ante la sociedad, ante la crisis y ante las urnas, de una izquierda *light*, de vaga inspiración *blairista*, que desplazó su foco de atención, en pleno espejismo de bonanza, de las desigualdades económicas y sociales que siempre han centrado la lucha socialista, a una nueva agenda marcada por los derechos culturales y las reivindicaciones identitarias -una tendencia tributaria del multiculturalismo sajón que, en España, tomó un sesgo territorial y lingüístico y se concretó, entre otras cosas, en la oleada de reformas estatutarias.

En este terreno, la superación de la alianza con el catalanismo y de sus implicaciones no puede ser un elemento aislado, sino el punto de partida de un balance más amplio y de un riguroso “derecho de inventario”, por usar la expresión de Lionel Jospin, sobre la evolución del proyecto político socialista en los últimos años. Se trata de motivar una apuesta por la renovación democrática que dé credibilidad a una agenda crítica y reformista centrada en un modelo de Estado, de ciudadanía y de democracia republicanos. Es decir, firmemente comprometida con los valores universales de igual libertad y de solidaridad entre todos los ciudadanos; laica e intransigente ante los integrismos de la identidad, ya sean éstos de inspiración religiosa, cultural, lingüística o nacionalista; e inflexible en la defensa del Pacto Constitucional, la ley y las instituciones como emanación de la voluntad democrática y garantía de los derechos y libertades públicas. Éste es un componente necesario de cualquier discurso socialista y democrático creíble. Está, indudablemente, incompleto sin una declinación eco-

nómica y social que haga efectivos, y sostenibles, los principios de igual libertad e iguales derechos que laten en el núcleo de la ciudadanía republicana. Pero resulta imprescindible para que las propuestas económicas y las medidas contra la crisis o la corrupción, la reforma institucional o del sistema financiero prendan como elementos de un proyecto global coherente e inclusivo. Un proyecto abierto a toda la sociedad y no tan sólo a una parte, capaz de reconciliar con la política, con la izquierda reformista y con la propia democracia a una sociedad fragilizada por la crisis, agotada por la falta de perspectivas políticas y horizontes ideológicos creíbles, y desengañada por unas elites políticas cada vez más desconectadas de la realidad social, que oscilan permanentemente –no sólo en Cataluña sino también en el resto de España– entre el populismo, la agitación de conflictos menores o imaginarios y el corporativismo para esconder una incapacidad preocupante a la hora de abordar los graves problemas que se plantean a una sociedad y a una ciudadanía cada vez más complejas.

## **VII. HACIA UNA RECONSTRUCCIÓN DEL SOCIALISMO EN CATALUÑA Y EN ESPAÑA**

La deriva soberanista del catalanismo orgánico, que resultó incuestionable a partir de la Diada de 2012 y se ha confirmado, pese al revés electoral sufrido por la fracción convergente, tras las elecciones anticipadas del 25-N, dibuja un nuevo escenario político en Cataluña y en todo el país, y añade un nuevo factor de inestabilidad a la ya compleja situación política, económica y social de España. Se trata de un proceso de radicalización que reacciona contra el lento declive del catalanismo, y que arrastra a todas las fuerzas políticas situadas dentro de su perímetro –incluido el Partit dels Socialistes de Catalunya. Esta radicalización altera buena parte de los equilibrios institucionales que han presidido el despliegue de la democracia española, y en particular afecta a la alianza establecida durante la transición entre el socialismo y el catalanismo socialmente más avanzado. La acen-tuación de los perfiles más reaccionarios, más excluyentes y más populistas del catalanismo, su apuesta por la confrontación identitaria entre catalanes y su completa desvinculación de cualquier proyecto de convivencia entre diferentes, en Cataluña y en España, están en el origen de la crisis abierta en el espacio socialista catalán, desgarrado entre unas bases

electorales y sociológicas identitariamente plurales, vinculadas al movimiento socialista español y a los valores universales que articulan la izquierda democrática; y unas elites sometidas al *diktat* catalanista y sensibles, por tanto, a la dinámica de autopreservación y confrontación social que el nacionalismo hegemónico ha acelerado en los últimos tiempos.

En este contexto, la divergencia entre socialismo y catalanismo resulta inevitable, y obliga a las fuerzas y movimientos progresistas en Cataluña a recomponer el espacio socialista catalán, hasta ahora prácticamente monopolizado por un PSC en proceso de desintegración electoral. Una recomposición de la izquierda universalista y reformista en Cataluña que sólo puede hacerse en el marco de una renovación más amplia del proyecto político socialista en todo el país, y que debería extenderse a las izquierdas reformistas de toda Europa. Pero que, en cualquier caso, obliga al conjunto del socialismo español a revisar críticamente su propia evolución y a acometer, también a nivel nacional, una reconstrucción del discurso socialista que devuelva los valores de ciudadanía, igualdad y justicia social al centro de su proyecto político; que se sacuda las inercias adquiridas, que identifique con claridad a sus adversarios, entre los que hoy se cuenta el catalanismo junto con cualquier otro integrismo de la identidad, y que permita, así, reconciliar a una sociedad en crisis con la promesa emancipadora de la política, la democracia y la izquierda ■

¡Ya puedes descargar las Revistas  
Culturales en tu ordenador  
o lector de e-books!

La cultura, la creación y la crítica  
al alcance de todos.

[www.quioscocultural.com](http://www.quioscocultural.com)



**Revistas Culturales**  
EN FORMATO ELECTRÓNICO

**[www.quioscocultural.com](http://www.quioscocultural.com)**

# PORTUGAL TRAS EL TELÓN DE ACERO

*Pedro Rosa Mendes*

Escritor y periodista portugués

**E**l dictador Oliveira Salazar gobernó Portugal durante casi medio siglo, de 1928 a 1968 de propia mano o inspiración, de 1968 a 1974 en forma de *misa-de-cuerpo-presente*, a través de Marcello Caetano (un gorbachov portugués que legó a la Historia una reforma cuando ésta ya sólo pedía una revolución, y que se vio, por consiguiente, atropellado por los acontecimientos). Salazar, especie de viudo soltero, amante sólo de su propio mesianismo, moldeó el país en el fundamentalismo beato de una *opus grey*, en un régimen reaccionario que él denominó Estado Nuevo. Salazar, con iguales dosis de misticismo y de cinismo, tenía una triple fe: 1. En sí mismo, como *Führer* infalible; 2. En Dios, como leal confesor del poder; 3. Y en la miseria como ermita natural de la virtud. Miseria económica, miseria cultural, miseria moral. Miseria-Patria. Sin fuerzas para ser grande, el Portugal de Salazar alimentó el orgullo de su soledad y el culto de su pequeñez. “Un pueblo que tenga el coraje de ser pobre es un pueblo invencible”, confesó un día “Virgen Negra” a su ministro de Asuntos Exteriores, Franco Nogueira. Esta frase encierra todo su credo y toda nuestra desgracia, incluida la que hoy vivimos. Medio siglo después de la salida de Salazar y cuatro décadas después de la Revolución de Abril de 1974, el Portugal democrático, vasallo de una *troika* de contables y amaestrado por una tropa de domadores de circo, lleva a cabo finalmente la venganza póstuma del dictador. El país, sujeto desde 2011 a una intervención financiera internacional,

se halla a merced de un grupo que cree que Portugal tiene mucho que ganar en seguir siendo pobre. Pobre “en términos relativos, e incluso en términos absolutos”, según explicó el primer ministro Pedro Passos Coelho. Es tiempo de contrarrevolución y de sueños regresivos.

El dogma de quien gobierna hoy en Lisboa es que no hay alternativa posible al régimen de indigencia colectiva firmado con la *troika*. Los Presupuestos Generales del Estado portugués para 2013 son un marco histórico. Ponen fin a una época al romper el contrato con una sociedad que, después de la Revolución de los Claveles, soñó con algo diferente de lo que ahora, sin compasión, *Europa* le dice que es: ya no el nuevo rico entre los pobres, sino el viejo pobre entre los ricos. El presupuesto, corolario de una inclemencia ideológica lancinante, anuncia una era de tinieblas. Es el réquiem por la III República (que correspondió a la segunda democracia portuguesa; la I República nació en 1910 y, tras una vida corta y conturbada, fue muerta por el golpe militar de mayo de 1926, que posibilitó el posterior ascenso al poder de Salazar). Es un presupuesto que materializa el desmantelamiento acelerado del Estado del bienestar construido en y para la democracia. Esto, en sí mismo, no es sólo una tragedia portuguesa, sino, en primer lugar, un sonoro fracaso europeo. Así, se destruye de forma duradera, en un corto espacio de tiempo y con la legitimación de *Europa*, aquello que fue construido en más de treinta años con la ayuda de la propia *Europa*. Esto no es, sin embargo, ningún misterio ni ninguna novedad. En la construcción como en la demolición, los mayores sueños y las mayores locuras en Portugal tienen y tuvieron las oportunidades y los límites permitidos por los intereses de nuestros fieles *amigos* extranjeros (el llamado mundo libre). Hace siglos que es así y así fue como tuvimos nuestro imperio y como, accesoriamente, mantuvimos el holograma al que llamamos independencia nacional.

Lo demás, a nivel interno, son las flaquezas seculares de Portugal y las continuidades de hace tiempo, que regresan en la actual legislatura con un vigor descaradamente revanchista, después de un alegre y despampanante paseo posrevolucionario de Portugal por *Europa*. Hagamos el balance de cuatro décadas de democracia y *convergencia*. El Estado cristalizó en una estructura oligárquica, mera plataforma al servicio de los intereses de una clase política parasitaria y de su clientela. El país, que con todo rigor no puede cumplir hoy varias de sus propias obligaciones constitucionales de soberanía, no es viable sin capital extranjero. Tampoco es viable sin esa joya del atavismo nacional portugués llamada Angola. La nación portuguesa (¡con

nueve siglos!) confronta sus mitos con la realidad de su irrelevancia periférica y recicla en la “lusofonía” el discurso del excepcionalismo portugués cocinado a partir del luso-tropicalismo de Gilberto Freyre. La pobreza, en fin, vuelve a ser la condición normal del ciudadano portugués medio. Resignación, rencor y envidia social –marcas ancestrales de una población que pocas veces tuvo el coraje de ser pueblo para cambiar su destino– conforman el código operativo de supervivencia individual. Y a quien no le guste o no lo aguante, emigra, con la bendición indecorosa de las autoridades además, que llaman “oportunidades” a aquello que es una suma de tragedias y dramas individuales. Esta descripción, que podría ser la del Portugal de 1960, se corresponde, en lo esencial, con la del Portugal de 2012. Basta con colocar unos cuantos miles de kilómetros de autopistas y otras infraestructuras, construidas, por cierto, “sin costes para el usuario” (les darán este nombre delirante), y que ahora engrosan el pecado mortal del déficit creado por la inversión pública. “Quizá haya cosas que no deberíamos haber querido”, decía recientemente un exministro y gestor de la alta Administración, con la tranquilidad y el impudor de quien se benefició no hace mucho de un “premio” millonario al cejar en sus funciones. “Quizá hayamos exagerado con lo de las autopistas”. No se le ocurre preguntar, ni a él ni a los que en “Europa” participan de este discurso, quién es el que salió ganando con esa bulimia del “querer cosas” y a quién benefició la “exageración” de ese escándalo que fue el Partenariado Público-Privado (PPP).

Coloquemos, eso sí, en este balance de régimen esa conquista mayor del Portugal democrático que es el notable progreso de los índices de educación. Pero es que es eso lo que deja un regusto más amargo: la generación con la mejor preparación académica de la historia portuguesa no tiene oportunidades en su país y va a rentabilizar, a favor de otras economías, la inversión de Portugal consistente en la educación de una masa crítica. Paroxismo: en Portugal, hoy, los demandantes de un empleo *esconden* sus títulos académicos para aumentar las posibilidades de conseguir un trabajo (mal pagado). Un grado universitario o incluso preuniversitario se considera algo de “demasiado peso” en las oficinas de empleo. Al mismo tiempo, el país no ha vencido los fantasmas de su provincianismo rural ni abandona el cuadro psicoanalítico del universo parroquial del Estado Novo. En esta sociedad, que no ha conocido a lo largo de su historia una cultura del esfuerzo ni de reconocimiento del mérito, los doctores son reyes en tierra de ciegos. El ejemplo más caricaturesco es el del ministro Miguel Relvas, brazo

político inamovible del primer ministro y una vergüenza pública para su propio partido. Este individuo, producto acabado de una sociedad de oportunistas, “hizo” una licenciatura en Ciencias Políticas que venía a sumarse a una larga lista de cargos y privilegios. Validó asignaturas que ni siquiera existían en el programa del curso. Está en el poder y lo ejerce “con la conciencia tranquila”. Representa, como otros muchos, un insulto a la ciudadanía y a la ética, pero se ve legitimado por el sistema. El sistema, hoy como en el Estado Nuevo, no ha cambiado: está hecho de camaradería, de corrupción a alto nivel, de tráfico de influencias y, si hace falta, de *bullying* político y presión directa. El prestigio social del *parecer* es mayor en Portugal que el prestigio social del *ser*, no es algo que venga de ayer. Es un rasgo de nuestro subdesarrollo. En la última década, este sustrato cultural ha tenido su expresión institucional en el programa Nuevas Oportunidades de incentivo a la recalificación profesional. Salvando algunos casos de bondad, abnegación y genio, que siempre es de buen tono considerar, el programa permitió a miles de portugueses certificar unos conocimientos que, en esencia, nunca habían adquirido, falseando así las reglas de la competencia en el mercado laboral. La “crisis” actual es también el punto de llegada de una generación de portugueses amamantados en una modernidad “llave en mano” por líderes que, a cambio de una cultura del confort y del mínimo esfuerzo, alimentada por unos generosos niveles de consumo, concedió a nuestros dirigentes el derecho a la infantilización del electorado. No hubiera podido existir Lenin sin Rasputín, se dice de la Revolución rusa. En el colapso portugués, no hubiera habido Passos Coelho sin José Sócrates, el antecesor en la jefatura del Gobierno. La verdad, para decirlo más claramente, es que el país de Salazar no murió con él. El dictador seminarista, que era profundamente arrogante bajo su diáfana modestia de sacristán, al final tenía razón: “Sólo muere quien quiere”. Chapó.

Portugal se encuentra sumergido en una profunda crisis, lo sabe toda “Europa”, pero ¿qué viene a significar esta “crisis”? Mi primer indicador macroeconómico sobre la situación de mi país es puramente emocional: no tengo, hoy, ningún amigo feliz en Portugal. *Ninguno*. Varios están desempleados, todos se sienten angustiados, muchos cayeron en una profunda desesperación. Otros se marcharon –como yo. Profesionales con años de experiencia y una formación excepcional viven en situaciones de contrato precario y se agarran a esa tabla de salvación incierta con la fuerza de quien intenta evitar el naufragio total. El panorama de la comunicación social es

tan inquietante como el de otros sectores, con un agravante. A las fragilidades económicas ha venido a sumarse un ambiente de ataque silencioso, pero persistente, a algunas libertades fundamentales. En Portugal hay libertad, sí, pero también hay miedo, y el miedo es el cáncer de cualquier democracia. Grupos económicos sin rostro, por ejemplo de capital angoleño o de capital extranjero, han ido comprando participaciones en prácticamente toda la prensa portuguesa, ambicionando entrar también en los servicios públicos de radio, televisión y agencias de noticias. Está claro que no para tener derecho a voto en la asamblea anual de socios, sino claramente para tener derecho a veto en la línea editorial. En esto también *Europa* mira para otro lado: poderes dudosos e intereses extranjeros tienen hoy algo que decir sobre la libertad de prensa en una democracia occidental.

Privados de crédito inmediato, confrontados a la fragilidad de la economía real del “alumno modelo de Europa”, los lusitanos descubren, como dice un amigo mío de la banca de inversión, “que un euro portugués no valía lo mismo que un euro alemán”. El ambiente en Portugal es sofocante, física y literalmente sofocante. “Se está violando la dignidad mínima de las personas”, avisan figuras de referencia de la sociedad portuguesa como los ex-jefes de Estado Mário Soares y Jorge Sampaio. La población, ya depauperada después de año y medio de programas de austeridad, intenta encajar las medidas de terrorismo fiscal presentadas en septiembre. “The revolution will not be televised”, cantaba Gil Scott-Heron. En Portugal, por el contrario, se asiste en directo, por capítulos entre lo grotesco y lo alarmante, a la crónica del fin de nuestra clase media. El armagedón llegó bajo la forma de un “enorme aumento de impuestos” [sic] comunicado a la nación a través de la voz peculiar del ministro de Economía, un torquemada de los archivos Excel, perito en declaraciones que no nos dejan claro si lo que dice es fruto de una *enorme* estupidez o de una *enorme* insolencia, y que confirma el proverbio que previene que “hombre pequeñín, o bellaco o bailarín”. La opinión generalizada, compartida por comentaristas, académicos, filósofos y políticos, clérigos, militares, sindicalistas y representantes de otros grupos, es que se han sobrepasado todos los límites de lo admisible. Los sacrificios pedidos hoy a los portugueses suponen un “martirio” por vía fiscal, de fundamentos dudosos y según una receta que ya falló en ocasiones anteriores. La misma gente que propone y discute retirar diez o veinte euros a pensionistas y desempleados que viven con 300 euros mensuales concede, alegremente, amnistías fiscales de miles de millones de euros a una lista restringida

de “sociedades” y “consultoras” cuyos nombres nadie identifica con la producción objetiva de riqueza y que tienen “sede social” en alguna parte en un paraíso fiscal del Caribe o de las islas Vírgenes Británicas.

Hoy es recurrente oír a un amplio abanico de personas, desde las clases “bajas” hasta las “medias altas”, plantearse la posibilidad de emigrar, siguiendo los pasos de los ciento veinte mil portugueses que, sólo en 2011, abandonaron el país. Quien tiene hijos no ve un buen porvenir para ellos, no en su tierra. Se instala, trágicamente, la convicción de que “estudiar no sirve para nada” en un país con un pesado lastre de iletrismo y analfabetismo funcional. ¿Para qué estudiar, si hoy, en Portugal, un chapista está mejor remunerado que un ingeniero? Hay profesores en las universidades portuguesas que ganan cinco euros por hora de clase. Mejor salir, entonces. La hemorragia está en marcha y ya no es posible negar su existencia, como hasta hace poco tiempo. El discurso oficial exigía, durante los años dorados de la “convergencia”, una identificación con *Europa*; el éxito no admitía la evidencia brutal de la salida constante de portugueses del país. Con todo, las cuentas del Banco de Portugal siempre estuvieron ahí para quien quisiese consultarlas: durante la última generación, los emigrantes portugueses (en especial los de *Europa*, o sea, Francia, Alemania y Suiza) enviaron a la patria remesas equivalentes a un año de PIB (Producto Interior Bruto). A quien aún duda de la “nueva” emigración portuguesa, le recomiendo un paseo didáctico matinal por la *banlieue* parisina, para contar las furgonetas de empresas familiares de “marcos de aluminio”, “reparaciones a domicilio” o “albañilería y estucos” con las matrículas –¡y los anuncios!– todavía en portugués.

Cuatrocientos euros, el nivel de “renta mínima”, es actualmente un salario privilegiado para los jóvenes licenciados portugueses. Poco por encima –no conviene perder la noción de la realidad– de la tarifa con la que el coronel Gadafi apacentaba al nuevo funcionariado público de su Libia de rostro humano en vísperas de la primavera árabe. Quiero decir: Portugal se acerca a pasos agigantados a algunos de los indicadores del subdesarrollo y de las “líneas de falla” que identifican el mundo pobre y la geografía de los “Estados fallidos”, no sólo en los niveles de pobreza, sino en varios otros signos inequívocos de la disfuncionalidad del Estado: el desordenamiento del territorio, la quiebra de muchas de las funciones del servicio público, la ilegitimidad y el aislamiento de las elites, la chocante desigualdad social entre una minoría de muy ricos y una mayoría de muy pobres, la *lumpenización* de los centros urbanos, el aumento de la criminalidad y, claro, los niveles

obscenos de desempleo joven. Si, en lugar de este vaso “medio vacío”, relativizáramos las cosas desde la perspectiva del vaso “medio lleno”, habría que reconocer que Portugal, en clara desconvergencia con *Europa*, deriva rápidamente hacia unos niveles de felicidad pragmática dignos del mejor Magreb. Es decir, una especie de Cataluña de Marruecos -que nadie se ofenda. Marruecos es, por cierto, causa de agravio comparativo para Portugal. Ebrio de los fondos de *convergencia* y chupando del grifo de dinero de CEE/EU, Portugal despilfarró en gastos corrientes y sin evaluación correcta del retorno de la inversión una parte sustancial de lo que “Europa” concedió a título de fondos estructurales. Sin la afluencia de fondos europeos, al contrario, Marruecos tuvo que ser más astuto y proactivo, diseñando una estrategia concreta de desarrollo nacional, de atracción de masa crítica de la diáspora y de atracción de la inversión extranjera, servida por elites con una formación que las elites portuguesas no tenían ni tuvieron entre los años 1980 y 1990. “Marruecos es hoy el Portugal de hace veinte años, pero con gente mejor preparada”, me decía hace poco en París un gestor con gran experiencia internacional. Las buenas ideas producen buenos resultados. Casablanca, sólo por citar un ejemplo, es hoy una ciudad más competitiva y central que Lisboa como intermediaria de los negocios de *Europa* con el sur emergente. A pesar del discurso vacío, para consumo interno, de Portugal como “puerta de África” (y, más ridículo todavía, “puente de Europa con Brasil”, que obviamente ya no precisa de puentes para ningún lado), organizar una simple reunión de negocios con empresarios africanos en Lisboa puede convertirse en una pesadilla. Principalmente a causa de algo llamado Sistema Schengen... A otro nivel, compárense las rutas africanas de TAP Air Portugal con las de Royal Air Maroc, y se percibirá la tacañería y falta de visión que han contribuido a poner a la compañía aérea portuguesa en la situación de tener un único interesado (de Colombia) en su privatización. No es bonito, pero es así: Portugal, perdido el imperio, escogió cerrarse al sur cuando se dio cuenta de que *Europa* era el único lugar que le convenía. Se sumó a la desconfianza y al pudor de los ricos hacia los continentes “difíciles” y levantó barreras de todo tipo (consulares, políticas, aduaneras, etc.), insultando su pasado y sus obligaciones morales en favor de una saludable distancia con respecto al mundo “pobre”. Un mundo hacia el que Portugal miraba, en actos y discurso, hasta hace poco, con el mismo desdén y arrogancia, y con indisimulado chauvinismo, con el que *Europa* nos mira hoy a nosotros. Otros, mientras tanto, no fueron tan idiotas.

Henos, pues, llegados a una ruptura geográfica y no ya sólo económica: Portugal ya no es el sur emergente e ingenuo de una “Europa” unida, estudiante aplicado aplaudido en el club de los “grandes”. Resulta increíble recordar que, hace apenas dos años (!), el por entonces primer ministro portugués, el socialista Sócrates – “mon ami José” –, fue el invitado de honor de Nicolas Sarkozy en un simposio sobre “Nuevo Mundo, Nuevo Capitalismo”... Portugal y sus líderes ya no son una referencia para *Europa* y el país es hoy el melancólico finisterre de un nuevo sur del mediterráneo, cuya existencia no preocupa especialmente en los centros de decisión de París, Berlín y Bruselas. Pertenecientes ahora a un sur que no se corresponde precisamente con lo que *Europa* entiende por Côte d’Azur, los portugueses asisten al retorno vindicativo de su propia Historia – a merced de nuevos poderes y esferas de influencia que representan una versión ácida del regreso de las carabelas. Muchos desempleados de la burbuja de la construcción y de los sectores de mano de obra barata en Portugal ponen rumbo a Angola (y hubieran llegado hasta Libia si la revolución no hubiese pospuesto el boom de la construcción pagado por el dinero del petróleo después del fin del embargo al régimen de Gadafi). Sobre Angola, antigua “joya de la corona” portuguesa, dice la propaganda de los dos países que es una tierra de “oportunidades”. Es cierto, para quien no tenga escrúpulos. Lo que no se dice en los medios de comunicación de Luanda ni de Lisboa, ni de la “Europa” que a veces ni siquiera sabe dónde queda este país en el mapa, es que ya no hay dinero limpio en Angola y que cualquier “inversión” supone, directa o indirectamente, el blanqueo de dinero. Citando al valiente *rapper* angoleño MCK, en el fantástico poema que es el tema “No país do Pai Banana”, ellos “han hecho de la miseria un negocio rentable”. Angola es hoy un circo máximo de nueva exploración colonial, en un proyecto de capitalismo salvaje gestionado por un régimen de origen y sesgo estalinistas. Con todo, en este binomio luso-tropical la exploración se invierte, llevando a cabo una venganza de la historia. Los hijos y nietos de los colonos portugueses son hoy – en los astilleros, en las canteras, en la construcción civil – semiesclavos de los descendientes de los antiguos “indígenas” y “asimilados” de la “provincia ultramarina” que era el orgullo de Salazar. Pero Angola no es sólo el lugar de destino de nuestra mano de obra barata. Tras un paseo de cuarenta años por *Europa*, el Portugal democrático está hoy exactamente donde estaba el Portugal de la *perestroika* marcelista. Portugal, como dije antes, no es viable sin Angola, lo que constituye, como en los años 70, una cuestión

de soberanía -no ya suya, sino nuestra. De Luanda llega, en los últimos años, el flujo de capital y de inversión -las tales "oportunidades"- que mantiene a Portugal a flote, por encima de los niveles mínimos de *Europa*, evitando la honestidad del naufragio, a cambio del control creciente por intereses angoleños de posiciones vitales en la banca, en la energía, en la distribución y, *hélas!*, en los medios de comunicación. El fracaso mutuo de Portugal en *Europa* y de *Europa* en Portugal no se mide sólo, ni sobre todo, por la falta de convergencia económico-social, sino también por la falta de convergencia moral y ética en la práctica política y en la cultura cívica. *Europa* admite y ve normal, en su cinturón sur, patrones de corrupción política, de mal gobierno y de prácticas antidemocráticas cotidianas que no quedarían incólumes en los países del norte -y hasta del Este, en lo que a este punto se refiere. Se trata de un tipo de condescendencia mal disfrazada de quien, en los años 80 y 90, no supo, porque no quiso, en Bruselas, París o Bonn, ejercer la debida influencia sobre unas clases políticas emergentes que alimentaron y crearon su clientela distribuyendo y desbaratando los "fondos de cohesión", en favor de un modelo de desarrollo que nunca se desvió de lo que era conveniente, en aquel momento, para los "grandes" del "proyecto europeo".

Uno no se mete sólo en un hoyo como en el que se encuentra Portugal. Tuvimos ayuda activa y eficaz, evidentemente, como país pequeño. La ayuda al encallamiento precedió a la ayuda al desarrollo. Portugal no llegó a "Europa" hace más tiempo, cuando debía y podía, porque "Europa" y "América", léase, las democracias occidentales, finalmente consideraron que no valía la pena forzar demasiado la mano a Salazar (y a Franco) después de 1945. Los grandes faros del "proyecto europeo" y de la Alianza Atlántica juzgaron decente para los portugueses (y españoles y griegos) la perpetuación de regímenes protofascistas, de opresión mediante la violencia y mediante la ignorancia que, tampoco en este caso, admitirían para su propia gente. Los "países de la construcción europea" estuvieron entre aquellos que decidieron, conscientemente, perpetuar regímenes que, como el Estado Novo portugués, tuvieron para nuestro pueblo un coste incalculable -en el tiempo histórico colectivo tanto como en el tiempo biológico individual. La consolidación democrática en el corazón de *Europa* -un tiempo de paz, que es el tiempo de la siembra y de la cosecha- se pagó, en parte, mediante el rédito de la *totalitarización* de varias periferias, incluyendo el país donde nació. *Europa*, tan rápida a la hora de juzgar y encasillar, no debería olvidar que,

antes de pagar (como hemos oído decir hoy) la “integración” de Portugal, fomentó y ganó con su exclusión. La guerra fría tuvo un segundo telón de acero en el oeste, en los Pirineos: el telón de la reacción, simétrico del telón de la revolución. Incómoda ecuación esta para cualquier portugués: hoy recibimos lecciones de contabilidad de quien no supo, a la debida altura, darnos lecciones de libertad. La figura primero heroica y después trágica del general Humberto Delgado es la mejor ilustración de la relación poco edificante entre las potencias occidentales y Portugal. Joven oficial, apoyó el golpe militar y la emergencia de Salazar; en 1943, oficial superior de las Fuerzas Aéreas, tuvo un papel fundamental en la negociación del acuerdo que hizo posible la utilización de las Azores por los americanos y el cambio de rumbo en la guerra en el Atlántico (y después en Europa occidental); en 1958, concurrió contra el candidato Salazar a las elecciones presidenciales, pero le faltó el apoyo imprescindible de Washington y de Londres a la idea de un proceso de democratización en Portugal. Delgado, después de años de exilio, acabó asesinado en la frontera española por un agente de la policía política PIDE.

En uno de los episodios clásicos de la historia del siglo XX, la eventualidad de una democracia en España fue pisoteada con la ayuda de la Alemania nazi, inmortalizada en una única tela de Picasso. Portugal, claro, no tuvo guerra civil y, por tanto, no se presentó siquiera la oportunidad de vivir nuestro “momento Guernica”. Las cosas ocurrieron de una manera más perversa y profunda. En ayuda de Salazar y del Estado Novo, acudieron en la posguerra, con un plan Marshall oficioso, los viejos amigos ingleses y los nuevos amigos americanos. Ofrecieron al régimen la frialdad de cálculo propia de los socios de Portugal en la OTAN y la discreta inversión extranjera (alemana, americana, francesa, británica, japonesa...). Ésa fue la bomba de oxígeno que permitió al Estado Novo sobrevivir artificialmente más allá de su fecha de caducidad. Esta inversión fue exactamente eso: inyección de capital con la intención legítima de cobrar dividendos y de obtener un retorno estipulado y cuantificable. Quien no entienda esto o es especialmente ingenuo o especialmente creyente en el altruismo a fondo perdido. La lista (y el mapa) de inversores es impresionante, aun sin ser exhaustiva: Damag (RFA) y Babcook & Wilson (Inglaterra) en la Metalurgia de Montijo; Procon (Inglaterra) en la Refinería de Matola, en Mozambique; Péchiney (Francia) en la Fábrica de Aluminio de Dondo, en Angola; Phoenix-Rheinruhr (RFA) en la distribución de energía de Metalurgia do Seixal, construida por un con-

sorcio de empresas alemanas y belgas; Unites States Steel Corp. (EE.UU.), Morrison Company (EE.UU.), Tudor Engineering (EE. UU.) y D. B. Steinman (EE.UU.) en el proyecto del puente Salazar; Ingersoll Rand (EE.UU.), fabricante de compresores y equipos asimilados; capital sueco en la construcción de la celulosa de Socel en el margen sur; Krupps (RFA) y Hojgaard et Schultz (Dinamarca) en las inversiones mineras en Angola; etc., etc., etc... El capital extranjero en la posguerra continuó la mejor tradición de un imperio que fue la única potencia sin autoridad de la Conferencia de Berlín y que obtuvo y mantuvo las colonias africanas empujado por la conveniencia británica de contrariar los apetitos imperialistas de Alemania y de Francia. Desde los ferrocarriles de Benguela, obra estructurante del proyecto colonial de Angola, hasta las grandes compañías coloniales del valle de Zambeze, en Mozambique, el imperio portugués era una máquina lubricada con dinero inglés, alemán y belga. Si a ese hecho añadimos la inversión de la posguerra en Portugal, comprendemos de forma más nítida la naturaleza real de la mítica “visión” de Salazar. Y nos queda claro el tipo de colaboracionismo que dio la mano a la “modernización” entrópica puesta en marcha por el Estado Novo entre metrópoli y colonias. Fue el capital oriundo de las democracias occidentales el que pagó la distopía de Salazar, un país que gastaba un tercio de su presupuesto en las Fuerzas Armadas, en una época en que la educación se veía beneficiada con menos del diez por ciento. Peor: fue esa “inversión” la que dio margen al dictador para, en la metrópolis, mantener contentos a los únicos fiadores de su poder –los militares, siempre los militares– y, en las provincias ultramarinas, involucrar a Portugal en tres frentes de guerra que tuvieron un precio incalculable en sufrimiento humano y atraso social. En la ola aperturista de la *Europa* de posguerra, hubiera sido legítimo pensar que la descolonización de las colonias portuguesas sería el motor saludable de la democratización del país. Por desgracia, como sabemos, la cabezonería de Salazar determinó que sucediese lo contrario, dos décadas y tres guerras coloniales más tarde. Pero conviene recordar que la “Legión Condor” a la portuguesa fue lo que hoy llamaríamos una *coalition of the willing* de bombarderos americanos, helicópteros franceses, navíos alemanes: si hay una industria en particular que Portugal no tenía (ni tiene), ésa era la de armamento. Fue necesario comprárselo a alguien y nadie, entonces como ahora, proporciona armamento y equipamiento militar gratis. Recientemente, en Moscú, en una visita a los archivos soviéticos para una investigación académica sobre las relaciones Este-Sur, llegaron a

mis manos diferentes documentos sobre el papel de Alemania en la guerra colonial de Salazar. En uno de ellos, de 1969, Amílcar Cabral, líder del PAIGC (único movimiento de liberación que Portugal venció militarmente), intenta llamar la atención de la opinión pública alemana sobre el hecho de que los astilleros Blohm&Voss, de Hamburgo, tienen entre manos un pedido de tres fragatas para la marina de guerra portuguesa, “muy a propósito para su utilización en los ríos de Guinea”. Me acordé de un pasaje del escritor sueco Sven Lindqvist, en el que recuerda que, en su adolescencia, después de la guerra, viajó por el mar del Norte en un barco noruego. Durante una escala en un pequeño puerto, un pescador se dio cuenta de que el niño era sueco. Volaron las acusaciones y las recriminaciones. El joven Sven puso la excusa de su edad, a lo que el pescador le respondió con algo así como: “Sí, pero también te beneficiaste del saque”. No es una cuestión de culpa, explica Lindqvist, sino de decencia y de sentido de la realidad.

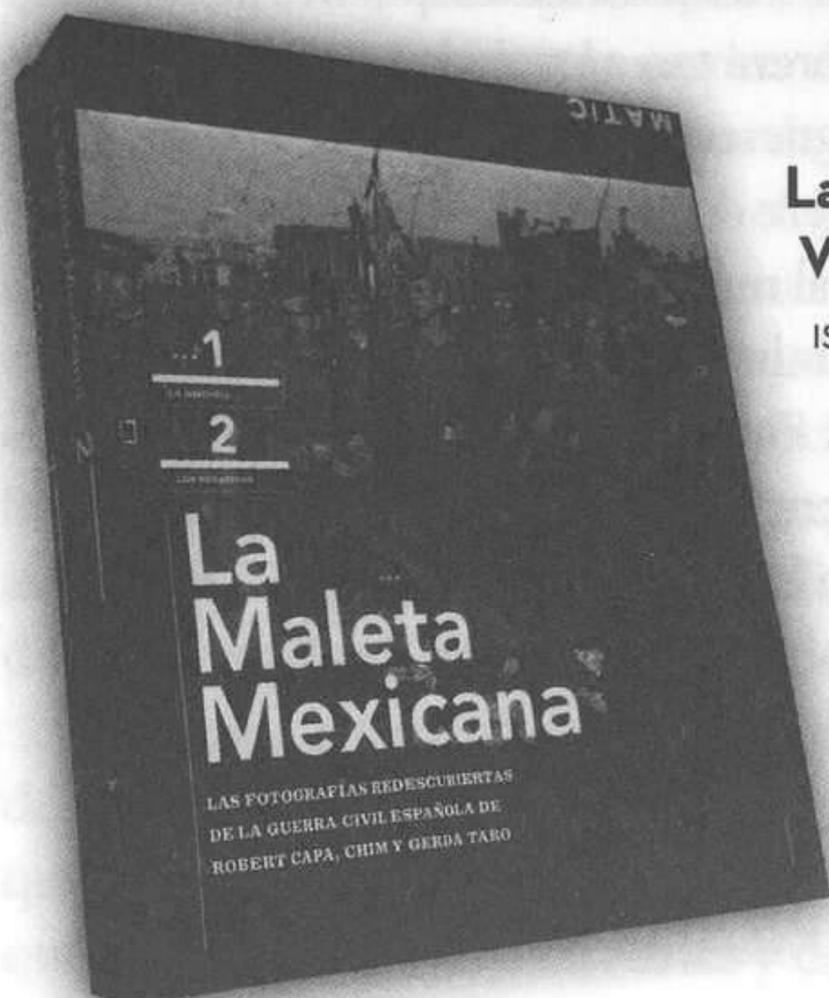
En estos momentos de turbulencia europea, con el pretexto del caso de Grecia, se recuerda la cuestión de las indemnizaciones de guerra. A mí, que, en 1968, nací en un país y en una región ignaros, hijo de un hombre que combatió tres años en África y de una mujer que no tenía ni agua corriente ni luz eléctrica en su casa familiar, se me ocurre preguntar: ¿Y a quién le exijo yo una indemnización de paz? ¿Al presidente americano? ¿A la reina de Inglaterra? ¿Al canciller alemán? ¿Al secretario general de la OTAN? ¿A “Europa” en la persona del Dr. Barroso? ¿Al CEO de Krupps? A nadie, evidentemente. Pero a todos ellos les exijo, se exige, que dejen de tratar a los países “intervenidos” como a una panda de vagos que todavía no han comprendido el valor del trabajo y que merecen vivir sin salarios, sin protección social y sin horizonte de futuro. El progreso del “sur”, sin embargo, no fue sólo un despilfarro, y bien que sirvió a las exportaciones de los países industrializados del “norte”. Basta moverse por Portugal para ver los coches alemanes, los camiones suecos y los tractores franceses... Tomemos, sin embargo, una metáfora mecánica: para quien lo compra, un *Bayernmobil* otorga estatus y el placer de la conducción; a quien lo hace, ya le dio empleo. El mayor beneficio, ¿es para quien lo usa o para quien lo fabrica? O, para ser más claro: el “consumo” de alguien ya fue incorporado en la “competitividad” de otro.

Desesperación cotidiana, angustia ante el futuro, irascibilidad en las relaciones, desprecio de la clase política, politización -peligrosa- fuera del espacio partidario y parlamentario. Éste es el retrato del país en otoño de

2012. Otelo Saraiva de Carvalho, el estratega de las operaciones del 25 de abril, avisó en octubre de que Portugal está al borde de una “revolución no pacífica”. La suerte del Gobierno, y de los portugueses, y tal vez la única conquista inamovible de la democracia portuguesa: el tiempo de los golpes de Estado ya pasó. A favor de la *troika* y de los inclementes que nos gobiernan, está también el peso del pasado: la pobreza tan apreciada por Salazar. Hace apenas una generación que los portugueses dejaron un contexto social en el que la dieta de un individuo normal era de un vaso de leche al día, un trocito de carne por semana, tres huevos al mes y una gallina al año. Pobres ya no somos, como recordó el primer ministro Passos Coelho. Extraña coincidencia: la parte inferior del rostro de Passos increíblemente se parece a la de Salazar. La venganza del uno nos sonrío en la arrogancia del otro.

Nos queda, pues, la calle, morada habitual de la rabia ■

# Fundación Pablo Iglesias



## La Maleta Mexicana. Volumen I y II

ISBN: 978-84-15303-27-5

Perdida desde 1939, la Maleta Mexicana contiene casi 4500 negativos de Robert Capa, Chim (David Seymour) y Gerda Taro sobre la Guerra Civil española. Los rollos viajaron desde París a través del sur de Francia hasta Ciudad de México, donde fueron recuperados casi setenta años más tarde. Hoy se conservan en la colección del International Center of Photography.

Este material no sólo proporciona una amplia, rica y exclusiva panorámica de una guerra que cambiaría el curso de la historia europea, sino que demuestra cómo el trabajo de estos legendarios fotógrafos sentó los cimientos de la fotografía de guerra actual. Publicados en la prensa internacional, sus innovadores y apasionados reportajes eran a la vez comprometidos y partidistas.

Sus intensas imágenes muestran abiertamente su apoyo a la causa republicana antifascista y registran vívidamente tanto secuencias bélicas como escenas que ilustran los desgarradores efectos de la guerra sobre los civiles. Igualmente atractivas son las vidas de los propios fotógrafos, reveladas a través de sus imágenes: el apuesto Capa, el estudioso Chim y la intrépida Taro, trágicamente fallecida en 1937 durante la batalla de Brunete. Esta es la historia de tres jóvenes y de los vínculos personales, políticos y artísticos que los unieron.

Este catálogo ha sido coeditado por La Fundación Pablo Iglesias y La Fábrica.

[www.fpabloiglesias.es](http://www.fpabloiglesias.es)

# APARTAR EL ISLAM DEL ISLAMISMO

*Abdelwahab Meddeb*

Escritor y poeta tunecino

**¿C**ómo apartar el islam del islamismo? Éste ha transformado completamente las conciencias musulmanas a lo largo de los últimos cuarenta años. Es un hecho comprobado, universal, que parece afectar a la totalidad de los territorios del islam.

Con ocasión de mi reciente visita a Daca, capital de Bangladés, así como a Chittagong, segunda ciudad del país, constato que el mal islamista contamina aquí las conciencias tanto como en otros lugares, en países que conozco mejor como Siria, Egipto o Marruecos, o como el país del que soy originario, Túnez.

Tras el encuentro que mantuve con escritores, poetas y universitarios bangladesíes, creo que sería necesario organizar una red de intelectuales y artistas liberales de origen islámico para defender nuestros países contra el creciente wahhabismo salafista promotor del mal islamista. Éste está transformando el islam y conduciendo a sus pueblos a lo peor, a la regresión, el oscurantismo, la cerrazón, el fanatismo.

Resulta sorprendente comprobar hasta qué punto los problemas son idénticos desde Marruecos hasta estas regiones de Asia del sur. Toda la franja horizontal por encima de los trópicos a la que nosotros pertenecemos está aquejada del mismo mal, se precipita hacia una uniformización devastadora.

Y esta situación no es fruto del azar, es el resultado de una política razonada que ha demostrado su coherencia, su rigor, su empuje. Que tiene

efectos que transforman la realidad, tras una acción sostenida que se inicia con la primera crisis energética de 1974. Una crisis que hizo afluir el maná del petróleo a Arabia Saudí, parte del cual ha sido metódicamente utilizado en favor de la propagación de la fe wahhabita por el mundo.

A partir de ese momento, el islam comenzó a cambiar desde Indonesia hasta el occidente magrebí. Está experimentando una uniformización y una universalización del culto a la manera simplificadora wahhabita, excluyendo la complejidad teológica para favorecer la constancia en el culto, bajo la égida del Dios-Uno convertido en un ser exclusivo, desprovisto de toda mediación, llegando así hasta la adoración de un ídolo amenazante, tiránico, tanto más temible cuanto que permanece ausente, inaccesible, irrepresentable en su inmanencia misma. Tal concepción reduce a Dios al papel de guardián inflexible, vigilante de cada uno de nuestros gestos para saber si son conformes a la norma o si la transgreden.

Este islam wahhabita siente repugnancia por cuatro cosas que nosotros al contrario debemos honrar en absoluto. Pues el objeto de su fobia es el de nuestra pasión, y hay que cultivarlo, protegerlo a cualquier precio, sin condiciones.

1. En primer lugar el islam vernáculo, el que gira en torno al culto a los santos, el que recupera el fondo dionisiaco y trágico, es decir, el que se hace cargo de la escena que activa la catarsis, la purga por la que se evacua el exceso de carga que pesa sobre el alma de los individuos y de la comunidad a la que pertenecen. Ahora bien, esta escena vernácula recupera elementos que provienen de la era preislámica. Sus orígenes se remontan lejos en el tiempo; actualizan constantemente la antigüedad, lo antiguo, que, aquí, en el Bangladés desde el que escribo, es hindú; se conecta con vestigios hinduistas, budistas, que dan lugar a una forma de solidaridad entre el *'âlim* y el *pandit*, entre el sufi y el yogui. Como ocurre en Túnez con el sustrato mediterráneo, bereber, judaico, latino, del África subsahariana, elementos ancestrales que interfieren, se entrecruzan, se entretejen para enmarcarse dentro de la creencia islámica.

2. A continuación, el segundo punto se refiere al enfoque doctrinal y al procedimiento jurídico generador de norma, que ha de ser adaptada y articulada en el horizonte del derecho positivo, de la *Common Law*. Para acabar con estos particularismos, la corriente wahhabita querría ver silenciada la memoria hanafita en Bangladés y la memoria malekita en el Magreb. Ahora bien, dichas memorias, a pesar de su carencia operacional, son

portadoras de una complejidad y de una propensión al debate que no soporta la simplificación wahhabita, que concentra todas sus energías en la ortopraxis en detrimento de cualquier otro cuestionamiento.

3. Llegamos ahora al tercer punto, el relativo al regreso al fondo teológico y sufista que implica la especulación y el cuestionamiento. Para abordarlo, antes hay que ir más allá tanto de la adhesión a uno de los cuatro ritos sunitas como de la escisión sunitas/chiítas. También es conveniente liberarse de la imposición del *ijmā*, el consenso que ha petrificado el conjunto de las creencias, y reconciliarse con el *ikhtilâf*, el desacuerdo entre ulemas. Este último crea una polifonía que abre las puertas del *ijtihâd*, un esfuerzo de interpretación que suscita la controversia y mantiene viva la diversidad de los puntos de vista, algo que relativiza el acceso a la verdad. Es esta palabra clave, *ikhtilâf*, la que resplandece, por ejemplo, en el tratado legal del filósofo y cadí Ibn Roshd (Averroes), cuyo título es en sí mismo un anuncio programático y de método: *Bidâyat al-Mujtahid wa nihâyat al-Muqtaçid*, que podría traducirse como: “Aquí empieza quien hace un esfuerzo de interpretación, aquí termina quien se lo ahorra”.

Llegados a este punto, es imperativo también ampliar el ámbito de nuestras referencias, bebiendo de los corpus filosóficos y poéticos consignados durante siglos a través de las lenguas mayoritarias del islam, principalmente del árabe y el persa. Pues en los pasajes más sobresalientes de estos textos encontraremos los orígenes, los presagios, los signos precursores de las lecciones de la Ilustración que responden de manera eficaz a estos nuestros problemas hoy. Es posible, por ejemplo, encontrar en ellos un arreglo para nuestra deficiencia a la hora de pensar la cuestión de la alteridad, de considerar las relaciones de sí con el otro.

Aquí, en Bangladés, existe un problema en la relación del musulmán con el otro budista. La actualidad nos informa a todas horas del asedio de sitios budistas por parte de bandas salafistas que queman los templos y destruyen las estatuas de Buda o las decapitan. Como ocurrió el pasado 29 de septiembre en la ciudad de Ramu y pueblos aledaños, cerca de Cox Bazaar, en el golfo de Bengala. Once templos de madera fueron reducidos a cenizas, dos de ellos de tres siglos de antigüedad. Y estas violencias se propagaron a Patya, más cerca de Chittagong, donde la presencia budista es más importante. Luego le tocó el turno a Ukhia, a Teknaf, también en el sudoeste del país, no lejos de las fronteras con Birmania. Esta armonía perdida ha hecho mucho daño aquí a la comunidad de musulmanes libera-

les. Este atentado contra la alteridad budista inspiró a Kaiser Haq, uno de los eminentes poetas que conocí en Daca, un poema de protesta que devuelve la gloria a Buda. En el curso de una lectura pública de éste, recordé las muchas evocaciones budistas que se pueden encontrar en la tradición islámica, en Birouni, Ibn Hazm, Shahrastani, Ibn Nadim, Massoudi. Todos estos autores de los siglos X y XI se muestran mucho más abiertos a la alteridad, más curiosos del otro, más capaces de entender la diferencia, más oportunos a la hora de comprender las creencias extranjeras, en la singularidad de sus ritos y de sus representaciones, que nuestros contemporáneos salafistas wahhabitas, que pretenden imponernos su visión fanática y exclusivista. Tras dicho recordatorio, la lectura del poema de Kaiser Haq adquirió un tono obvio que reforzó la convicción de la audiencia presente en lo referente a la diversidad de sus opiniones.

4. Y llego finalmente al último punto, el que relaciona nuestro discurso con el pensamiento moderno y posmoderno tal y como fue expresado a partir el siglo XVIII, desde Rousseau y Kant hasta Karl Popper y Jacques Derrida, pasando por Stuart Mill y tantos otros, un pensamiento que aboga por la apertura y la libertad, que se sirve del arma de la crítica y de la deconstrucción de la herencia recibida, sólo válida en tanto que se asume como un rasgo en constante revisión. La asimilación de este pensamiento nos devuelve también a la complejidad, nos dirige hacia el cuestionamiento y nos preserva de respuestas apriorísticas. Tales son las condiciones que nos conducen por la vía de la búsqueda en su infinitud.

Honrando estos cuatro puntos (denostados por los salafistas), estaremos en condiciones de construir un discurso alternativo destinado a oponerse al propósito wahhabita, a refutarlo y a rechazar su proyecto. Se trata de un “contra-discurso”, según la palabra utilizada por un pertinente pensador bangladesí, mi colega el profesor Imtiyaz Ahmed, con el que participé en un debate público en el Senate Hall de la Universidad de Daca delante de un vasto auditorio, con un público variado y atento compuesto tanto por laicos como por islamistas convencidos, así como otros de apariencia salafista. La discusión que siguió a nuestras intervenciones y nuestro intercambio fue constructiva, cordial.

Esta sesión sentó las bases para avanzar en esta vía alternativa por la que debería discurrir el producto de nuestros intercambios, algo que podría resultar más fácil con el establecimiento de una red que pondría en contacto a todos los islamistas liberales, desde Indonesia hasta el Magreb ■

# LA CAÍDA DEL IMPERIO AMERICANO

## HISTORIA, FARSA Y DAVID PETRAEUS

*Tom Engelhardt*

Escritor y editor norteamericano

Se suele decir que la historia se repite, primero como tragedia, después como farsa. Primero como Karl Marx, después como los hermanos Marx. En el caso de la América del siglo XXI, la historia llegó primero como George W. Bush (y Dick Cheney y Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz y Douglas Feith y el Project for a New America -un Gobierno en la sombra disfrazado de *think tank*- y un variado grupo de ambiciosos neoconservadores y neolíderes de opinión); fue después cuando David Petraeus entró en escena.

Ahora queda del todo claro que, desde el descamisado agente del FBI hasta el biógrafo “asignado” y la “otra otra mujer”, la “caída” de David Petraeus representa una farsa de primer orden. Lo que no es tan obvio es que Petraeus, el militar mimado de Estados Unidos y toda una celebridad, fue siempre pura ilusión, siempre la farsa, aunque los moradores de Washington lo desconocían.

Hasta hace poco, éste era el secreto a voces de la vida de Petraeus: puede que no entendiera a los iraquíes o a los afganos, pero durante generaciones no hubo ningún militar que comprendiera más intuitivamente cómo adular y cautivar a periodistas, líderes de opinión y políticos estadouni-

denses para que lo elogiara. Después de todo, fue el general que logró su primera portada en la revista *Newsweek* (“Can This Man Save Iraq?”) en 2004, mientras convertía en un desastre el programa de entrenamiento para las fuerzas de seguridad iraquíes, y dos más antes de que también la revista asumiera su culpa. En 2007, quedó segundo por detrás de Vladimir Putin como personaje del año de la revista *TIME*. Y eso era lo habitual mucho antes de que Paula Broadwell publicara, con el acertado título de *All In*, una biografía que recibió elogios por parte de la misma elite de siempre.

No se necesitaba tener acceso a información privilegiada para saber que Broadwell no era la única con la que el general practicaba calistenia. No hizo falta que el FBI investigara. Incluso antes de que ella apareciera en escena, ya había tenido relaciones de alcoba con un montón de columnistas, líderes de opinión, reporteros y políticos. Y por extraño que parezca, muchos aún las tienen. Un notable ejemplo fue el presentador Brian Williams de las noticias NBC *Nightly News* comentando tristemente la “dolorosa” dimisión de Dave -“el general más importante y conocido de la era moderna”-.

Los profesionales de los medios de comunicación, que lo adoraban, lo trataban como el próximo mesías militar, una mezcla entre Alejandro Magno, Napoleón y Ulysses S. Grant envueltos en una fabulosa piñata. A ningún general de nuestra era, puede que de ninguna era en Estados Unidos, se le han atribuido tantos adjetivos entusiastas.

Quizá el momento más revelador de Petraeus, que capturaba tanto la tragedia como la farsa que se avecinaban, ocurrió durante la invasión de Irak en 2003. Estaba comandando la División Aérea 101 en su ofensiva hacia Bagdad e incluso entonces invitaba a reporteros a pasar tiempo con él. En algún momento, le dijo al periodista Rick Atkinson: “Dime cómo acaba esto”. Por supuesto, ahora lo sabemos: en farsa y no demasiado bien.

Durante semanas las noticias se han visto inundadas por su historia, en continuo aumento, que incluye rivalidades privadas, fiestas temáticas de piratas, desenfrenadas teorías de la conspiración e investigaciones dentro de investigaciones. Tiene todo lo que un típico medio de comunicación americano del siglo XXI necesita para acaparar toda la atención. Jill Kelley, la *socialite* de Tampa que desencadenó la historia al mostrar su vida en Internet, y que acabó involucrando a dos generales del Ejército de Estados Unidos en el infierno de la Red, escribía evidentemente suficientes correos electrónicos al día como para hacer temblar a la imaginación. Aun

así fue parca en palabras en comparación con los millones que siguieron por parte de reporteros, líderes de opinión, observadores, conocidos militares retirados, todos y cada uno de los que alguna vez se habían tropezado con Petraeus o habían opinado sobre él, su biógrafa y a la vez amante Paula Broadwell, el comandante general de la guerra de Afganistán, John Allen, y el resto de un creciente reparto de personajes. Considérenlo como *La caída de la Casa Gusher*. Lo curioso fue que ninguno de los “logros” de David Petraeus duró más que su presencia en escena. Aun así, hay que reconocer su mérito. Fue un luchador prodigioso y un general completamente moderno. Desde Bagdad a Kabul, nadie mejor que él supo lanzar una guerra relámpago en los medios de comunicación de Estados Unidos en la que él mismo guio a los americanos a través de los detalles de su propia guerra.

Allí donde, érase una vez, victoriosos comandantes tenían que tomar una capital enemiga o aceptar la rendición de un ejército oponente, David Petraeus conquistó Washington, algo que no consiguió ni Robert E. Lee. Hasta que cometió el error de contratar a su propia “biógrafa” (y amante), había resultado ser un prodigio para las relaciones públicas. En cierto sentido, era la versión militar en la vida real del Jay (“el gran”) Gatsby de F. Scott Fitzgerald, un hombre que se hizo a sí mismo a imagen de lo que quería ser y después convenció a los otros de que era así.

En el campo de batalla, sus éxitos fueron transitorios, sus fracasos demasiado reales, pero, debido a que resultó ser infinitamente flexible, ninguno de ellos importó en realidad o contuvo la afluencia de adjetivos por parte de admiradores de todas las clases políticas. En Washington, al menos, parecía invencible, incluso inmortal, hasta que todo acabó en una versión militar de *Dallas* o quizá de los avances de la tercera temporada de *Revenge*.

Su “caída en desgracia”, como lo calificaron las noticias de la noche del canal ABC, fue una caída desde la gracia de Washington, y su historia, como la del presidente que primero se enamoró de él, se puede resumir como una de héroe americano a americano caído.

## **CONVIRTIENDO LA ÚNICA SUPERPOTENCIA EN SUPERPOTENCIA AISLADA**

David Petraeus era un recién llegado con respecto al Petraeus-ismo. Recogió, de sus modelos de dentro y alrededor de la Administración Bush, los

fundamentos del estilo imperial de ese momento y los aplicó a su propio mundo. Fueron George W. y sus chicos (y chica) quienes primero imaginaron los sueños, pasaron una notable cantidad de tiempo “a la conquista de Washington” y vendieron su particular conjunto de fantasías a sí mismos y, después, a los norteamericanos.

Fueron el equipo original de esa pura ilusión. Desde el momento, sólo cinco horas después de los ataques del 11S, en que el secretario de Defensa Donald Rumsfeld -en presencia de asesores que tomaban notas- ordenó que empezaran a trabajar en planes de ataque contra el Irak de Sadam Hussein (“Ataque a gran escala. Bárranlo todo. Tanto si está relacionado como si no...”), la venta de una invasión y otras fantasías desmesuradas estaba en marcha.

Primero, el día después y aún en caliente, el presidente y los altos oficiales de la Administración vendieron su “guerra” del terror. A continuación, después de “liberar” Afganistán y decidir quedarse por un largo periodo, lanzaron una sólida campaña publicitaria para promocionar la idea de que Sadam Husein tenía armas de destrucción masiva y estaba vinculado a Al Qaeda. Con esto impulsarían la imagen de hongos elevándose sobre las ciudades americanas desde el inexistente programa nuclear del dictador iraquí, y fantasmales drones iraquíes rociando con armas químicas o biológicas la costa este de Estados Unidos.

Cheney y Rice, entre otros, hicieron la ronda por los programas de debate, subiendo la temperatura del Congreso. Personalidades de la Administración filtraron (des)información útil, presionaron a la CIA para que manipulara la información que querían e incluso formaron su propio equipo secreto de inteligencia para que les proporcionara lo que necesitaban. Entonces consideraron sólo cuándo debían lanzar sus planes para la tan deseada invasión y optaron por septiembre de 2002. Conforme infamemente explicó el jefe de Gabinete de la Casa Blanca Andrew Card: “Desde un punto de vista de marketing, uno no presenta nuevos productos en agosto”.

Por entonces ya estaban en guerra... en Washington. Al principio, apenas se preocuparon de la guerra real que se aproximaba. Estaban tan seguros de lo que podía hacer el Ejército estadounidense que, como prematuros “Petraeuses” que eran, concentraron sus esfuerzos en la patria. Románticos respecto al poder militar de Estados Unidos, convencidos de que sobrepasaría cualquier otra clase de poder en el planeta, supusieron que Irak

sería, en palabras de uno de sus partidarios, “pan comido”. Se convencieron primero a sí mismos y después a los demás de que los iraquíes recibirían el avance de los invasores como el de liberadores, de que el coste de la guerra (especialmente dada la riqueza en petróleo de Irak) sería ínfimo y de que no había necesidad de definir un plan serio para una ocupación posterior a la invasión.

Con todo ello, se confirmó que dominaban las relaciones públicas pero que estaban increíblemente equivocados. Como tal, serían los padres de una tragedia imperial -un desalentador conjunto de desastres que desinflaría la potencia americana y convertiría a la “única superpotencia” del planeta en una superpotencia aislada, que preside un sistema mundial en fragmentación, sobre todo en el Gran Oriente Medio-. Cegados por sus fantasías, precipitaron más de lo necesario el declive americano durante la primera década del nuevo siglo.

No es que les importara, pero también provocaron una serie de desgarradoras tragedias humanas: en primer lugar para los iraquíes, entre quienes hubo cientos de miles de bajas por la guerra, la insurgencia y la lucha sectaria, además de millones que tuvieron que huir al exilio; después vinieron los afganos, que morían mientras asistían a bodas, funerales, incluso bautismos de recién nacidos; y, por supuesto, decenas de miles de soldados y contratistas, que murieron o fueron heridos, a menudo gravemente, en esas funestas guerras; y no nos olvidemos de los habitantes de la Nueva Orleans de después del Katrina, condenados a pudrirse en su inundada ciudad; o los millones de americanos que perdieron sus trabajos, sus casas, incluso sus vidas, en el colapso económico de 2008, un desastre que surgió de una serie de engaños y fantasías financieras de alcance mundial que Bush y su equipo fomentaron y facilitaron.

Fueron los que, en otras palabras, asumieron un fuerte poder imperial ya en lento declive, cogieron el volante del coche del Estado, pisaron el acelerador a fondo y, como una pandilla de jueguistas borrachos, se dirigieron rápidamente hacia el acantilado más cercano. En ese proceso -no eran sino grandes vendedores-, les vendieron la moto a los americanos, incluso mientras fomentaban sus propios sueños de establecer una *Pax Americana* en el Gran Oriente Medio y una *Pax Republicana* en casa. Ahora todo, por supuesto, ha ardido bajo las llamas.

En la disertación que hizo David Petraeus en Princeton en 1987, escribió lo siguiente sobre la percepción: “No es lo que realmente ocurrió lo

que importa, sino lo que los legisladores creen que ha ocurrido en cada caso particular”. Sobre éste y otros asuntos no era desde luego un tonto, pero era un charlatán -tanto para sí mismo (dada su particular versión de amor propio) como para un sueño que ya se desvanecía en Irak y Afganistán-. Y era sólo uno de los muchos promotores que había ahí fuera en aquellos años vendiendo productos (incluido a sí mismo): los oficiales superiores de la Administración Bush, grupos de neoconservadores, bandas de intelectuales militares, hordas de expertos que cerraban filas con líderes de opinión. Todos ellos imaginando Washington como un campo de batalla para no olvidar nunca, todos suponiendo que la lucha por la “percepción” estaba solo en el frente interno.

### ELABORANDO UN MANUAL DE CABECERA

Se podría decir que Petraeus aterrizó por completo en la escena, al menos en Washington, en aquel ya clásico mes de despliegue de septiembre (2004). Fue entonces cuando el general, a cargo del entrenamiento de las fuerzas de seguridad iraquíes, le proporcionó a un presidente en ajustada carrera por la reelección un poco de potencia extra en las guerras de percepción domésticas. Cruzando despreocupadamente una clásica línea prohibida para el Ejército, escribió una página de opinión bien situada en el *Washington Post* como general “en el lugar y momento apropiados”, anunciando un “progreso real” en Irak y esgrimiendo “razones para ser optimistas”.

Dada la crecientemente funesta e impopular guerra y ocupación con su misión no cumplida de George W. Bush, era como si la caballería acudiera al rescate. No debería haber sorprendido, entonces, que el general, respaldado y promocionado en los años venideros por varios guerreros neoconservadores, fuera el militar elegido por el presidente. Durante la primera mitad de 2007, año del “surge” [aumento repentino de tropas americanas en Irak], Bush citó al general en público más de 150 veces, 53 sólo en mayo. Y Petraeus, un hombre particularmente bien dispuesto hacia aquellos que lo idolatraban -véase: Broadwell, Paula-, devolvía el favor.

Pero había otro escalón superior en la escalera de la percepción que hacía de él un perfecto guerrero neoconservador. Mientras fue general al mando en Fort Leavenworth (Kansas), en 2005-2006, también se con-

virtió en la “cara” de una nueva doctrina. Bueno, en realidad, una doctrina muy vieja y especialmente en desuso, que era conocida como contrainsurgencia o, por su acrónimo, COIN. Había sido parte integrante del mundo de guerras coloniales y neocoloniales y, en los años sesenta, llegó a constituir la base para la guerra terrestre y el programa de “pacificación” en Vietnam del Sur -y todos sabemos cómo terminó aquello-.

En medio de la mayor derrota que había sufrido Estados Unidos desde el incendio de Washington en 1814, la contrainsurgencia se dio por muerta como doctrina entre los escombros de Vietnam. Con un suspiro de alivio, el alto mando militar volvió a la tarea de frenar al imparable ejército soviético que atravesaba en masa la región de Fulda Gap, en Alemania. Incluso en las academias militares dejaron de explicar la contrainsurgencia -hasta que Petraeus y su equipo la desenterró, le quitó el polvo, le sacó brillo y la convirtió en la última biblia militar para el combate-. Por medio de un nuevo manual de campo para el Ejército y la Marina que Petraeus ayudó a supervisar, fue presentada como la fórmula que faltaba para el éxito de las dos azotadas y fallidas invasiones-ocupaciones de la Administración Bush en el continente euroasiático.

De hecho, fue tan aclamada que fue publicada como edición de bolsillo por la University of Chicago Press el 4 de julio de 2007. Ya de vuelta en Bagdad desempeñando el papel de salvador de Washington, el general, que ya había escrito un prólogo para ese manual “destructor de paradigmas”, lo publicitó con este clásico texto: “Sin duda, un manual que está en la mesilla de noche del presidente, del vicepresidente, del secretario de Defensa, de 21 de los 25 miembros del Comité de Fuerzas Armadas del Senado y de muchos otros merece un sitio en su mesilla también”.

Y, de verdad, el resto de la historia es de sobra conocido. Fue vendido (y desde Bagdad, se vendió a sí mismo) al público de la misma manera que lo habían sido los vínculos de la Al Qaeda de Sadam y las armas de destrucción masiva. Él también fue lanzado como un producto -nuestro “comandante del *surge*”- y pronto se convirtió en el general del momento, e Irak, en una historia de éxito para no olvidar nunca. Después, nombrado por Bush comandante del CENTCOM, el militar a cargo de las dos guerras de Washington se fue de la ciudad antes de que fuera totalmente evidente que sus éxitos en Irak dejarían a Estados Unidos fuera de la circulación al cabo de pocos años.

## LA CAÍDA DEL IMPERIO AMERICANO (A PEQUEÑA ESCALA)

A continuación vino Afganistán, mientras él maniobraba para convencer a un nuevo presidente, Barack Obama, de un nuevo *surge* en otro país. Poco después, el comandante de guerra general Stanley McChrysta, elegido personalmente por él, recién formado creyente en la COIN, “asceta” y “superestrella al alza” (que experimentaría su propia presión por parte de los medios de comunicación al estilo Petraeus), fue amonestado a causa de los molestos comentarios realizados por socios suyos sobre la Casa Blanca de Obama. A mitad de 2010, Petraeus sustituyó a McChrystal para salvar a otro presidente dándole a la COIN un uso adecuado. Después vendría el habitual conjunto de hosannas –e incluso menos éxito que en Irak.

Pero, como con las míticas armas de destrucción masiva de Sadam Husein, parecía que apenas importaba que no hubiera nada. A pesar de que los dos comandantes de la COIN en Afganistán habían fracasado visiblemente en una guerra contra una insurgencia minoritaria sin armas ni hombres suficientes ni demasiado popular, y aunque la doctrina de la contrainsurgencia sería desechada pronto a favor de los drones móviles y se la dejó morir entre los escombros afganos, de nuevo Petraeus consiguió salir bien parado. En Washington todavía se le recibía como al soldado de su generación, y el presidente Obama, temiéndole indudablemente en 2012, o bien como candidato o bien como partidario de otro candidato republicano, lo escondió rápidamente en la CIA, mandándolo de manera segura a la sombra política.

Con ello, Petraeus dejó atrás sus cuatro estrellas, abandonó el modelo de la COIN conforme su doctrina se derrumbaba por completo, y se escabulló en la dirección de una militarizada CIA y sus guerras de drones. Siguió siendo ampliamente conocido, en palabras de Michael O’Hanlon del Brookings Institution (al elogiar la biografía de Broadwell), como “el mejor general de esta era y uno de los más grandes de la historia moderna de Estados Unidos”. A diferencia de George W. Bush y su equipo, quienes, a pesar de obtener asombrosos honorarios como conferenciantes y escribir memorias a cambio de millones, se encontraban en ese momento en un juego completamente diferente de sombras, él parecía el último superviviente –hasta que, por supuesto, los libros y los “lados de la cama” reaparecieron de formas inesperadas.

En el momento del *surge* de Irak, el grupo liberal de defensa MoveOn.org trató en vano de calificarlo de “general que nos traiciona” [“General Betray Us”, que rima con Petraeus, juego de palabras en el inglés original]. Ahora, mientras su aventura con Broadwell se resolvía en el reality show televisivo del momento, se ha convertido en el “general que se traiciona a sí mismo”, un personaje de escarnio, un viejo con una joven, el tipo que “la esconde y le echa un polvo” [“cloak-and-shag-her”, otro juego de palabras en inglés] (como decía un llamativo titular del *New York Post*).

Así que ahí están, las dos figuras paradigmáticas del cierre del “Siglo Americano”: el hijo del presidente cuyas ambiciones fueron avivadas por políticos de Texas después de años en el desierto personal, y el hombre que se casó con la hija del superintendente y ascendió como un meteorito en un Ejército que nunca pudo ganar una guerra. Al final, como las caras de un desastre-americano-disfrazado de éxito, ninguno pudo salir huyendo antes de que la vergüenza les alcanzara. Es una medida de su importancia, sin embargo, el hecho de que Bush se pusiera finalmente en fuga debido a un colapso económico mundial, y Petraeus a causa de una versión sexual a nivel local del mismo. De nuevo, es la historia contra la farsa.

O pensemos en la versión del colapso de Petraeus como una prueba de la caída del imperio americano, a escala muy pequeña, con Jill Kelley y Paula Broadwell como nuestro Gibbon particular, y la cantidad de correos electrónicos, incluidos mensajes de texto militares de contenido sexual, en el lugar de los seis volúmenes del autor. Un general de póster para el declive americano, David Petraeus será una nota a pie de página en la historia, un hombre excluido por sí mismo que simplemente fue un puente o un libro demasiado lejos. George W. y su equipo eran lo auténtico: genuinos visionarios locos que únicamente confundieron sus sueños y fantasías con la realidad.

Pero ¿no fue divertido mientras duró? ¿No fue la bomba ocupar Washington, ser tratado como un semidiós, acudir a fiestas temáticas de piratas en Tampa con una escolta de 28 policías en moto y dirigir tu propia biografía... aunque efectivamente acabara como las *Cincuenta sombras de Caqui*? ■

# JULIO ARÓSTEGUI: LA HISTORIA VIVIDA

*Gutmaro Gómez Bravo*

Universidad Complutense de Madrid

La desaparición, el pasado 28 de enero, de Julio Aróstegui deja una profunda huella en la historiografía contemporánea española y en el hispanismo internacional. Unía muchos mundos, pues rebosaba múltiples influencias y magisterios y, sobre todo, una personalidad absolutamente excepcional en el mundo académico. No es extraño, por tanto, que haya dejado un importante legado vivo, fruto de su trabajo continuo y de su excepcional inquietud intelectual. Pocas figuras han representado tan fielmente el camino recorrido por la investigación, la escritura y la enseñanza de la Historia en nuestro país en los últimos cincuenta años. Preso siempre de una gran motivación pedagógica, participó de la renovación metodológica de las Ciencias Sociales, que sirvió a la generación que alcanzaba la madurez en plena Transición para formular nuevas preguntas y ensayar distintos enfoques sobre las cuestiones centrales del “problema español”, como ya lo habían definido Prieto o el propio Largo Caballero. En una de sus últimas conferencias, precisamente en una mesa redonda sobre el cincuentenario de la muerte de Indalecio Prieto, desgranó los diferentes planos que creía necesarios para comprender la particularidad del movimiento obrero español, huyendo de una vez por todas de la superposición de intereses personales, estratégicos y orgánicos con los que frecuentemente se habían cerrado la mayor parte de los debates centrales sobre la historia del asociacionismo español.

Lejos de ahondar en los condicionamientos económicos, en las genealogías de cuadros y ejecutivas o en los distintos órganos de expresión de las organizaciones obreras, Aróstegui venía explorando desde los años 80 nuevos caminos y formas de acercamiento a las dinámicas profesionales y al tejido asociativo. Buscaba poner cara a la base, a la palanca de transformación del movimiento obrero desde abajo. Los resultados fructificaron en uno de los diálogos más enriquecedores de las últimas décadas, marcados por la tensión entre la investigación y la erudición, un debate abierto y sostenido por la exigencia personal y profesional de un historiador que no tuvo nunca miedo de revisar públicamente sus posiciones. Ése es su mejor legado, el del científico social que sometía a prueba todas sus hipótesis y que era capaz de corregir y complementar sus ideas centrales, porque se nutría de la investigación, la lectura y el debate constantes. Tal vez por eso, nunca terminaría de entrar en los cánones de la llamada "historia cultural" tan de moda en las últimas décadas.

Nacido en Granada en 1939, Julio Aróstegui Sánchez ha sido mucho más que un simple experto en la historia contemporánea española. Si llegó a transformar la historiografía española del siglo XX fue por sus trabajos científicos sobre la violencia política, la memoria, la guerra civil o el franquismo, pero, también, por la forma de entender la enseñanza y las relaciones académicas. Desde sus comienzos en la educación secundaria, mostró un interés por formar grupos y seminarios que rompieran la estricta jerarquía profesor-alumno. La influencia de los Coloquios de Pau y del propio Tuñón de Lara en esta etapa formativa fue decisiva, pero como ocurrió con el propio Largo Caballero en su oficio manual, fue sobre todo su propia experiencia docente la que marcaría su trayectoria posterior. Catedrático de instituto en Salamanca, en tiempos de debate sobre reforma o ruptura democráticas, y posteriormente profesor numerario y catedrático de una universidad que crecía al hilo del impulso autonómico, Aróstegui rompería con el modelo de profesor y de universidad franquista; nunca fue una pose, como lo demuestran dos hechos: su trabajo en solitario, que creció exponencialmente después de ser ya catedrático, y las empresas colectivas: congresos (dirigió el primero sobre el cincuentenario de la Guerra Civil en Salamanca, cuyas actas siguen siendo un referente sobre la investigación y las fuentes documentales de los archivos) y el impulso a grupos y proyectos de investigación (desde *Clío*, *Hispania Nova*, hasta la Cátedra de Memoria Histórica del Siglo XX).

Su concepción de la Historia como ciencia social procedía fundamentalmente de la Academia francesa, que llevaba desde el fin de la Segunda Guerra Mundial reflexionando sobre el oficio de historiador, vinculándolo cada vez más con el papel de los intelectuales en la esfera pública y avanzando su tarea hacia la historia del presente. Siempre presente en sus clases estaba la obra de Marc Bloch, *Apologie pour l'Histoire ou Métier d'historien*, traducida al español por Max Aub en FCE, bajo el seco título de *Introducción a la Historia*. Los historiadores españoles debemos mucho a sus aportaciones teóricas y metodológicas, pero también los latinoamericanos, donde *La investigación histórica: teoría y método* (1995) llegó a ser prácticamente un *best seller*, si hubiera esa etiqueta para los libros de ensayo e historia. Fue su mejor tratado sobre la necesidad de evitar que el esfuerzo teórico se limitara a ningún campo específico de las Ciencias Sociales, favoreciendo la introducción de la temporalidad como categoría de lo histórico. Como repetía insistentemente, tenían que ser los propios historiadores los que combinaran el esfuerzo teórico con la investigación en nuevas fuentes primarias. La observación, los conceptos, las proposiciones, las explicaciones y las teorías también debían aparecer entre las herramientas del pasado como fuente de conocimiento.

Aróstegui sirvió de puente entre las principales corrientes europeas de renovación historiográfica y el mundo en lengua española (y portuguesa), buena parte del cual salía de dictaduras y de anquilosados planes de estudios memorísticos y profundamente conservadores. Además de conocer la sociología histórica y los avances de las Ciencias Sociales y aplicarlos a los estudios de caso españoles, introduciendo la dimensión de proceso y, sobre todo, la visión sistémica en la historia reciente, poseía una curiosidad intelectual que le hacía conectar con muchos mundos y legados de conocimiento, como ya se ha dicho, saltando barreras académicas, profesionales e ideológicas que en España parecían insalvables. En los agradecimientos de *Por qué el 18 de julio*, puede verse un ejemplo de esta versatilidad, cuando reconocía a sus maestros en el estudio de la guerra civil, a Pierre Broué, Tuñón de Lara, Southworth y Salas Larrazábal “Contradictorios a veces, amigos siempre”.

Su análisis sobre la transmisión del recuerdo de la guerra y de la represión franquista en tres generaciones sigue estando en la base de la mayor parte de estudios que abordan esta temática dentro y fuera de nuestras fronteras (*España en la memoria de tres generaciones*, 2007). Su capacidad para anali-

zar la represión como sistema y la violencia política como una herramienta para acabar con un siglo de conflictos sociales ha sido reconocida por todos aquellos que realmente han profundizado en el tema. Apenas tuvo tiempo de poner por escrito lo que pensaba acerca de la reinterpretación torticera que desde distintos sectores académicos se venía haciendo de la historia reciente de nuestro país. Sí manifestó en cursos de verano y en varias charlas a los estudiantes de la facultad su indignación por la publicación de los primeros volúmenes del *Diccionario biográfico español*, criticando la nostálgica y poco científica visión de la Historia que dominaba en una institución tan importante como la Real Academia de la Historia.

Alertó también de la influencia que en el mundo universitario estaba alcanzando el discurso político conservador, que situaba el origen de la experiencia democrática española en la Transición, negando la validez de la etapa republicana como sistema representativo y democrático. Para ello, era preciso recrear un clima de enfrentamiento insostenible y de violencia constante capaz de anular todo mecanismo de normalidad y de consenso social en torno a la legalidad republicana. Un clima de enfrentamiento prebélico que ya no sólo presentaba el golpe militar del 18 de julio de 1936 como una “reacción lógica”, sino que además pretendía demostrar que el importante grado de organización de la violencia republicana posterior a éste nacía de su propio aparato de orden público. El terror, a pesar de ciertas diferencias, sería equiparable en ambas zonas, según esta interpretación niveladora que calificaba de “claro caso paranoide”. Puso punto final a la interpretación canónica de la primavera de 1936, originada por los propios actores del golpe para legitimar el Alzamiento Nacional, extendida sobre todo a través de los libros de Ricardo de la Cierva. Ni “primavera trágica” ni violencia ejercida desde las instituciones republicanas, Aróstegui consiguió establecer una nueva interpretación de los momentos anteriores al golpe. Con un pulso que sólo puede ser obtenido por un amplísimo conocimiento bibliográfico de varias décadas, dejó claro que la Guerra Civil no había sido inevitable.

Siguiendo la estela de ese giro hacia la equidistancia entre la violencia de unos y otros señalado hace tiempo por hispanistas como Stanley Payne o Gabriele Ranzato, han brotado numerosos trabajos que vinculan un período republicano violento y excluyente con el terror propagado por la izquierda en los primeros meses de la guerra. Y lo han hecho, en su mayoría, usando el lenguaje revolucionario de los años treinta, el mismo que

Aróstegui ha demostrado que se usaba con normalidad en el discurso político del momento sin que ello implicara apelación a violencia alguna. Su insistencia en que el socialismo hacía una notable diferencia entre movimiento insurreccional y revolucionario, como el propio Largo Caballero sostenía, fue una de sus matizaciones más importantes, sobre todo a la hora de recordar que el programa socialista tras la derrota de 1933 había sido redactado por Prieto y no por el propio Largo Caballero, al que siempre se le había acusado de organizar la revolución de Asturias del año siguiente y de la elevación del nivel de organización y de radicalización de la izquierda que culminaría en 1936, como veremos a continuación.

Su conocimiento de la naturaleza de la violencia política en las sociedades contemporáneas, sobre todo desde el ángulo de la captación y movilización de masas, le llevó siempre a negar toda equiparación de planos en la Guerra Civil. La violencia republicana no sólo era asimétrica, sino que carecía de un plan previo como el de los sublevados, desarrollado sobre el modelo del pronunciamiento y la justicia militar. “La reacción originó la revolución”, fruto de un golpe de Estado fallido pero no neutralizado como explicó pormenorizadamente en numerosos artículos. Mientras el Estado se hunde y desaparece en las zonas leales a la República, dando lugar a una implosión de violencia local que se extiende por múltiples focos, en el territorio conquistado por las tropas sublevadas la dirección de la violencia es totalmente dictada por el alto mando militar con una clara función de unificación del poder político, ligando para siempre represión y dictadura militar (*Franco: la represión como sistema*, 2011).

En el plano ideológico, Aróstegui destacaba además dos aspectos del franquismo que siguen siendo obviados en gran medida por los historiadores: el carácter integrista, autoritario y antidemocrático que procedía no tanto del fascismo europeo como del propio tradicionalismo católico (su tesis doctoral trataba sobre el carlismo en Álava) y su carácter reactivo, de consagración y vuelta al modelo de orden tradicional. El golpe de Estado y toda la violencia desplegada contra la población civil muchos años después de terminada la Guerra Civil respondía a una verdadera voluntad de imponer un sistema de control social que terminara de una vez por todas con todo aquello que amenazaba el modo de vida y la mentalidad tradicionales. El principio de *democracia orgánica* sería su expresión más depurada. Nunca vio el conflicto como una simple dinámica de clases en términos marxistas, porque como buen historiador primaba el factor

tiempo. Por eso criticaba tanto la traslación del modelo de brutalización política de la Europa de entreguerras a la España de los años treinta, como el papel de los actores incontrolados en la violencia posterior al 18 de julio. Sus direcciones fueron plenamente contrarias desde su origen, repetía, desde la planificación y control de la violencia por parte del Ejército rebelde, hasta convertirse en un mecanismo fundamental para la institucionalización de la dictadura (*Por qué el 18 de julio... y después*, 2006).

Por último, nunca se resignó a la definición del discurso histórico como un relato más, porque se trataba de manejar las claves de legitimación del presente, y eso entrañaba un gran riesgo y una gran responsabilidad. Una reflexión a la que dedicó gran parte de su erudición (*La historia vivida. Sobre la historia del presente*, 2004), aportando materiales y argumentos que siguen siendo una excelente guía para moverse por este mundo globalmente desordenado (*El tiempo presente. Un mundo globalmente desordenado*, 2005) que marca la historia de nuestro tiempo. Esta preocupación por la comprensión de la historia experimentada, en contraposición con la preocupación por el estudio de la historia recibida, fue la esencia y el objeto fundamental de la Cátedra de Memoria Histórica del siglo XX, que dirigió desde su fundación en 2005 hasta su muerte. Su papel fue totalmente relevante a la hora de fijar la línea de actuación de una cátedra que reaccionó siempre frente al riesgo de politización, viniese de quien viniese, y de intrusión en el campo de la Historia con fines partidistas. Ése era el problema más grave de la historiografía, que se rindiera a las necesidades del presente (*La historia vivida*, 2004). Pero eso no le hizo nunca eludir el compromiso con su tiempo. Ni mito, ni moda, ni dogma... la memoria era rigor, investigación y trabajo en sus manos. La Cátedra de Memoria Histórica que él puso en marcha y dirigió hasta hace unos meses ha sido el mejor ejemplo de la defensa del papel fundamental de la Universidad en el mapa memorialístico español, tan plagado de oportunismos. La memoria, y en ese sentido el magisterio del profesor Aróstegui ha sido muy claro, no puede ser patrimonio de unos pocos, ni utilizarse como arma arrojada contra nadie; debe servir, nada más y nada menos, para entablar un debate abierto que este país lleva décadas eludiendo, capaz de englobar todas las posturas y reivindicaciones, vengan de donde vengan, con las únicas reglas que marcan las Ciencias Sociales.

Para concluir este repaso breve a su trayectoria, seleccionamos un fragmento de uno de sus últimos textos, escritos con motivo de la aparición

de las actas del Primer Congreso de Víctimas del Franquismo, celebrado en abril de 2012, en el que cuestionó la validez del concepto de holocausto o de genocidio para comprender la represión franquista porque obviaba su carácter sistémico al servicio de la dictadura y su propia perpetuación.

*El panorama de la represión franquista fue, por tanto, polivalente y se extendió desde la sublevación misma en julio de 1936 hasta la desaparición fáctica del régimen en noviembre de 1975. Aquella retórica del literato Gironella que hablaba de “Un millón de muertos” resultó no serlo tanto, a luz de lo que hoy sabemos. Aunque una parte de ellos fueran muertos en vida. Las formas, los sujetos, los procedimientos, la intensidad misma, cambiaron a lo largo del tiempo. Los objetivos no cambiaron nunca. La Dictadura de Franco operó sobre la represión de las libertades de la población, eliminando de una forma u otra a los oponentes, desde sus orígenes, de una manera sistemática, o, mejor, “sistémica”, con un perfecto engranaje entre todas las instancias del Poder represivo, que, por lo demás, se pretendió perpetuar después de la muerte del dictador.*

Su próximo proyecto era realizar una historia de la violencia en España de los siglos XIX y XX, aunque también valoraba la posibilidad de embarcarse en un estudio sobre la naturaleza ideológica de ETA ■

# LINCOLN Y MARX: UN DEBATE PARALELO

*Toni Montesinos*

Escritor y crítico literario

*Guerra y emancipación*

Abraham Lincoln y Karl Marx

Traducción de Antonio Lastra, Andrés de Francisco y Javier Alcoriza

Madrid, Capitán Swing, 2013

“Años inestables que me arrojáis no sé a dónde”, comienza diciendo Walt Whitman en un poema de *Redobles de tambor*, que publicó en 1865, tres años después de trabajar como enfermero en los hospitales a donde eran trasladados los heridos de la guerra civil norteamericana. Un poema que poco antes de acabar dice: “De la política, triunfos, batallas, vida, ¿qué queda al fin?”. La palabra, el papel manuscrito, se podría contestar. De hecho, el autor de *Hojas de hierba* aseguró que “la guerra y mi libro son una misma cosa”. Por algo integró en su obra la sección “Conmemoraciones del presidente Lincoln”, donde se encuentra su famoso poema “¡Oh, capitán! ¡Mi capitán!”. En él, Whitman canta, trágicamente: “Terminó nuestro espantoso viaje”, cuando la batalla ha acabado y el presidente ha sido asesinado; y casi ciento cincuenta años después, Obama afirmó en enero del 2013: “Nuestro viaje no ha terminado hasta que nuestros hermanos y hermanas homosexuales sean tratados como cualquier otro ciudadano bajo la ley, nuestro viaje no habrá terminado hasta que todos podamos ejercer el derecho al voto, nuestro viaje no habrá terminado hasta que nuestros hijos sepan que cuidaremos de ellos”.

Estos de ahora son también años inestables, amenazados por los vaivenes de la economía y el terrorismo internacional, como aquellos lo fue-

ron, en la Unión de Estados, por la contienda entre el norte y el sur y la polémica sobre mantener o abolir la esclavitud. El propio Whitman y otros escritores del área de Boston y Nueva York, como Emerson y Thoreau, escribieron sobre el sometimiento a los negros, en el tiempo en que Elizabeth Beecher Stowe proponía, mediante *La cabaña del tío Tom*, un cambio en la mentalidad sureña esclavista. La escritora, en 1851, había comunicado a un director de una revista de Washington que acababa de empezar una narración sobre la esclavitud ya que el hecho de callarse ante semejante infamia resultaba una vergüenza para ella. Cualquiera que tuviera voz tenía que pronunciarse, especialmente las mujeres, amas de hogar y por lo tanto educadoras en valores cristianos ante la nueva y la anterior generación, formada tanto por sus hijos como por sus maridos, por sus dirigentes y jueces. Su libro, un auténtico *bestseller* tanto en Norteamérica como en Europa que gozó de grandes reseñas por parte de distinguidos literatos de ambos lados del océano, fue fundamental para concienciar al pueblo de la injusticia que representaba tener esclavos. Por su parte, Whitman, en 1849, había sido miembro del partido de Free-Soilers, opuesto a la propagación de la esclavitud en nuevos territorios, poco después de haber sido despedido del periódico *Brooklyn Daily Eagle* por manifestar con fervor sus opiniones antiesclavistas. Pues bien, la editorial Capitán Swing, tendente a ofrecer testimonios políticos de carácter internacional junto a diversa narrativa y ensayística, ahondó en tal debate lanzando *Guerra y emancipación*, con textos de Abraham Lincoln y Karl Marx, más un pequeño intercambio epistolar entre ellos. El volumen, por supuesto, resultó muy oportuno a efectos publicitarios al coincidir con el estreno de la película de Steven Spielberg protagonizada por Daniel Day-Lewis, y dio continuidad al interés editorial por el personaje, recuperado asimismo por la editorial Edhasa, que relanzaba la magna novela histórica de un escritor americano con mucha presencia política, Gore Vidal, titulada simplemente *Lincoln*, en la que el narrador no sólo recreaba la vida del presidente desde su llegada a Washington en 1861, sino que ponía en solfa el sistema democrático estadounidense.

“De la política...”, siguiendo con Whitman, quedan pues unas intervenciones relevantes que se pueden leer en *Guerra y emancipación*, como un curioso bosquejo autobiográfico en el que Lincoln dice no ser como persona “gran cosa” —además, da cuenta de sus orígenes humildes, de sus estudios y hasta proporciona sus datos físicos (1,84 m de altura y 81,5 kg de peso)—, el “Primer discurso inaugural”, la “Proclama de Emancipación definitiva”,

el “Discurso de Gettysburg” y el “Segundo discurso inaugural”, que tanto se citó el día de la investidura de Obama y que se cerraba con un canto de esperanza que no está de más transcribir: “Sin malicia para nadie, con caridad para todos, con firmeza en lo justo, según Dios nos deja ver lo justo, esforcémonos para terminar la obra en la que estamos empeñados, para vendar las heridas de la nación, para cuidar de quien ha sufrido en la batalla y a su viuda y a su huérfano, para hacer todo cuanto pueda depararnos y abrigar una paz justa y duradera entre nosotros mismos y con todas las naciones”. De este modo, el profesor universitario y politólogo Andrés de Francisco seleccionó y prologó estos y otros textos (diez de Lincoln, diez de Marx) que nos sumergen en plena guerra americana, en los problemas del Gobierno estadounidense de carácter bélico, financiero y moral, mientras que el historiador británico Robin Blackburn ofrece una extensa introducción donde estudia las diferencias entre ambos pensadores. Con todo, Lincoln y Marx, según De Francisco, partieron de una misma idea: “La libertad de la opresión hace humano al ser humano. Por lo tanto, la condición de esclavo es contradictoria con la de humanidad; la esclavitud –dicho de otra forma– ‘animaliza’ al hombre”; al tiempo que el alemán “va más lejos en esa dirección cosmopolita, pues considera que la abolición de la esclavitud es la antesala de la abolición del trabajo asalariado”.

En cuanto a las diferencias, la más evidente, como indica Blackburn, es que “Lincoln representó felizmente a las corporaciones ferroviarias en calidad de abogado. Como político, era un paladín del trabajo asalariado libre y de la revolución mercantil”, mientras que Marx “era un enemigo declarado del capitalismo”. Lo cual no mermó la admiración de éste por Lincoln y su, decía, “espíritu mediador y constitucionalista”, subrayando que se trató de un “plebeyo” que, “sin brillo intelectual, sin particular grandeza de carácter y sin valor excepcional alguno”, se labró un gran futuro “ya que es un hombre medio de buena voluntad”. Palabras de un Marx siempre de actualidad, como se aprecia si se le sigue también a él el rastro editorial: pongo como ejemplo el libro que se publicó en el 2011 de Ronan de Calan y Donatien Mary, *El fantasma de Karl Marx* (Errata Naturae), el cual, con un tono didáctico dirigido a los jóvenes, aborda el período de la Revolución Industrial, explicando la teoría marxista sobre “el valor de la mercancía, la fuerza de trabajo y la alienación del trabajador”.

El estupendo volumen de Capitán Swing, en su segunda parte, cuenta con extensos artículos periodísticos de Marx (de 1861 y 1862), siempre al-

rededor de las mismas ideas, como rezan sus títulos: “La Guerra Civil norteamericana”, “Crisis en la cuestión esclavista”, “Asuntos americanos”, “El humanitarismo inglés y América” o “Manifestaciones abolicionistas en América”. Y se completaba todo con una carta de Marx (enero de 1865) en nombre de la Asociación Internacional de Trabajadores en la que, tras felicitar a Lincoln por su segunda etapa como presidente, proclama: “Si la resistencia al poder esclavista ha sido la reservada consigna de vuestra primera elección, el grito de guerra triunfal de vuestra reelección es: ¡Muerte a la esclavitud!” (la respuesta de Lincoln llegará a Marx mediante su embajador en Londres, Charles Francis Adams). El hombre que tres meses después de aquella carta sería asesinado y al que tanto admiraba el pensador socialista habría alcanzado su clímax político en discursos como el pronunciado en 1856, en un banquete republicano en Chicago. En él, Lincoln puso el acento en una “idea central”, de la cual irradian todas las demás ideas secundarias. Esa ‘idea central’ de la opinión política de nuestro pueblo fue al principio, y hasta hace poco, ‘la igualdad de los hombres’. Una idea que aún se persigue, como dejó claro el día 21 de enero pasado, el actual presidente de los Estados Unidos ■

# ¿MERECE LA FILOSOFÍA UN LUGAR EN LA EDUCACIÓN?

*Juan Carlos Paniagua Montero*

Profesor de Filosofía y Ética

*“Dios ha muerto, Nietzsche ha muerto  
y yo no me encuentro nada bien.”*

Woody Allen

Como siempre, corren malos tiempos para la filosofía. Stephen Hawking se ha apresurado a certificar su muerte<sup>1</sup> y aunque esta noticia, como dijo Mark Twain sobre su necrológica, pueda parecernos una exageración, tal vez no lo sea tanto viendo las ideas que tiene nuestro Ministerio de Educación sobre la presencia de la Historia de la filosofía en bachillerato. De hecho, parece que la siempre frágil salud de la filosofía corre el riesgo de sufrir un rápido empeoramiento en nuestro sistema educativo.

## HIC SUNT DRACONES

El mapa del sistema educativo español tiene un territorio desconocido, una *terra incognita* que inquieta incluso al viajero más experimentado: el fu-

1. “Cómo podemos comprender el mundo en que nos hallamos? ¿Cómo se comporta el universo? ¿Cuál es la naturaleza de la realidad? ¿De dónde viene todo lo que nos rodea? ¿Necesitó el universo un Creador? La mayoría de nosotros no pasa la mayor parte de su tiempo preocupándose por esas cuestiones, pero casi todos nos preocupamos por ellas en algún instante. Tradicionalmente, éstas son cuestiones para la filosofía, pero la filosofía ha muerto”. Hawking, S. *El gran diseño*.

turo. Los continuos cambios legislativos en educación, dependiendo del partido que esté en el gobierno, se han convertido ya en una costumbre en nuestra joven tradición democrática. A pesar de las críticas que recibe desde diferentes ámbitos la afición de estar cambiando o retocando el sistema continuamente, el hecho es que no sólo los partidos políticos que vienen turnándose en el gobierno desde hace décadas parecen ser incapaces de encontrar puntos de acuerdo para consensuar un sistema educativo estable, sino que un mismo partido político acaba teniendo criterios diferentes sobre la educación de una legislatura a otra.

Es conocido que el primer intento serio en la historia reciente de dotar al Estado de un sistema educativo fue la conocida ley Moyano, un conjunto de normas impulsadas por Claudio Moyano a partir de 1857, cuyo objetivo fue tratar de paliar la vergonzosa situación de analfabetismo<sup>2</sup> en la que se encontraba España en aquella época. Éste ha sido el conjunto de normas educativas más duradero de la historia de España, ya que estuvo vigente algo más de cien años, hasta 1970, fecha en la que se promulgó la Ley 14/1970, de 4 de agosto, General de Educación y Financiamiento de la Reforma Educativa, más conocida por el nombre del ministro que la impulsó: Villar Palasí. Ésta fue la ley del conocido sistema de la EGB (una etapa obligatoria y gratuita de ocho cursos que se concibió como una educación primaria hasta los catorce años de edad, normalmente), la FP (de los 14 a los 19 años), el BUP y el COU (tres cursos de BUP y uno COU, que en realidad formaban una unidad). Con todas las deficiencias que se le quieran achacar, particularmente el escaso prestigio de la Formación Profesional, a la ley Villar Palasí hay que reconocerle que tuvo la virtud de brindar una educación de calidad a un porcentaje muy amplio de la población, el mayor de la historia de España hasta entonces.

Desde esta ley, la historia de la educación española ha sido la de continuos cambios normativos, con diferentes cambios de perspectiva, innovaciones, modificaciones y derogaciones. Ninguna de esas grandes leyes educativas, que, según nuestra constitución<sup>3</sup>, deben ser orgánicas, se ha aprobado con consenso, sino en medio de fuertes discusiones, en las que fre-

---

2. Un 66,3 % de la población española era analfabeta en 1877. Espigado Tocino, G., "El analfabetismo en España. Un estudio a través del censo de población de 1877", en *Trocadero: Revista de historia moderna y contemporánea*, nº 2, 1990, pág. 181.

3. Art. 81 de la Constitución española.

cuentemente ha habido bastante ruido y cuyas polémicas más conocidas, sorprendentemente para muchos, han estado centradas en las conocidas cuestiones religiosas, competenciales o lingüísticas. En 1985 se aprobó la Ley Orgánica 8/1985 reguladora del Derecho a la Educación (LODE) que sentaría las bases para que veinte años después de aprobarse la ley de 1970, ésta se viese sustituida por la LOGSE (Ley Orgánica General del Sistema Educativo, de 3 de octubre de 1990) la cual modificó sustancialmente el sistema anterior, apareciendo el sistema de Primaria, Educación Secundaria Obligatoria (cuatro cursos, hasta los dieciséis años) y Bachillerato (dos cursos). Finalmente, en 2006 se aprobó la Ley Orgánica 2/2006, de Educación, de 3 de mayo (LOE) que introduce diferentes cambios, aunque no modificó sustancialmente la estructura. Antes de la LOE había sido aprobada la LOCE, la cual apenas tuvo efectos, pues fue paralizada por un real decreto en 2004 y posteriormente derogada por la LOE sin haberse implantado.

En estas leyes, la presencia de la Filosofía ha fluctuado, sometida a una fragilidad que parece acompañarla desde su nacimiento. En la ley Villar Palasí, la filosofía estaba presente en 3º de BUP y COU, existiendo una materia optativa de Ética en los cursos de BUP (a partir de 1979<sup>4</sup>). En este sistema estuvo presente como Filosofía y como Historia de la Filosofía en 3º y COU respectivamente. En Filosofía de 3º de BUP se trataban las ideas fundamentales de la reflexión filosófica (ser humano, conocimiento, moral, política...) y en COU como Historia de la filosofía, profundizando más en la explicación en aquellos autores que, según la época, eran objeto de examen en las pruebas de la conocida Selectividad. En la LOGSE, la Historia de la Filosofía dejó de ser una asignatura obligatoria (en el nuevo 2º de bachillerato, correspondiente al antiguo COU) y pasó a ser una materia “de modalidad” para el Bachillerato de Humanidades y Ciencias Sociales. De este modo, la Historia de la Filosofía pasó a ser cursada solamente por un pequeño porcentaje de los alumnos de 2º de bachillerato<sup>5</sup>. De esta presencia minoritaria, la Historia de la Filosofía fue reconvertida en materia común

---

4. Orden de 28 de julio de 1979 sobre Formación Religiosa en Bachillerato y Formación Profesional en el año académico 1979-1980 (BOE 2 de agosto).

5. Real Decreto 3474/2000, de 29 de diciembre, por el que se modifican el Real Decreto 1700/1991, de 29 de noviembre, por el que se establece la estructura del bachillerato, y el Real Decreto 1178/1992, de 2 de octubre, por el que se establecen las enseñanzas mínimas del bachillerato. (BOE del 16 de enero de 2001).

para 2º de bachillerato por el Partido Popular, concibiendo la Historia de la Filosofía “como una materia común a todas las modalidades del bachillerato, tanto más necesaria en las de carácter científico y tecnológico, cuyos alumnos, si no es por interés personal, no volverán a tener contacto con la filosofía; se hace precisa, por tanto, una sistematización adecuada que ponga de manifiesto la relación que existe entre la ciencia y la filosofía, así como una atención especial a aquellos científicos que hayan tenido relevancia en la historia de las ideas”<sup>6</sup>.

Paradójicamente, el mismo grupo político, con un criterio distinto ahora, volverá a poner la Historia de la Filosofía donde la sacó en el 2003-04<sup>7</sup>, en el grupo de las optativas. Actualmente, con la LOE aún en vigor, en 4º de ESO la materia de Ética es obligatoria y sirve de introducción a los problemas filosóficos desde un campo bastante cercano a los alumnos. En 1º de bachillerato la asignatura de Filosofía también es obligatoria, así como Historia de la Filosofía en 2º, aunque la carga horaria de estas asignaturas depende de las comunidades autónomas y no en todas corre la misma suerte (entre dos y tres horas).

Sin embargo, parece que la presencia de la filosofía resulta excesiva para el ministerio, de tal modo que en el borrador de la Ley Orgánica de Mejora de la Calidad Educativa (LOMCE) la Filosofía quedará como materia común tan sólo en el primer curso de bachillerato.

En 4º de la ESO, según el borrador de la LOMCE, aparece una optativa llamada Filosofía, que figura en un listado de diez optativas (cuya oferta dependerá de las comunidades autónomas y los centros educativos), de las que el alumnado debe cursar un mínimo de una y un máximo de tres.

En 2º de bachillerato, la LOMCE distingue cuatro tipos de materias: obligatorias o “troncales” para todas las modalidades, obligatorias o “troncales” de cada modalidad, “materias de opción” de cada modalidad y optativas o “específicas” para todas las modalidades; la Historia de la Filosofía figura como optativa o “específica” para todas las modalidades (en un listado de dieciséis materias, entre ellas la Religión, cuya oferta efectiva dependerá de las comunidades y los centros) y como “materia de opción” en las modalidades de Humanidades, por un lado, y Ciencias Sociales, por

---

6. Real Decreto 3474/2000.

7. Disposición transitoria única del RD 3474/2000

otro, dentro de un listado de cinco materias (cuya oferta depende de las comunidades autónomas y de los centros), de las que el alumnado debe cursar “al menos dos”. Parece evidente que la suerte de la Historia de la Filosofía está en el aire. Conocer las ideas de Platón, Aristóteles o Kant no es fundamental para el nuevo bachillerato.

Por otra parte, en todos los cursos de educación primaria y de educación secundaria obligatoria (ESO) aparece una alternativa a la Religión, que en los cursos de primaria se denomina en el borrador Valores Culturales y Sociales, y en los cursos de secundaria, Valores Éticos. Esta posibilidad de una materia de “valores éticos” como alternativa a la de Religión le resulta particularmente intrigante a no pocos filósofos.

El caso es que la filosofía puede verse reducida a una optativa en 4º de secundaria, a la asignatura obligatoria de Filosofía en 1º de bachillerato y a una materia de opción en 2º de bachillerato para quienes cursen las modalidades de Humanidades o Ciencias Sociales o a una materia optativa para quienes cursen cualquiera de los otros bachilleratos. Esto significa que un universitario podría haber cursado tan sólo un curso de filosofía en todo su recorrido educativo. Quienes opten por formación profesional, en sentido amplio, puede que no hayan cursado ni una sola hora de filosofía.

## REACCIONES

El hecho es que la posible desaparición de buena parte de las horas de Filosofía en bachillerato ha provocado la reacción de varios pensadores, que siguiendo la costumbre de quienes confían en la racionalidad, se han limitado a decir civilizadamente lo que piensan. Así, Fernando Savater (15 de enero de 2013, *El País*), Santiago Domínguez (18 de febrero de 2013, *Diario de León*), Manuel Cruz (19 de marzo de 2013, *El País*), Vicente Sanfélix (10 de marzo de 2013, *El País*) y otros filósofos (Rafael Argullol, Manuel Barrios, Victoria Camps, Adela Cortina, Manuel Cruz, Javier Gomá, José Antonio Marina, Jacobo Muñoz y José Sánchez Tortosa) reflexionan sobre el tema en un reportaje titulado “Desolación de la Filosofía” publicado en *El Cultural* el 25 de enero de 2013. El Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias de la Comunidad de Madrid también ha mostrado su perplejidad y rechazo al borrador. Probablemente, las reacciones más organizadas son las que ha realizado un grupo de decanos de

las facultades de Filosofía, junto a miembros del Instituto de Filosofía del CSIC y otros de diversas asociaciones filosóficas españolas, constituidos en la Red Española de Filosofía (REF). La REF envió, por un lado, una carta al presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, mostrándole su inquietud por la situación en que queda esta asignatura en la reforma educativa. En su carta, enviada a principios del mes de enero, los miembros de la Red Española de Filosofía recuerdan a Rajoy que la filosofía es una materia que ha constituido “una de las señas de identidad del sistema educativo”, pero que el borrador de la Ley Orgánica para la Mejora de la Calidad Educativa (LOMCE) parece eliminar buena parte de su presencia en el sistema educativo.

Por otro lado, la Red Española de Filosofía envió una petición al Consejo de Estado abogando por la filosofía con argumentos de instituciones en las que España está presente y nada sospechosos de sectarismo o veleidades, como la UNESCO, en cuya Declaración de París en favor de la Filosofía (1995) afirma: “La enseñanza de la filosofía debe mantenerse o ampliarse donde ya existe, implantarse donde aún no existe y ser nombrada explícitamente con la palabra ‘filosofía’, recordando también que debe ser impartida por profesores cualificados e instruidos específicamente a tal efecto y no estar supeditada a ninguna consideración económica, técnica, religiosa, política o ideológica”. La REF también recuerda que, más recientemente, la UNESCO en su informe “La Filosofía, una escuela de libertad” (2007) atribuye a la filosofía un papel formativo fundamental en las sociedades democráticas, y por ello considera que debe formar parte del currículum básico del alumnado en todos los sistemas educativos del mundo, desde la educación primaria hasta la universitaria.

Esta petición obtuvo una respuesta favorable, dado que el Pleno del Consejo Escolar del Estado, en sesión celebrada el día 24 de enero de 2013, aprobó el Dictamen 1/2013 a la segunda versión del Anteproyecto de Ley Orgánica para la Mejora de la Calidad Educativa (LOMCE) y en el punto 53 del dictamen, página 35, se dice lo siguiente:

53. Al artículo único. Apartado veintitrés del Anteproyecto de Ley Orgánica (Organización del segundo curso de Bachillerato). La materia de Historia de la Filosofía ha sido una asignatura troncal en el Bachillerato hasta ahora. El anteproyecto modifica esta consideración y esta materia ni tan siquiera es troncal en los Bachilleratos de Humanida-

des y Ciencias Sociales, cuando su aportación a la cultura media de un ciudadano es notoria.

El Consejo Escolar del Estado sugiere una reconsideración curricular de la Historia de la Filosofía contemplándola como troncal para todas las modalidades de Bachillerato o, al menos, exigiendo que, del bloque de materias específicas, sea obligatoria en los Bachilleratos de Humanidades y Ciencias Sociales.

Como sabemos, el ministerio no ha considerado este dictamen o si lo ha hecho ha sido tan sólo parcialmente, puesto que Historia de la Filosofía no aparece como troncal en 2º de bachillerato, ni siquiera en Humanidades y Ciencias Sociales, sino únicamente como “materia de opción” en estas dos últimas, dentro de un bloque de cinco asignaturas de las que se deben cursar al menos dos.

En formación profesional no hay ni una hora de filosofía. ¿Consideramos que no merece la pena que estos alumnos tengan una introducción al pensamiento filosófico?

## LA INCOMODIDAD

Antes de pasar a ver las razones que pueden darse para que la filosofía tenga una presencia mayor de la que el ministerio le ha concedido en el borrador, conviene detenerse en una característica de la filosofía que la hace particularmente difícil de tratar: la incomodidad que produce. La filosofía siempre es incómoda, si no lo fuera no sería filosofía. Los temas de los que se trata no son cuentos de hadas y sus textos no suelen acabar con moralejas reconfortantes. A los alumnos muchas veces les desconciertan las nuevas preguntas que se lanzan en clase; desde la visión de Heráclito y Parménides sobre el ser, a las ideas de Platón sobre la armonía de las almas o las ideas kantianas sobre el deber y la inclinación, pasando por la visión aristotélica de la felicidad o la filosofía política de Maquiavelo o Hobbes. Muchos de los temas que allí se tratan nunca se los habían planteado y otros muchos nunca se los llegarían a plantear de no ser por la existencia de la asignatura.

La filosofía es una materia peculiar dentro del sistema. La filosofía se sitúa en un ámbito fronterizo, entre lo que se puede hablar con sentido y lo que no se puede hablar con sentido. Parte de lo primero para intentar aden-

trarse en lo segundo y eso presenta dificultades, pero ahí reside buena parte de su valor. Todas las asignaturas sobre todo ofrecen verdades, datos o información, basados en investigaciones, descubrimientos o los esquemas del paradigma dominante. La filosofía, sin embargo, ofrece fundamentalmente preguntas, dudas y extrañezas, acompañadas por propuestas sorprendentes, razonables pero no comprobables de un modo científico o histórico. Las demás asignaturas buscan asentar las ideas o proporcionar otras nuevas, algunas quieren despertar el interés por la realidad o la belleza, mientras que la filosofía busca sobre todo despertar la duda, hacer tambalearse las creencias cotidianas sobre la realidad, planteando lo que otros, antes que nosotros, han pensado sobre asuntos que a todos nos interesan, con el fin de fundarlas sobre mejores bases que exigirán siempre nuevas reformas.

Sin embargo, es posible que a quienes tienen que decidir sobre la presencia de la filosofía en la enseñanza la filosofía también les desconcierte, aunque seguramente en un sentido diferente a como se ven sorprendidos los alumnos. Intentemos filosofar un poco sobre la presencia de la filosofía en el sistema educativo.

## **RAZONES CONTRA LA FILOSOFÍA**

No es fácil dar razones a favor de la filosofía, como no es fácil dar razones cuando tal vez la carga de la prueba debería corresponder a la otra parte. De algún modo, al hacerlo, uno se sitúa en una posición de culpabilidad asumida; hay que explicar que uno es inocente. Por otro lado, muchos de los alegatos en favor de la filosofía puede parecer que desacreditan otras materias que merecen toda la consideración, mientras que en otros casos se tiende a olvidar la importancia de aprendizajes diferentes a los formales y que afectan enormemente a los jóvenes.

La filosofía tal vez merezca una defensa diferente, que pregunte cuál es el tipo de sociedad que queremos, qué materias creemos que merecen conocer nuestros niños y jóvenes y, por lo tanto, qué asignaturas merecen estar presentes en cada etapa.

Por lo tanto, quizá sea mejor adoptar el método inverso y ver cuáles son las razones que suelen darse en contra de la presencia de la filosofía. Veamos cuáles son sus fundamentos filosóficos y cómo pueden sostenerse, si es que pueden. En el recorrido filosófico que vamos a realizar a partir de

aquí, nos reconocemos deudores de Michael Sandel, profesor de filosofía en la Universidad de Harvard, particularmente de los argumentos que expone en su obra *Justicia*<sup>8</sup>.

#### RAZONES UTILITARISTAS

Una de las posibles razones por la que la filosofía puede haber visto reducida su presencia es porque no tiene una utilidad práctica. O bien no se sabe para qué vale o quizá sencillamente se piensa que no vale para lo que tiene que valer. Puede que hay a quien recuerde que este argumento tiene a su favor la opinión del mismísimo Aristóteles<sup>9</sup>, el cual, sin embargo, se refería a esta inutilidad en un sentido bastante diferente al que hoy le damos a la palabra.

El pensamiento utilitarista moderno tiene su origen en la filosofía de Bentham, según el cual es bueno aquello que es útil. La utilidad se mide por los beneficios que puede reportar al mayor número de personas. Llevado al ámbito educativo, la matemática es buena porque nos sirve para calcular distancias, levantar edificios, llevar la contabilidad de una casa o un negocio, para construir coches, aviones, etc. La física y la química tienen utilidades evidentes, también el inglés, la música, la tecnología, artes plásticas, etc. Pocas asignaturas carecen de utilidad, sin embargo, la filosofía parece ser reina en este sospechoso ámbito de la inutilidad.

Volvamos a las matemáticas y veamos si sólo importa la utilidad: ¿Por qué consideramos que las matemáticas deben ser una materia obligatoria durante años? ¿Qué hace que sea una asignatura tan importante? Podemos pensar que hay buenas razones de carácter utilitario: si la asignatura de matemáticas no fuese obligatoria desde etapas tempranas, la escogerían muy pocos alumnos, lo cual podría provocar un grave problema, ya que sin un número crítico de alumnos que sepan matemáticas una sociedad no puede tener científicos y sin científicos no se puede tener una sociedad avanzada. También podemos pensar que es importante saber matemáticas, para evitar que te timen, pero no es descabellado pensar que es posible que podamos tener

---

8. Sandel, M., *Justicia. ¿Hacemos lo que debemos?* Debate, Barcelona, 2011.

9. “Es obvio, pues, que no lo buscamos por ninguna utilidad, sino que, al igual que un hombre libre es, decimos, aquel cuyo fin es el mismo y no otro, así también consideramos que esta es la única ciencia libre: solamente ella es, en efecto, su propio fin”. Aristóteles, S., *Metafísica Libro I*. Capítulo 2 (982a-983a).

consumidores responsables y prevenidos contra el timo sin más conocimientos matemáticos que los de las reglas básicas, reduciendo las matemáticas a un curso donde se enseñe a sumar, restar, multiplicar y dividir, y librando así a cientos de estudiantes de una asignatura que tal vez resulte grata a algunos, pero que sin duda es un verdadero quebradero de cabeza para otros muchos y para sus familias. Plantear reducir las matemáticas a un curso y que se limitasen a explicar las cuatro reglas es un sacrilegio que, por ahora, no se le ocurre a nadie, a pesar de que un porcentaje altísimo de los que hemos cursado matemáticas hasta edades avanzadas no somos capaces de resolver correctamente más operaciones que precisamente las de las cuatro reglas.

La mera utilidad no es la razón de fondo por la que las matemáticas resultan admirables y por la que consideramos que merecen un puesto importante en el sistema educativo. Las matemáticas son consideradas uno de nuestros “mejores saberes”, algo que va más allá de la mera utilidad, por mucho que sean muy útiles. El número pi no sólo es útil para calcular el área del círculo o el volumen de la esfera, sino que nos sitúa frente al hecho de que esa relación existe realmente.

La realidad responde a las proporciones matemáticas y en ellas hay un saber que va más allá de su utilidad, hay una belleza que posiblemente no vea la mayoría de los estudiantes de secundaria, y no tienen por qué verla, quienes la tienen que ver son los responsables de la Administración educativa que debe decidir qué saberes merecen estar presentes en cada etapa del sistema educativo. Si está presente con la carga horaria que tiene, en buena medida es porque en el fondo la sociedad considera que es una materia que merece esa carga horaria y esto es lo que la hace un saber excelente, con un carácter distinto al que tiene, por ejemplo, saber conducir. Por muy útil que sea saber conducir, no consideramos que forme parte de la educación integral de nuestros jóvenes. En el caso de la filosofía, parece que ocurre algo parecido. La sensación es que algo falla en el razonamiento de que no es útil. La pregunta no es si la filosofía es o deja de ser útil; tal vez lo sea<sup>10</sup> y no es tan medible como el efecto de una medicina, pero eso carece de importancia. La pregunta debería ser: ¿Queremos que nuestros alumnos cursen ma-

---

10. Diversos estudios empíricos revelan que el alumnado que cursa estudios de Filosofía obtiene mejores resultados académicos en las pruebas estandarizadas de evaluación de competencias que quienes no los cursan. Así lo ponen de manifiesto, por ejemplo, las pruebas de acceso al posgrado que se realizan en Estados Unidos (Graduate Record Examinations) [http://www.ets.org/s/gre/pdf/gre\\_guide\\_table4.pdf](http://www.ets.org/s/gre/pdf/gre_guide_table4.pdf).

terias a las que les reconocemos un valor que va más allá de lo útil, que representan lo mejor de nuestros saberes? y ¿Tiene la filosofía el valor suficiente para merecer una presencia en el sistema?

#### RAZONES LIBERALES

El segundo tipo de razones que puede criticar la presencia de la filosofía en el sistema educativo como una asignatura obligatoria es de carácter liberal, entendida esta palabra estrictamente en el sentido que tradicionalmente tiene en filosofía.

Este modelo presupone la idea de que hay diferentes bienes y que los seres humanos eligen libremente entre ellos, según sus necesidades o preferencias. Dentro de un sistema de libre competencia, cada uno elige aquello que le resulta más conveniente, lo cual contribuye a que los bienes sean cada vez mejores, por la competencia interna que se produce entre quienes los ofertan y las decisiones que toman quienes los demandan.

Lo mejor es que aquellos alumnos a los que les resulta atractiva la filosofía la elijan, si así lo consideran. Es el modelo del mercado: hay una serie de ofertas, disponemos de información y elegimos en consecuencia. Cada cual escoge aquellos bienes o servicios que le resultan mejores y la intrusión en las decisiones individuales debe limitarse al mínimo. Sin embargo, ¿son comparables todos los bienes?

El profesor Michael Sandel suele plantearles una pregunta peculiar a los estudiantes de sus clases. Él les presenta tres fragmentos de espectáculos, bastante diferentes entre sí: unos minutos de *pressing catch*, un fragmento de *Los Simpsons* y un soliloquio de *Hamlet* interpretado por un consumado actor. A continuación les pregunta con cuál de los fragmentos han disfrutado más, en este caso *Los Simpsons* son los más votados. Sin embargo, les formula una segunda pregunta: ¿Cuál de esas experiencias les parece “cualitativamente superior”? a lo que una abrumadora mayoría responde que el soliloquio de *Hamlet*.

Evidentemente es difícil saber qué significa eso de “elevado” o “cualitativamente superior”, pero parece que, aunque muchas veces optamos por ciertas actividades, reconocemos que no son tan buenas como otras, a pesar de que les dediquemos más tiempo, nos produzcan más utilidad o resulten más deseables. Elegir algo no significa que ese algo nos parezca lo mejor, sino sencillamente lo más conveniente, lo más fácil o, en ocasiones, lo que

no queda más remedio que hacer, lo cual no significa necesariamente que sea lo mejor. Parece que cuando se conocen dos producciones culturales diferentes se puede decidir cuál de ellas parece más elevada, aun cuando no sea algo que nos gustaría presenciar todos los días.

A esto podría objetarse que, lo llamemos como lo llamemos, lo más conveniente para alguien es lo mejor para esa persona y que carece de sentido preguntarse si los bienes son comparables o no; cada cual sabe cuál es su interés en cada momento o, en cualquier caso, puede hacer un cálculo de cuáles deben ser sus intereses. Esto nos introduce en el modelo del mercado, al cual se ven abocadas no pocas materias, entre ellas la filosofía.

El modelo del mercado, basado en las corrientes filosóficas del liberalismo y el utilitarismo, tiene un atractivo indudable; presenta una situación con agentes racionales, bien informados, que deciden intercambiar libremente bienes o servicios comprometiéndose a una serie de obligaciones y al dictamen de unos tribunales, en caso de que se contravengan los términos. El modelo es sencillo y sugerente. Cada cual hace lo que racionalmente le conviene. Se toman decisiones libremente y se escoge lo mejor para cada cual. Cada uno es dueño de sus actos y debe asumir las consecuencias que se derivan de ellos. Según este modelo, si la asignatura de filosofía no resulta atractiva será por algo; los profesores deberán cambiar los métodos, modernizar los temarios, evaluar de otro modo, hacerla divertida, publicitarla mejor o lo que se les ocurra, pero no podríamos echarle la culpa a los estudiantes de no querer estudiarla. Es la ley de la oferta y la demanda, hay que adaptarse a los gustos del consumidor y tal vez los consumidores hoy piden otras cosas.

Tal vez el modelo del mercado funcione correctamente en el ámbito económico, el problema aparece cuando este modelo coloniza espacios que deberían estar a salvo de las leyes del mercado. Si el sistema educativo se plegase al modelo del mercado y todas las materias fuesen optativas, es muy posible que se diese una fractura social entre familias, que matricularían a sus hijos en materias muy diferentes entre sí. Del mismo modo, parece evidente que si la filosofía se convierte en una optativa su suerte está echada, ya que se desvirtuaría, convirtiéndose en una disciplina anecdótica. Es evidente que, si tuviésemos que elegir entre un curso de quince días de filosofía platónica y otro de tenis, la mayoría de la gente optaría por el de tenis. Sin embargo, si tuviésemos que decir cuál de los dos conocimientos nos parece que se refiere a un aspecto más radical de nuestra realidad, ¿qué diríamos?

## AMOR A LA SABIDURÍA

Cualquier intento de justificar el valor de la filosofía resultará, en buena medida, inútil para quienes buscan la utilidad. La filosofía busca responder a las preguntas de quiénes somos, qué es la verdad, qué es lo bueno o lo justo. Lo hace de un modo racional, lógico y crítico, cuestionando de modo radical los supuestos, centrándose en la importancia de las preguntas, en batalla constante con el fanatismo, la superstición y la ignorancia, y, sin embargo, no podemos demostrar su utilidad.

Quizá, como decía Wittgenstein, del sentido no se puede hablar con sentido. Nunca podremos demostrar por qué es valiosa la filosofía. El sentido tan sólo se puede mostrar. Podemos demostrar la utilidad de una medicina, porque se sitúa a este lado de las fronteras del mundo lógico, pero no podemos demostrar la utilidad de la filosofía, porque es un intento de ir más allá del mundo lógico, es “darse golpes contra los barrotes de la lógica” y precisamente en eso reside su valor. Quizá por esto, Platón decía que había casos en los que la argumentación debía dejar espacio al relato, a un tipo de narración no discursiva que nos muestra el sentido de lo que creemos. Todos conocemos relatos que nos muestran valores admirables que, sin embargo, no podemos encerrar en un discurso lógico claro. Estas narraciones pueden cambiar nuestra concepción de las cosas con más fuerza que un discurso lógico. Recordemos una de estas historias, que habla de los orígenes de nuestra humanidad.

Uno de los hallazgos más admirables que se encuentran en los antiguos yacimientos humanos son los restos de personas que murieron a una edad avanzada, con graves lesiones que las incapacitaban no sólo para la caza o la recolección, sino para valerse de cualquier modo por sí mismos; lo cual significa que el grupo los mantuvo con vida, alimentándolos, trasladándolos, con un esfuerzo que debía de ser tremendo en una situación que siempre bordeaba la línea de la supervivencia. Muchos grupos no dejaban que los ancianos, los lisiados o los enfermos murieran a su suerte, por mucho que resultase no sólo absolutamente inútil llevarlos con ellos, sino enormemente costoso, cuando no peligroso.

Hay algo admirable en esta actitud, pero no podemos demostrar cuál es el valor que se encuentra de fondo. Podemos intentarlo y hablar de la ética kantiana, de los principios, etc., pero es posible que ninguna de estas explicaciones resulte del todo convincente, al contrario de lo que sucede

con las demostraciones sobre la utilidad de la penicilina. La justificación de la filosofía no puede tener una base utilitarista ni se puede reducir a un modelo de oferta y demanda, sino que debe encuadrarse en la idea que tenemos de buena sociedad y buen sistema educativo. Sería triste pensar que la educación básica no fuese obligatoria, porque eso sería abrir un insalvable abismo social y abandonar todo proyecto de vida digna en común. Del mismo modo, abandonar la asignatura de filosofía al modelo del mercado es renunciar a un tipo de educación que tiene que ver con el sentido, no sólo con lo útil, con lo que pensamos que merece la pena que sepan nuestros hijos. La filosofía es un saber que tiene sentido sea cual sea la circunstancia. El mundo podría cambiar y algunos saberes que hoy vemos como útiles o atractivos no lo serían tanto. Muchos de nuestros jóvenes no recibirán ni una sola hora de filosofía en toda su vida escolar, al no ser obligatoria en secundaria, y otros apenas la verán en un curso. En el fondo, parece que nuestra sociedad entiende que no merece la pena que algunos alumnos tengan una introducción al pensamiento filosófico y que con que los futuros universitarios la hayan visto en un curso basta y sobra. Si ésta es la educación que queremos para nuestros hijos, tan sólo hay que seguir el camino que ya se ha comenzado. Sin embargo, si creemos que debemos proporcionarles no sólo saberes útiles, sino también los mejores saberes que conocemos, deberíamos plantearnos qué estamos haciendo al considerar no ya la filosofía, sino a nuestros jóvenes, de esta manera ■

# LAS MÁSCARAS DE LA CRISIS

*Domènec Ruiz Devesa*

Economista

*Las máscaras de la crisis. Europa a la deriva*

Francisco Rodríguez Ortiz

Madrid, Los libros de la catarata, 2012

**2**013 es el sexto año de la peor crisis financiera y económica internacional desde la Gran Depresión del siglo pasado. Se trata de una profunda recesión desde el punto de vista del notable deterioro de variables macroeconómicas fundamentales como el crecimiento del PIB y el empleo, pero también en lo que respecta a la circulación del crédito, que al menos en los países periféricos de la Unión Monetaria Europea sigue esencialmente estrangulado, mientras que la deuda pública continúa escalando a pesar de los esfuerzos por controlar el déficit del estado a través de duras políticas de ajuste fiscal, mediante subidas de impuestos y reducciones del gasto público.

Presentar un relato explicado de esta crisis, sobre todo en lo que respecta a Europa, en la que al menos potencialmente entran en juego de manera compleja multitud de factores mediatos e inmediatos, no resulta una tarea sencilla. Es cierto que hay muchos libros publicados sobre el tema, pero la contribución de Francisco Rodríguez, la cual tuve ocasión de presentar y debatir junto a Salvador Clotas, Josep Borrell y el propio autor el 27 de noviembre de 2012 en la sede de la Fundación Pablo Iglesias en Madrid, es sin duda diferente. Precisamente como indica el título de la obra,

*Las máscaras de la crisis*, Rodríguez ve la crisis como una muñeca rusa, cuya causa aparente siempre incluye alguna otra en su interior.

La crisis tuvo su origen inmediato en la explosión de la burbuja de las hipotecas de alto riesgo, en los Estados Unidos en el verano de 2007, a su vez fruto de la burbuja inmobiliaria que se venía alimentando desde el final de la década de los años noventa, cuando saltó por los aires la exuberancia irracional de las inversiones en valores de empresas tecnológicas surgidas al calor de la fiebre de Internet.

Dada la profunda globalización financiera en la que los estados se encuentran inmersos, la crisis del mercado hipotecario de la primera economía nacional del mundo se trasladó rápidamente al resto de países, ya que muchos bancos habían invertido en obligaciones respaldadas por hipotecas fallidas. Como consecuencia se secó el mercado interbancario por la falta de confianza de los bancos de prestarse unos a otros, lo que condujo a los principales bancos centrales del mundo a intervenir de manera coordinada mediante subastas extraordinarias de liquidez. El punto culminante de esta crisis financiera fue sin duda la quiebra del banco de inversión de Lehman Brothers en el otoño de 2008, lo que originó el pánico bancario generalizado pero también una decidida respuesta por parte del Gobierno de los Estados Unidos y del G20. La iniciativa política consistió fundamentalmente en dos medidas: por un lado, rescatar el sistema financiero, sin atender al problema del riesgo moral, para evitar nuevos efectos contagio; y, por otro, implementar programas de estímulo para contrarrestar la inminente recesión económica. Con el tiempo, tanto Estados Unidos como la Unión Europea iniciarían la senda de una cierta re-regulación del sector financiero, como por ejemplo la adopción de la denominada regla de Volcker en el primer caso, que limita seriamente operaciones en propia cuenta por parte de los bancos de inversión, por riesgo de conflicto de interés, y de nuevas directivas en el segundo.

Este claro programa intervencionista fue rápidamente catalogado como keynesiano, lo cual es cierto al menos en su segunda parte. En conjunto, aun cuando quizá en el caso de los bancos pequeños es mejor dejarlos quebrar, la receta era la adecuada en una situación de estrangulamiento del crédito para todas las actividades (es decir, no solamente las especulativas) y de inminente caída de la demanda agregada.

De hecho, con la perspectiva que dan los seis años transcurridos, podemos concluir que si la respuesta keynesiana no ha funcionado en su plenitud, sobre todo en Europa, se debe a que fue demasiado corta en el tiempo

y poco robusta en la cuantía<sup>1</sup>. En cualquier caso, la vuelta a las tradicionales políticas de ajuste en esta orilla del Atlántico ha devuelto la zona euro a la recesión de la que había salido en 2010, tras el duro bache de 2009.

Desde la atalaya del mundo de las ideas, el período 2008-2009 supuso simbólicamente el final de un largo ciclo de treinta años de predominio de las ideas del monetarismo y del neoliberalismo económico iniciado en los albores de la década de los ochenta con la llegada al poder de Margaret Thatcher y Ronald Reagan en el Reino Unido y Estados Unidos respectivamente. La paradoja es que, si bien este ideario ha entrado en franco declive con el monumental fiasco en el que ha caído el capitalismo financiero internacional, las políticas neoliberales de ajuste fiscal a ultranza siguen bien vigentes en el Consejo Europeo, cuya ortodoxia supera con creces la de nuestros amigos norteamericanos.

Con todo, es evidente que al menos las políticas de desregulación y liberalización financiera han quedado claramente desprestigiadas, al considerarse que la falta de normas o su laxitud están en el origen de la crisis. Que ha habido un fallo regulatorio es innegable. La opacidad con la que se negocian productos como los derivados o los seguros de impago, en un mundo en el que las finanzas están plenamente interconectadas, con bancos de inversión que pueden operar con su propia cartera en contra de sus propios clientes, es sin duda una tormenta perfecta. Asimismo, la supervisión ha sido en general pobre, permitiéndose graves abusos de los bancos contra sus clientes, incluyendo los menos educados desde el punto de vista financiero. Tampoco las principales facultades de Economía del mundo desarrollado, de orientación principalmente neoclásica, fueron capaces de dar la voz de alarma, aunque esto tiene que ver con la hegemonía ideológica de que disfrutaba el neoliberalismo en el trentenio, más que con los problemas de regulación y supervisión. Con todo, incluso un presidente del Partido Demócrata apoyaría en 1999 la derogación de la legislación de la era rooseveltiana que separaba estrictamente los bancos de inversión de los bancos comerciales (conocida como *Glass-Steagal Act*). En el ámbito de la regulación bancaria internacional, se acordó el modelo denominado Basilea II,

---

1. Véase al respecto, entre otros, Manuel de la Rocha Vázquez y Domènec Ruiz Devesa (2010): “Europa ante la crisis económica: de los planes de estímulo a los recortes fiscales”, en revista *Afkar/Ideas*, otoño, y Manuel de la Rocha Vázquez, Miguel Ángel García Díaz y Domènec Ruiz Devesa (2013): “La política económica en la zona euro: el binomio austeridad-crecimiento”, en *Informe sobre el estado de la UE*, Madrid, Fundación Alternativas.

que permitía a los bancos establecer criterios de capital y reserva de acuerdo con sus propios modelos de riesgo, en un claro ejemplo de auto-regulación o *light-touch regulation*.

Pero junto a la cuestión regulatoria, hay otras causas de la crisis menos obvias e inmediatas. En primer lugar, cabe destacar el final del sistema financiero y monetario internacional surgido tras el final del arreglo de Bretton Woods en el período 1971-1973. La década de los setenta supuso el fracaso del paradigma keynesiano ante un escenario de final de la convertibilidad del oro con el dólar norteamericano (1971), la liberalización de los tipos de cambio (en 1973, tras haber sido fijos durante el período de posguerra) y de inflación elevada resultante combinada con políticas fiscales y monetarias expansivas en los Estados Unidos en el contexto del reforzamiento de su Estado del bienestar durante los años sesenta, la escalada en Vietnam y la subida de los precios del petróleo tras la guerra del Yom Kippur (también en 1973). Este proceso inflacionario se extendió al resto del mundo a través del papel del dólar como moneda internacional de reserva. Fue precisamente el exceso de dólares en circulación lo que motivó al resto de países del bloque occidental a pedir la conversión de sus *stocks* en oro, dejando exhaustas las reservas de los estadounidenses, quienes acabaron por poner fin a la convertibilidad y por ende al sistema de tipos de cambio fijos.

En cualquier caso, el resultado en las economías nacionales fue una crisis de oferta y no demanda agregada, en la que confluían a la vez tasas elevadas de desempleo y de inflación, el cual no se podía explicar satisfactoriamente desde la óptica keynesiana, al menos no en su versión popular, la curva de Phillips, que pronosticaba una relación antitética entre estas dos variables. Lo que sucedió fue que una inflación monetaria (pero también de costes, fruto del *shock* petrolero) condujo a una reducción de plantillas fruto de la subida de los costes salariales, por actualización automática con relación al coste de la vida, y en general de producción. Este proceso de desindustrialización en el mundo occidental se aceleraría con las sucesivas rondas de liberalización comercial, y con las políticas de privatización de los grandes grupos empresariales del sector público, acometidas sobre todo en la década de los ochenta. De este modo se explica que el paro se volviera estructural en Europa occidental, una vez corregidos los excesos inflacionarios de los setenta, pues además se mantuvieron las políticas de ajuste fiscal, al tiempo que la transición hacia una economía posindustrial supuso la aparición de empleos de peor calidad, menos remunerados y con

menor peso sindical. Todo lo cual redundó en aumentar el peso de las rentas del capital respecto de las del trabajo.

Lo cierto es que no resultaba evidente cuál era la salida keynesiana de la estanflación, ni cómo se podía adaptar la política de gestión de la demanda en un contexto de creciente internacionalización de los flujos financieros y comerciales, acelerados los primeros por la especulación de divisas tras el final del sistema de tipos de cambio fijo en el período 1971-73, una vez que los Estados Unidos deciden abandonar unilateralmente la convertibilidad del dólar con el oro, y el creciente uso de los computadores para efectuar transacciones monetarias instantáneamente. Éste es, de hecho, el inicio de la globalización financiera, coadyuvada sin duda por la revolución tecnológica en informática y telecomunicaciones, pero originada por decisiones políticas tomadas en el marco de una insuficiente cooperación económica internacional. Con la perspectiva de cuarenta años, podemos concluir que los responsables económicos de la época podrían haber optado por una política de rentas que moderara los salarios en un momento de tensiones inflacionarias, al tiempo que se equilibraba progresivamente el déficit público con reducción de gastos discrecionales y subidas selectivas de impuestos. Lo cierto es que algunos intentos de aplicar una política de rentas hubo, pero se encontraron en general con la intransigencia sindical. El resultado fue el fracaso político e intelectual de la socialdemocracia y el ascenso del neoliberalismo, que no se limitó a corregir la inflación, lo que era necesario, sino que además aplicó un programa de liberalización comercial, desregulación financiera y privatización del sector público empresarial y de los servicios del bienestar, punteado por reformas fiscales regresivas en consonancia con los nuevos valores individualistas. En cuanto al sistema de Bretton Woods, es evidente que tenía problemas de diseño que llevaron a su fin desordenado, pero también es cierto que los Estados optaron por abrir la vía de la financiarización de las economías a través de la especulación de divisas, en lugar de aplicar medidas correctivas en un marco de coordinación, lo que podría haber supuesto abandonar colectivamente la convertibilidad con el oro pero mantener el sistema de tipos de cambio fijos. Esta solución habría dado estabilidad a los intercambios comerciales y no habría abierto la puerta a la financiarización de la economía en detrimento de las actividades productivas.

En segundo lugar, junto a los problemas derivados de la falta de regulación y del proceso de financiarización de la economía fruto del final

del sistema de tipos de cambio fijos, es posible identificar una causa relacionada con la regresivización de los sistemas fiscales. Porque si en efecto una parte creciente de la renta se trasladaba al capital en detrimento de los salarios como efecto del surgimiento de una economía financiera cada vez más desconectada de la economía productiva, también en retroceso por la liberalización comercial, no es menos cierto que las reformas tributarias de la década de los ochenta y noventa en buena parte de los países desarrollados agudizaron esta tendencia.

Por último, como causa última de la situación en la que se encuentra el capitalismo occidental cabe recurrir a algunos de los hallazgos de la teoría económica marxista, totalmente olvidada por la socialdemocracia como si el marxismo se limitara a alguno de los elementos de su programa político implícito, en particular, el de la dictadura del proletariado. En síntesis, Marx el economista predice crisis periódicas de sobreproducción (o subconsumo), que es otra forma de llamar a la crisis profunda de demanda agregada en la que se encuentran nuestras economías. Desde este punto de vista, el proceso de acumulación de capital a través de la plusvalía supone un empobrecimiento progresivo de la clase trabajadora, desposeyéndola de la capacidad de consumo que puede equilibrar el sistema. Dicho de otro modo, las fuerzas del mercado se expanden más rápidamente que el poder adquisitivo de los trabajadores, de modo que el capitalismo, en concreto el proceso de acumulación de capital, lleva en sí mismo la semilla de su propia destrucción, pues los capitalistas ahorran o invierten la mayor parte de su renta, no pudiendo por tanto compensar la falta de demanda de quien destina su salario al consumo. De ahí también la consideración de este sistema económico como un episodio histórico que inevitablemente debe ser superado por el comunismo.

Si bien la experiencia del siglo XX nos muestra el fracaso sin paliativos de los estados comunistas, que aparte de eliminar el mero concepto de mercado (junto con la eliminación del capitalismo) ahogaron las libertades civiles y políticas, no por ello deja de ser cierta la intuición marxista sobre la existencia de un problema estructural en el funcionamiento de la economía capitalista. De hecho, el programa económico del keynesianismo es una respuesta a las cuestiones que plantea la teoría económica marxista, que parte de la premisa de que el sistema sí que tiene un problema técnico de sostenibilidad -es decir, no solamente desde el punto de vista de la justicia social- en el largo plazo (al que se añadiría más adelante el problema am-

biental), pero se considera que éste puede solventarse a través de un Estado activista que provea bienes públicos financiados con impuestos progresivos (lo que sostiene la demanda agregada y coadyuva al pleno empleo), la gestión del ciclo macroeconómico a través de políticas económicas expansivas y la innovación tecnológica. A su vez, la corriente neomarxista de la *Monthly Review* supo ver en la financiarización de la economía a partir de los años setenta el subterfugio del sistema económico capitalista ante la falta de demanda y la caída de la rentabilidad en los sectores productivos. Dicho de otro modo, el sector financiero de la economía se convierte por un lado en el destino de las nuevas inversiones del capital excedentario, sin necesidad de pasar por el ciclo productivo, mientras que por otro se promueve el endeudamiento de empresas y familias para compensar la pérdida de capacidad de compra. Este mecanismo ha funcionado muy claramente en los Estados Unidos y España, por ejemplo, al calor de la burbuja financiera e inmobiliaria que ha alimentado artificialmente el crecimiento económico en la década que concluye en 2007, tras disiparse el efecto de innovaciones tecnológicas como la aparición de las ya no tan nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Junto a este novedoso instrumento del recurso excesivo al crédito hipotecario y al consumo para seguir sosteniendo la demanda, han pervivido otros clásicos también en su día identificados por la crítica marxista como la publicidad o el esfuerzo de ventas, mediante el cual se generan nuevas necesidades de consumo.

En resumidas cuentas, se puede concluir que la crisis financiera y económica iniciada en el verano de 2007 en el mundo atlántico y todavía no superada es el resultado de una constelación de causas mediatas e inmediatas, entre las que se encuentran la pérdida de la hegemonía ideológico-cultural por parte de la izquierda y el auge del neoliberalismo (por el fracaso del keynesianismo real o percibido frente a la crisis de oferta de los setenta); el final del sistema de tipos de cambio fijos y el inicio de la globalización financiera, acentuada por el cambio tecnológico; la desindustrialización en los países desarrollados (consecuencia de lo anterior, y de los problemas de competitividad frente a las potencias emergentes cuyos bajos salarios no son obstáculo para la continuada liberalización comercial); la reducción del peso del Estado tanto en el sector productivo como en el de los servicios de bienestar, lo que reduce la estabilidad de la demanda y del conjunto de la economía (privatizaciones); la aplicación de políticas fiscales regresivas (lo que aumenta la desproporción del capital frente al trabajo en el

reparto de la renta); y la desregulación del sector financiero y la laxitud en la supervisión, para así facilitar las actividades especulativas y el uso del crédito como subterfugio del impulso a la demanda. Esta panoplia de cambios ha dado como resultado una crisis de sobreproducción en los términos clásicos de la teoría económica marxista, pues el recurso al endeudamiento de las familias como recurso compensatorio ha resultado ser como cualquier burbuja financiera, insostenible en el largo plazo, y por tanto un remedio temporal que ha hecho saltar por los aires el conjunto del sistema.

Junto a estas causas generales, es preciso agregar las causas particulares que aquejan a la Unión Europea, y en concreto a la zona euro. Y es que junto a las anteriores, el Tratado de Maastricht de 1992 supuso por un lado desposeer a los Estados de la política monetaria, no pudiendo por ejemplo financiar políticas contra-cíclicas mediante la monetización de la deuda pública, al tiempo que se reducía la capacidad de maniobra fiscal al tres por ciento de déficit público respecto del producto interior bruto y al sesenta por ciento de la deuda pública respecto de esta misma variable, fruto del ordoliberalismo alemán. Recientemente se ha dado una nueva vuelta de tuerca a la concepción pro-cíclica de la política económica al aprobarse por tratado intergubernamental el límite al déficit público estructural en el 0,5 % del producto bruto. La unión monetaria supone en sí misma renunciar a la política monetaria, lo que no es malo siempre que la nueva autoridad monetaria pueda desarrollar políticas monetarias expansivas en tiempos de crisis (lo que al final el BCE sí que ha hecho tras las dudas iniciales, al reducir los tipos de interés por debajo del uno por ciento)<sup>2</sup> y que exista margen para la política macroeconómica de carácter contracíclico, ya sea por parte de la UE o de los estados miembros. Esta segunda condición no se ha cumplido, al tiempo que la UE no dispone de un fuerte presupuesto federal que pueda compensar los problemas de crecimiento y empleo en algunos estados de una unión monetaria que no es óptima al no contar con plena movilidad del factor trabajo ni con mecanismos de solidaridad interpersonal como los seguros de desempleo y jubilación.

En este sentido, la obra de Francisco Rodríguez acierta de lleno en desentrañar las peculiaridades europeas de la crisis financiera y económica mundial. Lo que este profesor de Economía de la Universidad de Deusto

---

2. Véase al respecto Domènec Ruiz Devesa (2013): “El Banco Central Europeo en 2012”, en *Informe sobre el Estado de la UE*, Madrid, Fundación Alternativas.

se ha propuesto es desvelar una a una algunas de las causas que explican esta crisis (algunas de ellas enumeradas en los párrafos precedentes), y lo que esto supone para la defectuosa Unión Monetaria Europea. Desde esta perspectiva, el libro construye un relato coherente que logra encajar con destreza las principales variables y desvelar los factores fundamentales así como las paradojas, como por ejemplo el hecho de que la financiarización de la economía “resulta letal para las instituciones financieras”<sup>3</sup>. Lo que significa que, al contrario que otras obras más superficiales, indaga en los orígenes profundos de la crisis y no se queda estancado en la equívoca, periodística y hasta novelesca denuncia de los excesos cometidos por los banqueros. De ahí que el capítulo 1 se centre precisamente en la crisis del modelo productivo fordista (es decir, el proceso de desindustrialización-financiarización de la economía) y en la crisis del Estado del bienestar.

En los capítulos 2 y 3 el libro primero recuerda las primeras medidas tras el estallido financiero de 2008 (dentro de lo que se denomina “el retorno al Estado”) para pasar a analizar la diferente trayectoria de los Estados Unidos y la Unión Europea. Para Rodríguez, Europa ha errado gravemente al optar por una consolidación fiscal prematura y súbita (no gradual) para hacer frente a la elevada deuda pública originada por el rescate del sistema financiero y la caída de los ingresos fiscales por la reducción de la actividad económica. Lo cierto es que, más allá del apego al ordoliberalismo por parte no sólo de los alemanes sino también de muchos burócratas de la UE, el equivocado viraje hacia las políticas de ajuste fiscal vino en parte dictado por los diferentes diseños institucionales a un lado y a otro del Atlántico. Dicho con otras palabras: Estados Unidos puede permitirse hacer keynesianismo, porque emite la moneda internacional de reserva (por tanto puede monetizar su deuda pública a través de su banco central), y dispone de todos los instrumentos para que en su “unión monetaria” no haya choques asimétricos: un fuerte presupuesto federal que redistribuye recursos, una seguridad social única, plena movilidad del factor trabajo (sin barreras lingüísticas o culturales de importancia), un banco central cuyos objetivos además del control de la inflación incluyen el crecimiento y la inflación, etc. En cambio, la UE es prácticamente el reverso institucional de los Estados Unidos en lo que a gobernanza económica se refiere. No hay apenas mecanismos interestatales de solidaridad (salvo los fondos estructurales y

---

3. Véase al respecto la página 60 del libro.

de cohesión, de cuantía insuficiente) y ninguno de solidaridad interpersonal. Lo que significa que el keynesianismo fiscal sólo puede hacerse desde los Estados, y en teoría sin superar el límite del tres por ciento del producto interior bruto impuesto en el Tratado de Maastricht. Keynesianismo que como el caso español puso de relieve es inviable si se practica por un Estado mediano que no puede monetizar su deuda pública al no disponer de la emisión de moneda (el BCE tiene vedado adquirir directamente títulos de deuda pública de los estados miembros, aunque posteriormente aceptó iniciar compras indefinidas en el mercado secundario, lo que ha generado una mayor estabilidad financiera en la zona euro a partir del otoño de 2012)<sup>4</sup>. Es lo que Francisco Rodríguez denomina “keynesianismo infantil”<sup>5</sup>, que lleva al estado en cuestión a ser presa de los operadores especulativos por falta de “confianza” en que se devuelva lo prestado. En cualquier caso sí sería posible un “keynesianismo” europeo como propone el autor, ya que la UE sí que tiene las dimensiones, si se dotara de los instrumentos necesarios, para llevarlo a cabo. Por ahora las novaciones institucionales se han limitado a la creación de los fondos de estabilidad financiera, y a la activación de sucesivos paquetes de asistencia financiera a Grecia, Irlanda, Portugal, España y, últimamente y con suma impericia, a Chipre. A esto hay que sumar el insospechado activismo del BCE y un sucedáneo de unión bancaria que no incluye otro de los mecanismos clave de solidaridad interpersonal que permiten una unión monetaria funcional, un fondo común de garantía de depósitos bancarios. Es en el capítulo 4 donde el libro analiza los avances registrados, que más allá de los arreglos ad-hoc más arriba citados consagran en palabras del autor un federalismo presupuestario restrictivo como subterfugio de unión fiscal. Rodríguez también constata que la falta de tino en la implementación de los ajustes fiscales no sólo ha profundizado la recesión (lo que era esperable desde la óptica keynesiana), sino que además ha sido poco eficaz en reducir el déficit y la deuda públicos.

Con respecto al euro, se concluye que éste es inviable sin unión política, lo que puede parecer una obviedad pero que es cuestión que merece un análisis más detallado. Como el propio autor explica, la unión monetaria no es una zona monetaria óptima. Por tanto, más allá de remedios

---

4. Véase al respecto Domènec Ruiz Devesa (2013): *op. cit.*

5. Véase al respecto la página 141 y siguientes.

como los fondos de estabilidad financiera, cuyo nacimiento y funcionamiento el autor analiza en detalle, lo cierto es que se necesitan mecanismos permanentes (no ad hoc) de solidaridad interpersonal, que permitan modular los llamados choques asimétricos (es decir, conatos de recesión y desempleo que no afectan al conjunto de la unión monetaria). Estos mecanismos, como un impuesto europeo (por ejemplo a las transacciones financieras), el ya citado fondo común de garantía de depósitos, los eurobonos o un seguro de desempleo comunitario son necesarios para que un país, como sería el caso de España, no deba afrontar en solitario el coste del subsidio de desempleo cuando éste alcanza una tasa superior al 25 % de la fuerza de trabajo. Dicho de otro modo: la solidaridad interpersonal entre europeos obviaría la necesidad de recurrir a soluciones bilaterales o multilaterales ad hoc como los costosos (política y financieramente) préstamos de país a país o del Mecanismo Europeo de Estabilidad. Lo que sucede es que este tipo de solidaridad es la que existe entre los miembros de una misma comunidad política nacional, de ahí la necesidad de la unión política como reclama Francisco Rodríguez, lo que a su vez requiere una conciencia de compartir un mismo *ethos*. Con todo, no resulta fácil convencer a alemanes y finlandeses de que contribuyan a financiar el seguro de desempleo de españoles y griegos, discusión en la que los estereotipos siempre van a tener un papel destacado. Lo cierto es que la teoría de la justicia como equidad de John Rawls<sup>6</sup> ofrece un apoyo interesante a la solidaridad interpersonal entre europeos, más allá de que es lo que se necesita para que la unión monetaria funcione de manera óptima. De acuerdo con Rawls, la mejor justificación de la solidaridad es el llamado velo de ignorancia, según el cual no podemos predecir cuál será nuestra posición en el futuro (buena o mala). Por tanto, los ciudadanos de los países centrales, que han vadeado la crisis mejor que los periféricos, obvian que mañana pueden ser ellos los que necesiten recurrir a la solidaridad de los demás.

Es de agradecer que el libro enfatice la desigualdad en el reparto de la renta y los desequilibrios macroeconómicos globales sobre la desregulación financiera como causa de la crisis, fruto de las políticas neoliberales iniciadas en los años ochenta (en concreto y como se ha dicho, la regresividad fiscal, la liberalización de movimientos internacionales de capitales y el debilitamiento de los sindicatos). Poner la desigualdad como

---

6. *A Theory of Justice* (1971), Harvard University Press, Harvard MA.

causa de la crisis económica es compartido por influyentes políticos socialistas como el español Josep Borrell Fontelles, antiguo presidente del Parlamento Europeo, si bien economistas reputados como Paul Krugman no se encuentran plenamente convencidos. Con todo, no deja de ser significativo que la desigualdad en el reparto de la renta en el año anterior al estallido de la crisis financiera en los Estados Unidos en el verano de 2007 hubiera alcanzado un máximo que no se observaba desde la víspera de la crisis de 1929. En cualquier caso, dada la identificación de fuerzas seculares que han erosionado el componente salarial de la economía, no aparece descabellado asumir que nos encontramos ante una crisis estructural fruto del fracaso del actual régimen de acumulación y concentración de rentas en lo alto de la distribución social, y en el sector financiero de la economía. Por tanto, la financiarización de la economía ha sido la respuesta del sistema ante un problema de demanda agregada (solventado temporalmente con el recurso al endeudamiento excesivo de los hogares), por la pérdida de peso de las rentas salariales. Dicho de otro modo, para Rodríguez las burbujas financieras e inmobiliarias han sido motores principales del crecimiento en una economía descompensada en cuanto a la distribución del ingreso.

En lo que respecta a los desequilibrios en las balanzas de pagos, lo que suponía que países como España o Estados Unidos (consumidores) mantenían posiciones deudoras con carácter crónico con respecto a Alemania o China (productores), lo cierto es que son el resultado del final del sistema de tipos de cambio fijos (los cuales podían ajustarse para corregir estos desequilibrios por cuenta corriente), así como del proceso secular de desindustrialización y liberalización comercial, mencionados en párrafos anteriores. En el caso de la zona euro, la unificación monetaria debió haberse acompañado de mecanismos que penalizaran no solamente al deudor sino también al acreedor, mediante subidas de salarios que aminoren el diferencial de competitividad.

Cabe también decir que *Las máscaras de la crisis. Europa a la deriva* es además un libro muy completo en cuanto a la profusión de datos, el cual bebe intelectualmente de la mayoría de los economistas que más han escrito sobre la crisis internacionalmente, como Rajan, Krugman, Stiglitz, Roubini, De Grauwe, entre otros, y todo ello sin olvidar a los clásicos: Keynes, Minsky y Galbraith, aunque sí que queda extrañamente fuera de las citas Marx, quien como se decía más arriba tiene mucho que aportar a la hora de

entender la fase por la que atraviesa el sistema capitalista mundial en el momento presente.

En cuanto a las debilidades del libro, solamente cabe citar dos aspectos menores. En primer lugar, se echa en falta un poco de retrospectiva histórica sobre el final del sistema monetario de Bretton Woods como el punto de arranque de la era neoliberal y de la globalización financiera, la cual puede aportar perspectiva y claridad al análisis. En segundo lugar, como se decía más arriba, la obra obvia referencias a la teoría económica marxista, si bien implícitamente sí que se adoptan algunos de sus razonamientos.

En cualquier caso, se trata de un libro de lectura obligada para todos aquellos que quieran entender los porqués de la crisis financiera y sus repercusiones en la Europa del euro. Solamente desmenuzando con esmero las causas y las consecuencias de este proceso, como hace Francisco Rodríguez, es posible atisbar las soluciones, las cuales pasan sin duda por refundar la Unión Europea en sentido federal, de modo que se garantice la estabilidad financiera como bien público regional en la unión monetaria, pero también el crecimiento económico sostenible y el pleno empleo ■

# LARGO CABALLERO: EL TESÓN Y LA QUIMERA

*Gutmaro Gómez Bravo*

Universidad Complutense de Madrid

*Largo Caballero: el tesón y la quimera*

Julio Aróstegui

Barcelona, Debate, 2013

Aquellos que busquen anécdotas e historias servidas para la política actual no deben leer este libro. Los principales hallazgos de esta biografía de Largo Caballero son metodológicos, interpretativos y de conjunto. El autor nunca ha tratado de hacer aflorar una masa acrílica de correspondencia o de escritos inéditos, como suelen hacer la mayor parte de las biografías que aparecen bajo el signo de novedades editoriales. Obra de tiempo, reflexión y reposo, valores todos ellos de gran dificultad de asimilación en nuestros días, muestra la propia evolución de la historiografía española y de los efectos, a veces perversos, de los paradigmas dominantes durante el último medio siglo. Todo ello puede observarse en un ingente material propio de las biografías políticas, esculpido con un compendio de estilos y técnicas manejadas acompasadamente. Un enfoque desplegado ya desde los primeros capítulos, donde está presente la tan conocida condición de estuquista del joven Largo como una “intuición de clase” que sintiera como referente vital hasta el final de sus días. Cualquier otro historiador hubiera abordado el asunto desde un contexto teórico e ideológico, pero él consiguió incluirlo en la narración explicativa. Así, las referencias teóricas a la inserción en las dinámicas de clase que viviera un joven Caballero, quedan implícitas en la descripción ritual del paso al “obrero consciente”,

que llega a la necesidad de “asociarse” por experiencia propia. Desde su nacimiento en el Chamberí de los oficios, preindustrial, móvil, del republicanismo clandestino de los tiempos del Sexenio que profesaba su padre, hasta la guerra y su muerte en el exilio en unas condiciones muy penosas, nunca renunciaría a esa condición de “hombre más representativo de su clase” que el propio Llopis destacó como su principal activo.

Es importante no perder nunca de vista este contexto inicial del movimiento obrero español, porque mantuvo entre sus propios líderes la convicción de la necesidad organizativa a través de la propia experiencia del trabajo en oficios, secciones y posteriormente federaciones, pero que nunca se presentó opuesta al *intelectualismo*, de un Besteiro o De los Ríos, por ejemplo, sino que se potenció como “un factor de capacitación y dinamismo”. Este libro no sólo pone en tela de juicio la visión que achaca los errores del socialismo español a la falta de preparación teórica de sus líderes. Sobre todo desmonta la idea de que sus problemas internos fueran el fruto exclusivo de enfrentamientos cristalizados en las tres tendencias clásicas en torno a Caballero, Prieto o Besteiro. Las cosas fueron más complejas y desde luego no se produjeron nunca al mismo tiempo. Para dar cuenta de ello, el autor fija la contextualización y la evolución ideológica de cada momento histórico, hasta llegar al punto culminante de la guerra civil. Cientos de análisis de puntos internos, actas, reuniones, debates, órdenes del día, etc. forman la materia prima de un estudio que prima mucho más el análisis denso que las pinceladas de “cultura política” del momento a las que se reducen la mayor parte de los trabajos actuales, situando de nuevo la comprensión del socialismo español en las coordenadas de un vasto proyecto de transformación social evolucionista y gradualista desde sus orígenes, que pivotaba especialmente sobre la visión de Pablo Iglesias y sobre la tarea organizativa de Caballero.

El objeto fundamental de este libro no hay que encontrarlo pues en otro lugar que en la comprensión de la obra política y sindical de Largo Caballero, empeñada en profundizar la línea trazada por Iglesias, modificando la “táctica intervencionista” en función de las “circunstancias”. Una adecuación que parece sencilla, o simplista, como denunciaban los comunistas, pero que no lo era en modo alguno, y este libro explica básicamente cómo y por qué. Para ello Aróstegui consigue mostrar la forma en que vivieron todos los actores del socialismo aquellas circunstancias (y el tiempo, el cuándo, adquiere aquí una categoría trascendental), más que intentar

explicar las posiciones tácticas de cada sector. Ese cambio de enfoque, esa inversión en el análisis, produce un gran avance en el esclarecimiento de los condicionamientos y las respuestas internas del socialismo español ante la creciente polarización de la vida pública y el empeoramiento de las condiciones económicas del país. No se trata de seguir una simple evolución de la vida de un líder sindical, desde su encuentro decisivo con Pablo Iglesias y su fulgurante evolución al frente del socialismo madrileño y español hasta los desencuentros y problemas que terminarían precipitando su caída tras la guerra civil. En ese sentido, Largo Caballero es observado, reconstruido, como un vehículo más en la transmisión de una experiencia colectiva decisiva en la configuración de la identidad de la clase trabajadora, del sindicalismo y del socialismo español. Una triple dimensión que se mantiene en cada capítulo y que constituye el verdadero desafío del estudio: la magnitud y complejidad en la evolución, continuidad y convergencia no ya entre Pablo Iglesias y Francisco Largo Caballero, sino entre todos sus herederos directos. Un análisis de mentalidades y de formas de entender la organización obrera, política y sindical que sitúa el principal y central enfrentamiento interno mucho antes de los años 30, sobre todo en la disputa por la apropiación del pablismo entre Caballero y Besteiro.

Fuera de esos compartimentos estancos, la utilización de conceptos dinámicos y activos como los de experiencia, participación o agencia, incorporados al lenguaje histórico por Edward Thompson en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* hace ya medio siglo (reutilizados una y otra vez por toda “nueva historia cultural”) a los que Aróstegui ha añadido otros de su propia cosecha como la categoría de “generación”, favorecen la inserción de los detalles individuales del personaje en la globalidad de un tiempo y una época absolutamente trascendentales en la organización y defensa del papel activo de la clase trabajadora en la sociedad de masas, en un contexto en el que buena parte de las minorías intelectuales sintieron un profundo miedo y rechazo hacia ella, y terminaron por recelar de la democracia como forma de gobierno débil e incapaz de contener el avance del movimiento obrero que creían caminaba inexorablemente hacia la Unión Soviética.

Pasar por alto esta dimensión integral en el estudio del socialismo y del desarrollo del movimiento asociativo, que desde distintos ángulos habían desarrollado Preston, Graham, Bizcarrondo, los hermanos Cobo o Gómez Llorente, entre otros, puede llevar a una lectura de esta obra exclusivamente centrada en los aciertos o errores de Largo Caballero (“Rela-

tivismo revolucionario”, Jorge Martínez Reverte, *El País*, 2/3/2013), cuando su objeto es mucho más amplio. Las críticas a este libro, trabajo de archivo y de muchos años de empeño, pueden cuestionar la validez de este enfoque total y la pretensión misma de asumir tantos aspectos inabarcables de la historia de España a través de un sólo personaje, o en tantos otros aspectos de fondo y forma, pero intentar reducirlo a dinámicas de buenos y malos es un esfuerzo baldío. El propio Aróstegui denunció ese lugar común en el prólogo, anteponiéndose al posible problema de la manipulación de los documentos que presentaban anteriores trabajos biográficos sobre Largo y otros que incluso se hicieron pasar por autobiográficos. La base documental de este estudio está al alcance de cualquier investigador, al menos desde que la propia Fundación Francisco Largo Caballero editara sus *Obras completas*. Ésta es, pues, la espina dorsal de una biografía que va mucho más allá de justificar o hacer comprensibles los errores de su protagonista, y que adquiere forma corpórea a través de procesos comunes de construcción y validación científica del conocimiento histórico (como contrastar las opiniones de los protagonistas o sus recuerdos con los cientos de actas consultadas en el archivo de la Fundación Pablo Iglesias, por ejemplo), pero que no toma atajos. Se mezclan, sí, biógrafo y biografiado, sin que por esto se haga ejercicio hagiográfico alguno.

El subtítulo precisa ese doble objeto y objetivo: entender el problema español desde la óptica del socialismo histórico y, en particular, desde la óptica de Francisco Largo Caballero. Ese enfoque, que prima los factores endógenos para entender la correlación ideológica y estratégica de las organizaciones socialistas, tiene por fuerza que desmitificar las apreciaciones que se han vertido sobre la figura de Caballero; han sido y son muchas y muy dispares, desde la acusación de traidor y colaboracionista hasta la de protagonizar la deriva revolucionaria e incluso la de precipitar la guerra civil que hace el revisionismo, pero todas han tenido y tienen el mismo objetivo de desgaste personal o político del que fuera el hombre clave en la estructura de la UGT y del PSOE durante medio siglo.

Los debates y los problemas internos en el seno del socialismo son entendidos sobre todo como discrepancias en torno al proyecto político y sindical futuro que había que implantar, y no en clave estrictamente presentista. El primer punto de desplazamiento y la clave del análisis desmitificador está en el punto de partida: Caballero fue ante todo un “pablista”, un continuador, y la disputa interna principal, por tanto, se situaría con Besteiro, que no

era partícipe de la profundización de la vía del sindicalismo político que desarrollaría Largo. Los problemas con Prieto, en los que pusiera tanto énfasis Paul Preston por ejemplo, no vendrían hasta el ascenso de éste en los pactos por el advenimiento de la República; y Negrín nunca llegaría a constituir corriente ideológica alguna dentro del socialismo, más allá de una opción estratégica de gobierno en plena guerra. La problemática principal, por tanto, es anterior a los años 30 y se sitúa en el programa de sucesión del propio Pablo Iglesias. Tanto Besteiro como Largo entendían con “el abuelo” que España era un país tardío y fragmentariamente industrializado, pero no coincidían en la vía para alcanzar el socialismo, ni en lo político (la necesaria minoría socialista parlamentaria para Largo era un camino prematuro y de desgaste para Besteiro) ni en lo estrictamente sindical, ya fuera a través de la lucha legal o de la huelga general. Sólo forzados ante la necesidad de atender las reivindicaciones obreras, en un contexto profundo de empeoramiento de las condiciones de vida y de malestar de la clase trabajadora, de aguda competencia con el anarquismo primero y el comunismo después, los dos líderes optarían por fortalecer el crecimiento de las organizaciones conjuntamente. Caballero optó intuitivamente por la base, por una unión en la que forjó sus experiencias y empeños iniciales, el Instituto de Reformas Sociales, las relaciones con organismos internacionales y la creación de la Federación de Trabajadores de la Tierra. Y sin llegar nunca a defender una fusión partido-sindicato al modo del laborismo británico que tan bien conocía Besteiro, actuaría siempre en la más estricta clave de tradición conjunta PSOE y UGT, adecuándose a cada momento de crisis, como demostraría en 1917, 1920, 1923 o 1930, e incluso, a pesar del profundo abismo abierto en 1935, hasta la quiebra definitiva de 1936.

No sería hasta 1929, hasta el agotamiento de Primo de Rivera, cuando estuvieran ya nítidamente separadas las posiciones internas, pero no ya entre Caballero y Besteiro, sino entre las de este último y sus seguidores, Saborit, Trifón Gómez y *El Socialista* sobre todo, las del resto, oponiéndose primero a la colaboración con los republicanos y posteriormente a la política de alianzas que llevaría a octubre de 1934. Participación política e intervencionismo social, hasta ese momento, habían sido patrones comunes en el desarrollo socialista, por lo demás típicamente gradualista. Hasta la Segunda República, momento culminante de la superación de ese debate interno, no mezclaría Caballero realismo y tradición con otras “quimeras”, como las define el propio Aróstegui. La separación en este punto

fue aún más radical, y no hay duda de que la cesura vino marcada por la entrada y salida del Gobierno. Así, la labor de Largo Caballero en el Gobierno como ministro de Trabajo, quizá su faceta más reconocida hasta hoy, se vio arrollada por la problemática más compleja a la que se hubiera enfrentado nunca el socialismo español: la secuencia 1933-1939.

El período que va de las elecciones de septiembre de 1933, la quiebra de la conjunción republicano-socialista, hasta el final de la guerra civil, recibe un tratamiento pormenorizado en el libro a través de dos aspectos que Aróstegui prestó especial atención en tratar por separado: la radicalización y la destrucción del propio proyecto de Largo Caballero. La primera cuestión es esencial, pues supone el avance definitivo de Caballero hacia la república social y la ruptura con las posiciones tradicionales de intervención y colaboración gubernamental, es decir, con su propia tradición. Pero Aróstegui no busca dar el sentido político de ese giro, sino plantear el verdadero significado histórico de esa radicalización. Desde luego, concluye el análisis, no fue un proceso tan lineal ni tan repentino y rupturista como sostienen la mayor parte de los historiadores. Se trata, ni más ni menos, que de la nueva estrategia socialista salida de la derrota electoral, que atraviesa la propia guerra y que tiene su fase central en la insurrección de 1934, y que influiría de forma decisiva en la formación de las alianzas de 1935-36.

Era un hecho conocido, al menos desde el estudio de Marta Bizcarrondo, que Prieto había elaborado el programa que incluía los objetivos del movimiento revolucionario posterior a la derrota electoral de 1933. Un documento aprobado por unanimidad por la ejecutiva socialista pero que nunca fue dado a conocer a la base, al que Aróstegui concede una extraordinaria importancia, porque alteraba las relaciones de fuerza internas, dejando fuera definitivamente a Besteiro, y sobre todo porque suponía una ruptura total con el propio sistema republicano. Veámoslo en esta doble vertiente. En cuanto a la relación de fuerzas, el cambio de estrategia entraba dentro de la propia estrategia de ascenso de Prieto, ya que obligaba un año después a la dimisión de Largo Caballero en la dirección del partido. En relación a la vía de ruptura, el error en el que también cayó Caballero fue subsidiar la revolución al supuesto ataque del enemigo (CEDA). Los hechos mostraron por sí solos las razones del fracaso, pero octubre del 34 había empezado en realidad en 1930, poniendo el punto final de una trayectoria que dejaba herido de muerte el proyecto republicano antes de la llegada del propio Frente Popular.

Este último período, como todos los demás, no es analizado por sus acontecimientos y urgencias, sino por las claves internas anteriores que vienen a enfrentarse entre el ascenso de Prieto y la desconfianza hacia la renovación de la conjunción republicano-socialista que hace el propio Caballero. No es un enfrentamiento entre dos personalidades, ni es sólo Caballero el que se opone a que Prieto acepte el encargo de Azaña de formar gobierno, sino que fue la mayoría del partido la que decidió quedarse fuera de él. El finalmente constituido, el de Casares Quiroga, era ciertamente un gobierno débil, pero ésa no fue la razón última que precipitó la sublevación militar. El análisis de Aróstegui rompe toda causa y efecto entre la negativa socialista a entrar en el Gobierno y el golpe de Estado, y sigue la línea de la evolución socialista, también para la guerra, de la trayectoria marcada a comienzos de los años 30.

Ya en el transcurso de la guerra, las tesis marcadas por Ángel Viñas sobre la evolución de la República son seguidas en general, si bien Aróstegui atribuye mucha menor autonomía a Negrín respecto de los comunistas. El período del Gobierno de Caballero, de septiembre de 1936 a mayo de 1937, presidido por “certeras intuiciones” (alianza antifascista de clase, gobierno de concentración revolucionario, control de la violencia en las retaguardias, puentes hacia los anarquistas) y “errores de realización” (abandono de Madrid y sucesos de mayo de Barcelona), fue clave en la dirección de la guerra, sobre todo en la militarización de las milicias y en la necesidad de mantener la legalidad democrática republicana, convirtiendo así en eje estratégico la propia política exterior. Políticamente fue un período convulso en el que se reveló la centralidad del enfrentamiento de Caballero con el aparato comunista, en un contexto de distanciamiento con el sector prietista y de fuerte deriva anarquista. Un proceso de conflictividad interna conocido, en el que a Caballero se le ha atribuido buena parte del liderazgo de las posturas de la UGT o de la Agrupación Socialista Madrileña, cuando en realidad su proyecto personal estaba ya bastante arrinconado.

La fase final, la de la derrota y el exilio en Francia, muestra crudamente ese aislamiento y la falta de recursos de una figura ajena a las riñas del exilio, que, sin embargo, fue capaz de suscitar una fuerte campaña de solidaridad internacional para frenar su extradición a la España franquista. El movimiento de apoyo auspiciado por Prieto favoreció la vuelta a una posición común de ambos líderes en torno al “plebiscito y la solución transitoria”. Tras el descenso a los infiernos del destierro y del campo de

concentración alemán, en sus momentos finales, el viejo líder sindical volvía a “renacer” en el apoyo a una visión política futura, pocos meses antes de su ingreso en la clínica parisina de la que ya no saldría con vida. El 23 de marzo de 1946, moría ante todo un líder sindical, pero también se extinguía un hombre que no dejó escrita autocrítica alguna. Se adentra así Aróstegui, para concluir, en el espinoso tema de la manipulación de los escritos finales de Largo Caballero, las *Notas históricas de la guerra de España (1917-1940)*, al que había hecho referencia al comienzo del libro en su crítica de las fuentes documentales. Termina el libro con un escueto balance y una imagen visionaria sobre Largo Caballero, ya que todo el análisis está implícito en un libro que inicialmente superaba las 1000 páginas: aunque su funeral fuese una de las últimas muestras de reconocimiento de todas las tendencias obreras, vaticinaba también una separación entre el sindicalismo y la política que sería persistente y duradera. Una de las pocas frases referidas a sí mismo, pronunciada en 1921, era muy representativa de cómo veía también Julio Aróstegui al propio Largo Caballero, al que ha rescatado definitivamente del olvido y la manipulación: “Yo he sido siempre un hombre caracterizado en la organización como reformista y de ello no me avergüenzo. Me avergonzaría de hacer declaraciones revolucionarias y luego actuar como oportunista o arribista”. Frase que en el plano personal e intelectual podría atribuirse también al propio autor, que en este libro ha dejado todo su oficio e impronta personal y que afortunadamente pudo ver publicado pocos días antes de morir ■

## KAFKA

José Luis Rey

Poeta, traductor y crítico literario

*Kafka*

Pietro Citati

Traducción de José Ramón Monreal

Barcelona, Acantilado, 2013

La editorial Acantilado ha ocupado un lugar de excelencia en el panorama editorial por la calidad de los libros que publica. En esta ocasión nos regala el libro, titulado someramente *Kafka*, del crítico italiano Pietro Citati, un libro de lectura obligatoria para todos los amantes de la prosa torturada y visionaria del gran escritor checo. El primer capítulo versa sobre la figura y apariencia del autor de *El proceso*, en una etopeya magnífica que parte de sus rasgos físicos y sus costumbres. Rodeado por una *mampara de cristal* según aquellos que lo conocieron, Kafka parecía necesitar tener un oficio fijo, en este caso como empleado de la oficina de seguros a la que acudía y donde era considerado como trabajador ejemplar. Nos viene a la memoria el caso similar de T. S. Eliot, que también necesitó siempre una ocupación burguesa y “decente” que lo apartara un poco de la literatura. Kafka, según Citati, no desea ser engullido por el *maelstrom* de su literatura y mediante su trabajo regular pretende ponerse a salvo de sí mismo y de su imaginación portentosa que amenaza con arrastrarlo a unos abismos a los que él, quizá, no pretendía llegar del todo. Sus amigos, según se nos explica, empezando por Max Brod, fueron importantes para él. Llegaba a las citas siempre retrasado, con sentimiento de culpa por ello, con una mano en el corazón como pidiendo ser perdonado. Así pues, la vida ordenada en el exterior (oficina, amigos, casa paterna) no dejaba ver el desorden y la turbulencia del espíritu. Incluso en su régimen

era Kafka austero: *Mientras los otros comían carne [...] él derramaba sobre la mesa la rica cornucopia de la naturaleza.* Citati nos descubre a un Kafka vegetariano y casi deportista, un hombre moderno en toda regla, siempre queriendo proporcionar un orden a todo aquello informe que lo cercaba. Soltero vocacional, Citati lo ve como un excluido: *No tenía un centro, una protección, una familia, una renta, un amor: nada en lo que apoyarse; y no vivía más que de sí mismo.* Kafka como solitario, como misántropo: *No sabía vivir con el prójimo [...]; le repugnaba profundamente.* Así Kafka se va construyendo su propia prisión, su propio castillo, su espacio de aislamiento. Y es que siempre se sintió culpable; la agonía larga de K. en *El proceso* revela su propia angustia, la que siempre tuvo ante el mundo y los demás.

Citati, en el segundo capítulo de este libro que es ensayo, sí, pero que a veces alcanza el nivel de poema en prosa, nos describe esa angustia ya mencionada en relación con el noviazgo y enamoramiento de Felice Bauer. Felice nos es presentada como una mujer segura y dominante bajo una fea apariencia física. Y Kafka se sintió *irremediabilmente ligado a ella.* A partir de aquí comienza la tortura. Y hace Citati la primera referencia, abundante después en el libro, a la tierra de Canaán a la que Kafka siempre querrá ser conducido por algo o alguien; en este caso, por Felice. Pero la tortura llega en forma de cartas. Por espacio de casi cinco años, Kafka va a vivir atado al potro de tortura postal: no duerme, no vive, esperando carta de Bauer. Sorprende que el púdico y reticente Kafka se revele y confiese abiertamente ante Felice. Por otra parte, ¿qué habría sido de Kafka en tiempos más recientes donde ya los enamorados no se escriben largas cartas? Él necesitaba la escritura como ángel y demonio, como emisaria de su amor pero también como defensa ante una proximidad demasiado cercana. Mediante las cartas, nos advierte Citati, Kafka lleva una vida de enamorado vicaria, subordinada al poder y la fantasía de la escritura, a la defensa de la escritura, al erotismo de la escritura antes que al erotismo corporal. El afán por el detalle es completo, Kafka quería saberlo todo: cómo le escribía Felice, qué postura adoptaba al hacerlo, dónde escribía, a quién había visto, cómo era su oficina... Y en cinco años, qué pocos días pasó con ella. Siempre evitando el momento del encuentro, el viaje a Berlín, la pasión de los enamorados. ¿Qué quería, pues, Kafka? Se nos antoja, según lo que nos hace ver Citati, que Kafka quería estar enamorado sin la complicación de tener que amar de verdad. Es, apuntamos nosotros, un caso parecido, muy parecido al de Rilke, que llegó a elaborar toda una teoría del amor intran-

sitivo, del amor que no puede detenerse en la amada sino tomarla como punto de partida para desembocar en un amor mayor hacia el mundo. Kafka, como Rilke, sólo podía amar desde lejos.

El capítulo tercero, dedicado a la génesis e interpretación de la primera gran obra kafkiana, *La metamorfosis*, es clave en el libro. Oigamos al propio Kafka relatando las circunstancias del paraíso esclavo que le serían propias para escribir: *Con frecuencia he pensado que la mejor forma de vida para mí consistiría en encerrarme en lo más hondo de un vasto sótano con una lámpara y todo lo necesario para escribir. Vivir como un insecto para escribir sobre un hombre transformado en insecto. En ese sótano el torturado encuentra la paz necesaria para dejar fluir el gran cauce de su imaginación. El crítico italiano nos advierte que allí toma conciencia Kafka, el más espiritual de los hombres, de la obsesión con su propio cuerpo. Para descubrir su propia profundidad, se transforma en insecto y nace Gregor Samsa. Samsa no se asombra ni se aflige al ver que todo sigue igual excepto él; le quita importancia a la transformación. Y esto es quizá lo más terrible del libro: la conformidad humana, la resignación ante la injusticia y la desgracia. Es magnífica toda la interpretación de Citati de la figura y las circunstancias de Samsa. Qué bien presenta la figura de este hombre convertido en un horrible bicho que no ha perdido sus sentimientos humanos. Gregor aprende a subir por las paredes y a aferrarse al techo. Ha conquistado lo que Citati llama *el don de la levedad*. ¿Para qué le sirve esa levedad? Para atisbar un fragmento de espíritu en medio de toda la tragedia. Parece ser que Kafka soñó en algún momento con dar un fin curioso al relato: la culminación en la alegría de la pura glorificación animal; no sentir la transformación como tragedia, sino como oportunidad de ventura mayor. Así había querido vivir Kafka también su vida de autor, según hemos dicho: encerrado en un sótano, escribiendo, sin ver a nadie, sólo con la presencia puntual de la hermana-amante. Citati habla del conflicto edípico que Samsa no es capaz de perder y que lo ata a la condición humana ya tan desdibujada. Y en esa renuncia a convertirse plenamente en animal ve Kafka la desgracia: el padre persigue a Gregor Samsa intentando aplastarlo, tal y como Kafka se había sentido perseguido por su padre. Y es que todo intento de emancipación, de vida diferente del hijo, aunque sea mediante una horrible metamorfosis, es un capricho y una culpa que deben ser castigados. Con una manzana, la del pecado original añadimos nosotros, incrustada en el dorso y lanzada por el padre, Gregor vive herido y degradado. Ya nada podrá salvarlo de su destino de ser alguien perdido entre lo humano y lo animal, de*

ser un ente castigado por Dios que aún entreabre la puerta de su cuarto para espiar la vida de la familia sin él. La música de la hermana es su único consuelo y el incesto soñado con ella se desvanece. Gregor muere en sacrificio, solo, lejos y cerca a la vez de su familia. Y su sacrificio es cósmico: con su muerte llega por fin la primavera. La paz y la belleza han vuelto al mundo. Aquí podríamos preguntarnos si Samsa es el Cristo anodino y desconocido del siglo XX, el que muere por los demás sin que los demás lo sepan ni lo aprecien: *Gregor ha salvado la perpetuidad de la existencia. Pero, contrariamente a Cristo, no la ha redimido. La vida continúa como ha sido siempre, con sus horrores y egoísmos, sin que nadie aspire ya al "alimento desconocido" de nuestra alma.*

El capítulo cuarto estudia *El desaparecido (América)*. Es curioso que Citati no dé una explicación metafísica del teatro de Oklahoma, que a mí me parece un símbolo esencial de la novela. Pese a ello, el análisis de Citati es sobresaliente. Nos cuenta cómo Kafka comienza a escribir esta novela en septiembre de 1912 y cómo escribía con rapidez, casi con éxtasis, en un libre fluir de felicidad creadora que el autor no había sentido nunca. Kafka llegó a llorar de placer por su libro. Se sentía fuerte y renovado a cada página, con *la alegría del ritmo, el gusto por contar historias y el placer del movimiento*. El ensayista nos advierte que, de entrada al menos, *El desaparecido* se inicia casi como una saga familiar para pasar a ser una novela de aventuras, por entregas, picaresca y también una fábula. Rossmann es el personaje *bendecido por la gracia*, un personaje optimista, vitalista y entregado como ningún otro en la obra de Kafka. Pequeño Don Quijote, *joven Idiota nutrido en los libros alemanes*. Pero, como el mismo Kafka, Rossmann es también el perpetuo adolescente al que las pruebas de la vida no le hacen crecer. La repulsa del erotismo y la nostalgia, según Citati, son rasgos propios de Kafka con que el autor contagia a su personaje. La figura del fogonero al inicio de la novela se revela como la figura del padre bueno y encontrado casi por azar. Hay que salir al mundo, parece decirnos Kafka el recluso, para hallar el amor del mundo. Y así es esta novela: la peregrinación por el mundo nuevo y en blanco aún de América. *Pero un destino imponía a Kafka vivir dentro de la Ley y representarla solamente a ella*. Así, Karl se ve obligado a dejar al fogonero y a ir tropezándose con la irremisible Ley en su aventura americana. La inexorabilidad de la Ley, tema tan hebreo, es fundamental en Kafka, como se verá también en *El proceso*. El automatismo de la sociedad americana y la enfermedad de la mirada ante el exceso visual de dicha sociedad son otros temas del libro, quizá el que con mayor pasión y alegría redactó su autor.

El capítulo quinto retoma la relación con Felice y el intento de Kafka por evitar lo que iba camino de ser una boda segura. De nuevo, la incapacidad de amar de cerca y de comprometerse. Kafka escapa mediante la redacción de su novela más lúgubre, *El proceso*, que es comentada por Citati en el capítulo sexto del libro. De esta novela se nos dice que, como en la vida de Kafka por esos años, *todos los colores y la luz del mundo han desaparecido: todo es negro o gris oscuro; no hay ya aire libre; y nosotros nos asfixiamos, como Josef K. en los desvanes del Tribunal*. No hay huida posible de Dios. Citati llega a comparar esta novela con toda una teología: *Quizá nadie, en los tiempos antiguos y modernos, ni siquiera los grandes teólogos dionisiacos y los místicos islámicos, ha afirmado la absoluta trascendencia de Dios con una fe tan desesperada y radical como la de Kafka en los últimos diez años de su vida*. La Ley del Tribunal que juzga a K. es una Ley escrita. También es una Ley secreta. No hay nada que hacer ante Dios y su Ley escrita y secreta, por lo que K. no tiene forma de evadir la condena y el castigo. Y sin embargo Dios es inmanente al mundo y está presente en la realidad de modo infinito. *Todo forma parte del Tribunal*. El proceso es incognoscible y remoto. Ni siquiera los jueces lo conocen por completo. Y los abogados apenas son tolerados. No hay mecanismo alguno que permita evadirse de la Ley: *Tras la detención, Josef K. reanuda su vida habitual [...]. Pero nadie puede estar más marcado por las rejas de la prisión que este hombre que sigue deambulando libremente por las calles. [...] No vive más que para el proceso*. Este vivir sabiéndose condenados es la terrible visión que Kafka tuvo del siglo XX, visión acertada, por desgracia. Nos dice Citati: *Nunca como en estas líneas hemos temido tanto el horror de lo sagrado*.

El capítulo séptimo se centra en el relato *La construcción de la muralla china*; aquí, en cambio, se habla de un Dios lejano y del vacío de su no presencia, *la teología en la que viven todos los que, tras la muerte de Dios, creen en Dios*. El octavo capítulo nos da los primeros datos sobre la tuberculosis que acabaría costándole la vida a Kafka: *Le parecía que médicos y amigos querían escudarle contra el ángel de la muerte, que tenían detrás de ellos, y que luego se apartaban poco a poco*. El capítulo noveno se dedica a glosar la relación con Milena, el nuevo amor de Kafka: otra vez la copiosa correspondencia, el interés por los detalles, el amor más soñado que vivido. Milena tenía, para Kafka, la ventaja de estar ya casada, con lo cual no suponía un riesgo de compromiso real.

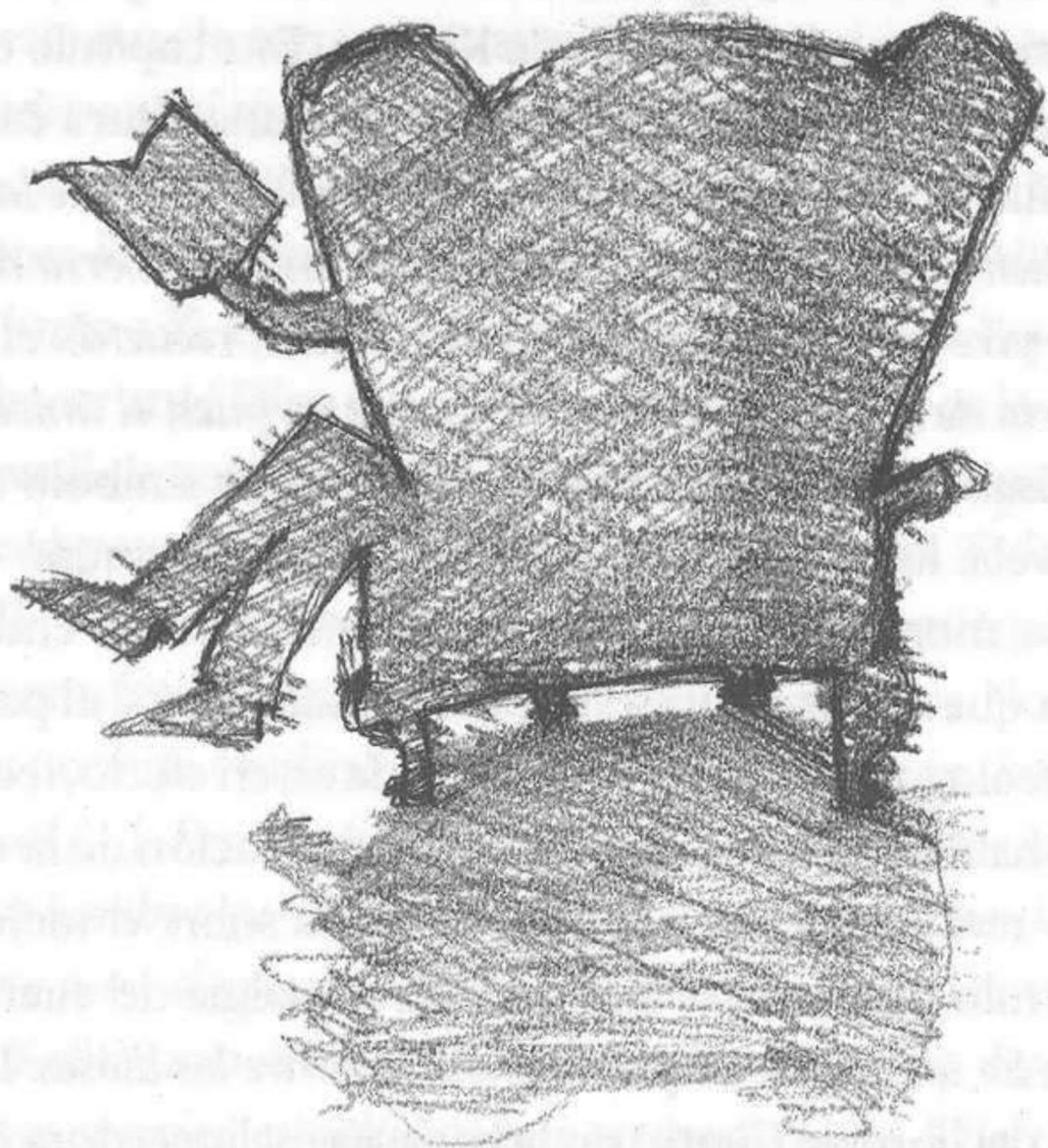
El capítulo décimo de *Kafka* se titula *El año de "El castillo"* y en él Citati nos relata las circunstancias en que fue escrito el que quizá sea el libro

más importante del autor checo. Ya en el capítulo once pasa a comentarlo: *Tenemos la impresión de que, antes, no ha ocurrido nunca nada, y que el universo, la vida de Kafka, la historia de la literatura, comienzan esa tarde, cuando K. llega ante la colina envuelta por la niebla y se detiene en el puente de madera.* La lectura metafísica de *El castillo* por parte de Citati es ejemplar. Frente a lo que ocurría en *El proceso*, ahora los dioses se han retirado a la periferia; tal vez estén incluso muertos, allá arriba en el castillo, y han delegado su viejo esplendor en figuras con el aura de lo sagrado e inaccesible, intermediarios como el personaje de Klamm. Este capítulo es sin duda el mejor del libro del crítico italiano, que alcanza una altura casi lírica de ensayista inigualable: *Aquí no hay más que dioses; el aliento de las criaturas que veneran a dichos dioses. Éste es el último confín de la tierra de Canaán, donde el pueblo vive con ellos. Nadie, en todo el libro, recuerda el rostro o la figura o la historia de algún predecesor de K., que es, pues, el único, el último en partir a la búsqueda de Dios.* Kafka logra su mayor símbolo con el castillo de esta novela: lugar inaccesible y remoto, casi un sueño de los que viven en la aldea, morada de los dioses indiferentes que sin embargo preside toda la vida que se desarrolla a sus pies. No sabemos si el personaje de K. simboliza al teólogo, pero sí que su búsqueda es, en efecto, teológica. De teodicea llega a hablar Citati y es genial su interpretación de la novela por cuanto tiene de reveladora y por la luz que arroja sobre el mejor libro de Kafka. Este capítulo magistral se cierra con la nostalgia del sueño imposible del hombre: *Lo único que K. quería era vivir entre los dioses.* Los dos últimos capítulos del libro de Citati, tras la epifanía esclarecedora del estudio de *El castillo*, tienen menos relevancia: uno se dedica a algunos cuentos breves de Kafka, como *La madriguera*, y el otro es la despedida al autor, en 1924, recordando sus últimos días, pasados en recordar su amistad juvenil con Brod, la infancia, las horas de alegría en el campo, en casa de su hermana, el amor por Felice... *Elogiaba el vino y la cerveza; y pedía a los demás que bebieran, a grandes sorbos, esos líquidos que él no conseguía tragar.*

Una vida triste la de Kafka; una obra difícil de igualar. Citati nos ha dado el que es uno de los libros centrales sobre la vida y obra del autor checo. Citati está aquí a la altura de Harold Bloom. Por ello, este libro es muy recomendable no sólo para el lector de Kafka, sino para cualquier lector que ame los ensayos inteligentes, rigurosos, lúcidos, profundos y amenos a la vez. Un ensayo que a veces raya la calidad de la poesía. Un verdadero hallazgo en los días de anestesia cultural que corren ■

# NUEVO ESPACIO ARCE

## Revistas Culturales



La cultura  
pasa por  
**aquí**

C/ ZURBANO, 4. MADRID

ABIERTO AL PÚBLICO

Exposición, venta y suscripciones



**arce**

ASOCIACIÓN  
DE REVISTAS  
CULTURALES  
DE ESPAÑA

C/ Zurbano, 4 | 28010 Madrid (España) | Tel.: 34 91 308 60 66 | Fax: 34 91 310 55 07 | E-mail: [info@arce.es](mailto:info@arce.es)  
[www.revistas culturales.com](http://www.revistas culturales.com) | [www.quioscocultural.com](http://www.quioscocultural.com) | [www.arce.es](http://www.arce.es)

## ALMA / 2020

*Gil Padrol*

Periodista y escritor

*Alma*

Javier Moreno

Madrid, Lengua de trapo, 2011

2020

Javier Moreno

Madrid, Lengua de trapo, 2013

La obra novelística reciente de Javier Moreno (Murcia, 1972), compuesta por *Alma* (Lengua de Trapo, 2011) y *2020* (Lengua de Trapo, 2013), se ubica dentro de la narrativa española contemporánea como una pieza necesaria para comprender algunas de las tendencias del engranaje literario actual. Ambas obras difieren notablemente entre sí, y ello contribuye, justamente, a ampliar el espectro temático y formal sobre el que trabaja Moreno, aumentando su valor y originalidad.

*Alma* puede considerarse más bien un artefacto literario, planteado desde una serie de cuestiones fuertemente discutidas en la última década: la identidad del sujeto, la conformación de la intimidad y cómo ambas repercuten en el proceso creativo del escritor y, por ende, en su ficción. La novela no asume una pretensión moralista o crítica al respecto, y rehúye posicionarse ante la sobreproducción teórica que este tema ha suscitado, muy en especial tras la masificación de internet y la supuesta nueva exposición “inconsciente” de la intimidad del propio sujeto a través de las redes sociales y similares. El espectáculo debordiano ya no transcurre en los medios de masas, sino en la sobreexposición ficcionada de la vida de cada individuo que comparte todo aquello que considera relevante de su vida, ya

sea la imagen de su nuevo hijo (considerándose, por ejemplo, al mismo nivel que Piqué y Shakira), o recomendando el mejor plato de su restaurante favorito, parafraseando, si se terciara, a Ferran Adrià.

Sin duda, los teóricos tienen mucho que decir acerca de este fenómeno, pero Moreno traslada a la literatura de ficción la misma problemática, adjudicándole también su capacidad para tratar este tema con sus propios códigos narrativos; Moreno recrea en *Alma* la mente de un personaje que navega constantemente entre su vida “real” y el incesante influjo de *inputs* externos derivados de la red y los medios de comunicación. ¿Acaso queda a estas alturas una separación visible entre los dos mundos?

El artefacto narrativo se despliega a modo de flujo de consciencia, con pensamientos asociativos del yo protagonista-escritor, que oscilan entre confesiones personales –recuerdos de una infancia cualquiera o anécdotas sentimentales– y juicios acerca del estado del mundo, ya sean sobre terrorismo, la literatura o el consumo de material audiovisual de la cultura popular. A nivel formal, esta especie de diario en bruto goza de una enorme libertad; se parte de un singular zoom directo a la interioridad del narrador, y una vez la cámara se sitúa en el primer plano de la consciencia del sujeto, el lector comprueba el insondable y frenético pulso mental del autor; se muestra una consciencia que no se detiene ante nada, un fluir caótico y confuso, una avalancha de impresiones mediáticas, personales, recuerdos distorsionados, fragmentos de conversaciones aisladas o imágenes insertadas en el texto –de Google Earth o fotogramas de películas–. El lector asiste a discusiones sobre carreras universitarias, a disertaciones sobre cómo es el trabajo de un bróker o un breve diálogo sobre Gogol y Platón. Todo vale, en la mente de cada uno los filtros son absurdos, los recuerdos inestables, la personalidad variable. Si así funciona la consciencia del sujeto contemporáneo, así es como debe concebirse análogamente la literatura según Moreno, o de este modo la planteó en *Alma*. Porque cuestionarse la interioridad de uno mismo, indagar hasta la náusea para acabar viendo que uno es parte ficción y parte real, o ya sólo ficción, y querer narrar este proceso, es plantearse, por extensión, el papel del escritor y de la literatura en la contemporaneidad. El mundo, rutinariamente instalado en hitos de espectacularidad ficcionalizados como el 11S o la quiebra de Lehman Brothers, se repliega recientemente en otra ficción: la que cada uno vive consigo mismo y con su entorno, ya sea real o digital, en sintonía con el ansia insaciable de comunicación, cuya veracidad carece de relevancia.

La respuesta de Moreno en *Alma*, en cuanto a qué es la literatura de ficción en medio de este nuevo paradigma identitario, fue pasar a la acción, dar un salto hacia adelante: plasmar dicha mutación desde la propia interioridad, y hacer emerger así una obra que bien refleja la complejidad que adquiere actualmente la propia “historia” de cada cual. Una vez derretida la fina capa que separaba el mundo real del mundo de la ficción literaria, el escritor produce sin tener ya que preocuparse en dilucidar qué está inventando y qué no, o en qué punto comienza una historia a ser ficción y, por lo tanto, literaria. La respuesta ya no recae en determinar si vale la pena o no escribir ficción en un mundo instalado en ella, sino en si la etiqueta “ficción” tiene todavía a día de hoy alguna utilidad.

Javier Moreno afirma en *2020* que tenía pensado no escribir más tras la publicación de *Alma* pero, aunque a estas alturas de 2013 pueda sonar tópico, la irrupción de esta salvaje y arrolladora crisis económica, se podría decir, hace retornar al escritor a la narrativa. Para ser precisos, es la particular duración e intensificación de la debacle económica en España lo que despierta en Moreno las ganas de novelar de nuevo. Y el título, *2020*, no responde a otra cosa que al año del futuro cercano y tremendamente oscuro en el que Moreno sitúa la acción. Las leyes del capital son tan omnipotentes, feroces y sádicas para con la sociedad que *2020* se inmiscuye plenamente en ello para tratar de componer una cartografía de la onda expansiva de la hecatombe económica, representada por varios sujetos participantes en diversas condiciones. La trama une a Gowan, un alto ejecutivo millonario, de *los del 1 %*, con Nabil, un precario personaje que malvive en uno de los aviones abandonados en Barajas y que grupos de personas usan como nuevo hogar. La novela arranca con la desaparición del multimillonario, y ahí se mezclan otros personajes, desde un detective en su busca hasta un *trader* de otra multinacional. No obstante, el lector se encuentra ante una de esas obras en las que el argumento es únicamente el pretexto, y no el fin en sí mismo, para desplegar la trabajada y desoladora visión del escritor acerca del tema central de la obra: el sinfin devorador del poder económico, y cómo éste permea en cada uno de los personajes, rehace por enésima vez las ciudades, y deforma, una vez más, el país entero; el funcionamiento de la bolsa –y la comprensión cínica y profunda que de ella tiene Gowan–, los movimientos especulativos de la España que ve nacer EuroVegas, las relaciones afectivas convertidas en acciones de compra-venta, la precariedad y la indigencia como reducto necesario para mantener el equilibrio darwinista del

capitalismo y los que lo poseen sirvan como ejemplos de la paleta temática que nos acompaña en 2020.

Un aspecto turbulento de la crisis económica es su barroca e imposible comprensión global. Infinitos factores participan en la caída libre, interminables explicaciones convierten en totalmente opaca su asunción racional por parte del individuo: gigantes corporaciones, G-8, Club Bilderberg, corrupción, países endeudados, la Troika, S&P 500, derivados, guerras, países en quiebra, prima de riesgo, cambio climático, sobrepoblación, consumismo, hipotecas... La danza del capitalismo desbocado penetra cada una de las acciones que realiza un sujeto y, al mismo tiempo, convierte sus actos en meros automatismos que sólo un bróker podrá interpretar en beneficio propio y de la elite para la que trabaja. El pánico, la inquietud e incluso la paranoia están permitidas en este panorama, pero para Moreno prima la fascinación. El espectáculo de lo privado, trabajado en *Alma*, queda relevado en 2020 por el festival macabro del capitalismo financiero. Y qué puede llamar más la atención que los que han orquestado el concierto. “No podemos envidiarlos ni querer ser como ellos porque no tenemos ni idea de cómo visten ni de cuáles son sus deseos. De tan inaccesibles, resulta casi imposible odiarlos”.

El personaje de Gowan posee los atributos de un superhombre, dotado de un lenguaje económico-financiero superior que le permite estar en contacto directo con el poder y las infinitas posibilidades que el dinero ofrece a su poseedor en un mundo que sólo trabaja a su merced. No son inoportunas las semejanzas con el protagonista de la novela de Don DeLillo, *Cosmópolis*, cuya conexión con el exterior queda prácticamente siempre mediatizada por una limusina. La fuga de Gowan, sin embargo, muestra esa necesidad del poderoso por escapar de su propia sombra, de liberarse de su propio triunfo tan contradictoriamente opresor. Y será en el encuentro con Nabil que el gran empresario recuperará parte de su identidad reprimida. 2020, pese a ser una obra con un marcado esfuerzo post-2008, contiene una serie de reflexiones y anotaciones respecto al mundo económico que ya han sido ampliamente tratadas y relatadas en novelas de diversos autores anteriores. Ciertas reflexiones sarcásticas acerca de la publicidad pueden recordarnos a un temprano Beigbeder en *13,99 €*, o la absurdidad exuberante de las mansiones de los multimillonarios a la casa de Patrick Bateman, protagonista de *American Psycho*. Escritas en 2003 y 1991 respectivamente, señalan patologías del sistema y del consumismo cuya evolución enfermiza bien podría haber acabado con la crisis que efectivamente ha acontecido. En este

sentido, el tratamiento que presenta *2020* sobre estos temas resulta algo obvio, meramente imitativo, dejando la sensación de haber leído ya ciertas descripciones o reflexiones, mermando su atractivo o persuasión. Por otro lado, el espíritu crítico que recorre algunos puntos de la obra, señalando la hipocresía bancaria, política y la sumisión de la sociedad que se dejó convencer por fastuosas hipotecas y prometedores viajes a crédito, ha sido también intensamente discutido en los medios de comunicación y en las redes, con lo que su mera introducción produce un efecto de eco que resta originalidad a la globalidad de la propuesta de *2020*.

Si bien *2020* pierde efecto en los tramos mencionados, en su conjunto es novela voraz, que rastrea y devora sin concesiones la violencia laberíntica del capitalismo post-2008 y su particular ejecución en España. Javier Moreno ha realizado, de este modo, una novela incómoda, hostil y lacerante, en la que se ha apropiado legítimamente y con autoridad del asfixiante contexto actual, convirtiéndose así en un especialista para hacer el trabajo sucio: el turbulento trabajo de llevar a la literatura el omnipresente malestar actual. Es un trabajo ya no sólo necesario, sino que alguien tenía que hacer cuanto antes; si hay una sensación ausente en la lectura de *2020* es que el trabajo haya sido hecho con prisas o fruto de la precariedad. Pese a la desesperanza generalizada, hay que celebrar que las constantes e imparable embestidas del sistema económico no consiguen oxidar el buen funcionamiento del engranaje que hace avanzar la literatura contemporánea.

Sirva, como simple ejemplo de este tipo de obra ensayística, *La intimidad como espectáculo*, Paula Sibilia, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2008 ■

# KARNAVAL

## INNOVACIÓN LITERARIA Y FICCIÓN POLÍTICA

*Salvador Clotas*

Director de *Letra Internacional*

*Karnaval*

Juan Francisco Ferré

Barcelona, Anagrama, 2012

Con *Karnaval* Juan Francisco Ferré ganó el XXX Premio Herralde de novela. El nombre de Ferré viene así a unirse a la larga y prestigiosa lista de novelistas españoles y latinoamericanos que han obtenido esa distinción. Desde que lo ganara Álvaro Pombo en 1983, Javier Marías, Justo Navarro, Roberto Bolaño, Alan Pauls, Enrique Vila-Matas, Marcos Giralt Torrente y Sergio Pitrol entre otros fueron robusteciendo una de las más notables nóminas de premiados. En esta ocasión se ha premiado una novela que rompe con muchos criterios estéticos y se constituye en un auténtico aldabonazo en el panorama, por otra parte rico y diverso, de la novela en lengua española.

Se trata de una obra muy provocadora que muchos críticos han valorado positivamente calificándola a la vez de iconoclasta y destacando generalmente su carácter rabelaisiano e incluso excesivo.

Pero ¿puede decirse que el mérito de esta novela radica sólo o muy principalmente en su carácter rompedor e innovador? No lo creo así. Como tampoco puede decirse de los grandes novelistas norteamericanos como Roth, Pynchon, DeLillo o Frazen, que también hicieron crujir los esquemas.

Como todas las obras de estos autores que sin duda Ferré conoce muy bien y admira, *Karnaval* es una visión compleja y poliédrica de la realidad. Novela que se inscribe en la propia trayectoria literaria de Ferré a la vez que le aporta un planteamiento narrativo absolutamente novedoso.

Unas palabras sobre el autor. A pesar de su aire de profesor norteamericano y de su apellido que suena a catalán, Juan Francisco Ferré es malagueño. Doctor en Filología hispánica. Es crítico literario y novelista. Profesor e investigador en la Universidad de Brown (EE.UU.). Desde el punto de vista de la creación literaria, está lejos de ser nuevo en la plaza. Sus obras son ya numerosas e interesantes. Entre las que quiero citar figura una colección de relatos bajo el delatador título de *Metamorfosis* que nos pone en la pista de un escritor por el que Juan Francisco Ferré muestra una especial predilección. En una entrevista ha manifestado que “todas sus estéticas se cruzan en Kafka”. Otro título no menos revelador de sus preferencias literarias es *I’love you Sade*. El influjo de la obra de Sade se hace muy patente en *Karnaval*, donde el protagonista oficia en numerosas ocasiones como experto seguidor del autor de *Las ciento veinte jornadas de Sodoma o la escuela de libertinaje*.

Sin duda fue *La fiesta del asno*, prologada por Juan Goytisolo, quien manifestó sobre el autor que “en él todo era incorrección política”, la que obtuvo mejor acogida entre críticos y lectores. Con *Providence* fue finalista del Premio Herralde y esta novela recibió críticas muy positivas y aun entusiastas en España y en el extranjero.

Quizá es el momento de reconocer que yo no entendí bien esa novela o que acaso la leí con prejuicios hacia lo que se ha llamado “nocilla”, tendencia con la que yo vinculaba a Ferré. La lectura de *Karnaval* que, en cualquier caso, considero muy superior a *Providence*, me ha permitido situar a Ferré y su extraordinaria personalidad lejos de cualquier prejuicio.

*Karnaval* es una novela sobre “el caso Strauss-Kahn”, así como suena. No se trata, por supuesto, de una biografía, ni siquiera de una biografía novelada, ni de un ensayo, ni de un reportaje sobre el personaje, aunque de todo eso hay mucho en la obra. Es simplemente una novela distinta.

El contenido no se desarrolla linealmente ni con una voz única o una sola tonalidad, se trata, en diversos tonos, de una narración coral que no siempre respeta el orden cronológico y cuyo discurrir narrativo se va interrumpiendo por unas cartas dirigidas a los hombres y mujeres poderosos del mundo a los que el Dios Khan, en el que Ferré transmuta la

personalidad del político francés, trata como iguales, incluidos Obama o Benedicto XVI.

Toda la obra gira alrededor de este personaje. Dios Khan convertido sobre todo en la segunda parte en una figura mítica y descomunal, gran culpable y chivo expiatorio a la vez, justiciero y diabólico, caracterizado por una inagotable energía sexual. No es el único personaje. Junto a él otros inspirados en la realidad, como la esposa Nicole o la camarera, o ficticios como la prostituta Wendy o el extraño Edison, personificación del capitalismo del sistema, o los personajes que el Dios Khan encuentra en las calles neoyorquinas, dejan oír su propio punto de vista en distintos monólogos directos o indirectos.

En la primera parte, la novela sigue las peripecias conocidas del caso Strauss-Khan: la supuesta violación, el intento de huida, la detención en el avión (magistralmente descrita), la estancia en una suite de lujo como prisionero, las declaraciones ante el juez.

El intermedio entre la primera y segunda parte lo conforma un curioso documental televisivo que constituye uno de los aspectos más originales e interesantes de la novela.

Personajes de muy distinta ideología y profesión opinan sobre el asunto Strauss-Khan. En realidad, no hacen más que expresar su propia filosofía de la vida.

Se inicia con un retrato más bien paródico de Philip Roth, que afirma que el problema es el “problema de la polla”, para Chomsky es la crisis del humanismo; Kristeva, que aparece acunando un bebé, lo considera un problema del lenguaje. A Houellebecq lo presenta en posición piadosa en la catedral de París. Preciado afirma que es un problema de travestismo y otros muchos personajes como Onfray Bloom, Sollers, Zizek y un largo etcétera expresan sus opiniones diversas y divertidas.

Constituye una inteligente y aguda parodia de la reflexión intelectual, moral y mediática de este principio de siglo. Este reportaje revela de una forma superlativa dos características del autor, su gran cultura y conocimiento del mundo contemporáneo y su extraordinario sentido del humor.

En la segunda parte, “el Dios Khan en el ombligo del mundo”, la imaginación y el humor de Ferré se disparan, a la vez que profundiza sus reflexiones políticas y morales sobre el mundo actual.

DK deambula por las calles más miserables de Nueva York, donde confraterniza con Julián y el argentino Ernesto. Las escenas se suceden sin una

auténtica disciplina cronológica. Victoria de la revolución, Strauss-Khan en el despacho oval, viaje con Mitterrand, fiestas en apartamentos, *soirées* en discotecas de moda o las hilarantes intervenciones de los exorcistas contratados por Nicole. La historia parece entrar en un vértigo narrativo hasta la muerte y resurrección de DK. En realidad no se trata de una resurrección, sino de una franquisteniana reconstrucción a manos del poderoso Edison. Guiño simbólico de un pesimismo final. Los DK nunca se acabarán.

He oído alguna vez a Ignacio Echevarría afirmar que hoy cualquier texto puede ser considerado una novela. No sé si le entendí bien pero imagino que apuntaba a la libertad con la que los narradores se enfrentan a su tarea. Ferré ha demostrado que sabe hacer uso de esa ausencia de normas para construir un sólido artefacto narrativo. Pero en *Karnaval* me parece descubrir una fórmula nueva y muy interesante. Basar una novela no en el desarrollo de una historia o de un personaje individual o colectivo, sino en el desarrollo de una noticia sorprendente, un desarrollo imaginativo más que documental, político y filosófico, más que realista. Las consecuencias políticas, económicas, sociológicas y culturales constituyen la trama narrativa y no hubieran podido ilustrarse con igual eficacia con una narración cronológica y detallada de los hechos.

En la noticia, en la foto, si me apuran, de la violación o el intento de violación de una camarera negra por parte de uno de los hombres más poderosos de la tierra y candidato a la presidencia de la República Francesa entra en juego toda nuestra civilización cristiana y capitalista. Es algo difícil de transmitir en su totalidad. Ferré lo ha hecho con una novela y ha demostrado que una novela nos explica, mejor que un ensayo, la trascendencia y las implicaciones de un hecho como el protagonizado por Strauss-Khan.

Stendhal se inspiró en un *fait divers* para escribir una de las grandes novelas de la historia, pero, al revés de lo que ocurre con *Karnaval*, en el *Le Rouge et le Noir* no hay rastro de la noticia en que se basa la novela ni de la personalidad de los protagonistas del suceso real. Lo mismo puede afirmarse de tantas novelas realistas que surgieron de una página de periódico.

*Karnaval* es “la novela de una noticia”, entendiéndose bien que no estoy aludiendo a que se basa en una noticia o en un suceso real, sino que la propia noticia con todas sus consecuencias y antecedentes, con su naturaleza de noticia sensacional, es el tema de la novela.

No cabe duda de que en lo que se refiere a la novela, su relación con la realidad Truman Capote dio un paso que ha influido enormemente en

la narrativa posterior. Es una experiencia radicalmente distinta de la de Ferré. La novación de Capote se basaba en el conocimiento íntimo de los personajes reales, en la experiencia de la convivencia del autor con los asesinos. Nada que ver con el “método” Ferré. Éste no ha conocido personalmente a su personaje. Ni falta que le hace. No creo que DK responda con gran fidelidad a la psicología de Strauss-Khan. El personaje creado por Ferré incluye a Strauss-Khan. Los instrumentos de los que Ferré se vale exclusivamente no son los narrativos sino los ensayísticos, no son los documentales sino los imaginativos.

No quiero disminuir con esto el carácter novelesco de la obra. Personajes, ambientes, trama, anécdotas lo avalan. DK es una auténtica creación. Su esposa Nicole, la prostituta Wendy y la camarera, sobre todo la camarera, son auténticos entes de ficción propios de una novela. Me gustaría destacar el excelente capítulo dedicado a la camarera, a su paseo por la V Avenida, a sus contradicciones y ensoñaciones, a su alienación y su humanidad. “Paseando por la calle con todas las miradas pendientes de mí, todo el mundo mirándome, señalándome con el dedo, parándose a cuchichear sobre mí en cualquier esquina cada vez que me veían pasar. Nadie podía saber nada todavía. La noticia no había salido a la luz aún, lo comprobé en un kiosco con miedo de ver mi nombre en algún periódico, o el de él, era lo mismo, y sin embargo percibía como todos me miraban como si fuera alguien importante, alguien que no tardaría en ocupar todas las portadas de los periódicos y no tardaría en salir en televisión. Lo más importante en esta sociedad” (pág. 55).

Como ya he dicho, el humor ocupa un lugar importante en esta novela. Fundamental.

Algo parecido al tono o la clave de una pieza musical. Humor en registros muy diversos. Sutil, satírico, sardónico, mesurado, grotesco, correcto, o tan políticamente incorrecto como en la carta de DK a su sucesora en el fondo. “Le escribo para decirle que se vaya a tomar por el culo.” El humor indignado con el que contempla la injusticia, el caos, la miseria provocada por esos funcionarios implacables del Mercado que toman té o whisky en el barrio financiero y aprietan tranquilamente el botón asesino.

*Karnaval* es una novela y una novela sadiana si este género existiera.

La alusión al sexo, a los genitales, es constante en la obra de Ferré. No es novedoso. La encontramos abundantemente en muchos escritores como Roth o Houellebecq, entre otros. Los episodios que reflejan las costum-

bres sexuales del protagonista y su entorno resultan a veces disparatadas pero siempre divertidas, como es el caso de la prostituta disfrazada de monja que resulta ser una auténtica monja.

Como han señalado algunos críticos, *Karnaval* es una novela esencialmente política, una gran metáfora del capitalismo actual. Indaga y denuncia los secretos del sistema neoliberal que rige el misterioso e inhumano Edison. La metamorfosis política de DK le lleva a compartir la vida y las ideas revolucionarias de los indignados, los parias de la tierra. Nadie mejor que DK para entender las razones de los indignados, él, parece decirnos Ferré, que conoce en profundidad los mercados y a quienes los manejan, esas decisiones que llevan a la miseria a naciones enteras como Grecia. En este sentido tienen un gran interés las divertidas y sangrientas misivas que dirige a los poderosos, como la dedicada a Trichet o a su sucesora.

Es una obra ambiciosa y original que añade nuevas perspectivas al género y muy especialmente a la novela en lengua española.

No voy a insistir en las influencias que ha podido recibir el autor y que en realidad sólo él conoce. Ferré ha reconocido su afición a Rabelais y al marqués de Sade, ambos parecen bastante claros en las páginas de *Karnaval*. Yo, con intuición de lector, que no de especialista, situaría esta obra en la proximidad de los grandes novelistas norteamericanos que ya han sido mencionados, que han utilizado la vanguardia formal, la parodia política y el sexo para construir grandes artefactos sobre la realidad americana. Escritores que han escrito algo moralmente interesante; como afirma Ferré que es su objetivo. Ferré también ha escrito una novela “moralmente interesante” ■

# UNA INVITACIÓN A LA EMBRIAGUEZ PRUDENTE

*Luis Artigue*

Poeta y novelista

*Entreguerras*

J. M. Caballero Bonald

Barcelona, Seix Barral, 2012

**E**s como coger la naturaleza básica de alguien y aumentarla, juego de espejos, vanguardia y vida... De hecho, hay algo muy refinado y abstracto en el modo que tiene este poeta de no negarse a la revelación autobiográfica, pero reservándose el derecho a encriptarlo casi todo. No impudor sino memoria; sino el acto defensivo de darle la espalda a la muerte encontrándose, al hacerlo, con lo sido en perspectiva. (Empiezo con estas consideraciones vagas porque hay libros como éste que, al leerlos, es preciso indagar en su motivación y su proceso ya que forman parte troncal de su sentido).

En efecto, la verdadera sabiduría radica en el saber sobre uno mismo. Consciente también de eso, J. M. Caballero Bonald (Jerez de la Frontera, 1926) en su inmoderadamente revelador libro *Entreguerras* (ed. Seix Barral) —toda poesía confesional, como nos enseñó Robert Lowell y sus aventajadas discípulas Sylvia Plath y Anne Sexton, tiene mucho de apasionante y audaz exceso— ha querido analizarse definitivamente haciendo un extensivo y barroco repaso de toda su existencia.

Sin embargo, para llevar tal recorrido a cabo, no ha tomado los instrumentos literarios de las memorias, sino los elementos de audaz introspección del psicoanálisis, la elocuente hiperconciencia de la mística y la

poderosa autoindagación psíquica inconsciente del surrealismo, para hacer con todo eso intensa y confesional y relampagueante poesía del yo.

De ese modo el poeta, afirmado en su solidez conceptual, su audacia metafórica, su desapego del lenguaje naturalista y de la sobriedad expresiva y su inventiva verbal tan conocida y celebrada –en el prólogo él llama a esto, no sin cierta conmisericordia, “obstinación retórica”–, pasa a adentrarse inspiradamente en sí mismo no para proporcionar al lector certidumbres, pero sí muchas sensaciones potentes. Lo hace así, descendiendo de forma paulatina, enfática y casi alucinatoria todos los escalones del ego para llegar arrebatado hasta el envés de su conciencia, hasta la explanada de los recuerdos encadenados y de las claridades extrapolables, ese lugar en el que confluyen exterioridad e interioridad para pasar a formar juntos un punto de lucidez radical desde el cual sólo cabe expandir en términos abstractos esa luz de intuición lograda (esa luz que, al ser expresada, pasa a producir un lenguaje que se sitúa más allá de la inteligencia y los sentidos, que no de la experiencia).

El resultado exterior de tal proceso virtuosamente intimista es este libro iluminador, un repaso con balance, que contiene un apabullante recorrido biográfico y un resumen de la evolución de la conciencia del autor en el contexto político y literario de este país nuestro.

Tal implicada travesía, que se manifiesta en un desarrollo prolijo y lírico no exento de escepticismo, viene un poco a compartir desde el principio la idea clásica de que sólo disponemos del ahora y la pretendida verdad biográfica es una quimera de la cual, también, sólo cabe hablar en términos abstractos. Recordar y tratar de atrapar o condensar lo vivido es un trabajoso fracaso, parece decirnos: el acierto está en vivir.

Y es toda esa lucidez radical y condensada y excelentemente empa-labrada que se nos sabe asociada a la autoridad moral de quien ha vivido y escrito mucho y bien, claro está, la que justifica desde el principio, y de forma acaso no magnánima pero sí exigente para con el lector, el hecho de que en este largo, capitulado y biográfico poema el contenido desborde la forma.

Asistimos pues así en puro trance, y de la manos del lirismo oscuro como un pozo lleno de diamantes, a la llegada del poeta a Madrid, a la oscuridad político-social de la posguerra, a la hoguera de las vanidades del mundo literario y a los inicios de su renuncia a un vitalismo elemental en pro del intento de vivir con la conciencia alerta. A la par que va reflexionando poéticamente sobre el mecanismo de la memoria y sobre la engañosa percepción de la realidad, nos habla luego de la autodestrucción

bohemia a su alrededor, y del germen de lo que sucede para ser recordado. Posteriormente no teme emplear la segunda persona del singular para autoanalizarse con rigor y sin ambages al recordar (va a la vez salpicándolo todo con un desarrollo de su concepción de la escritura como proceso continuo, heterodoxo y personal en el cual cobran tanta importancia las inclusiones como las omisiones).

Tras la guerra y la paz descritas sin minuciosidad pero con intensidad, vienen los lugares, las ciudades, las estaciones de paso del poeta que casi parecen la misma repetida porque todo se va aunando en su certidumbre de que todo es un perpetuo fluir. Y así, mientras avanza el libro, aunque el lenguaje en ningún momento decae ni modifica su tono, va teniendo cada vez más peso la vertiente temática cívico-moral: de los lugares de paso ha extraído el poeta una idea del mundo que viene a compartir.

Además de esto, el amor, la amistad, los olvidos, las insuficiencias, las imposibilidades, las conspiraciones del azar, que conforman el yo acaso en mayor grado que lo elegido, la importancia de la poesía misma, los remordimientos, las equivocaciones, la aplicada duración de la vida y el escepticismo de quien ha comprendido que vivir es avanzar hacia lo oscuro... Una existencia, en suma, vislumbrada a través del espejo retrovisor y descrita con sutileza, veracidad, inteligencia, magnetismo y complejidad.

Uno termina de leer *Entreguerras*, este largo poema que se tarda toda una vida en escribir y en entender del todo, concluyendo al menos que la memoria es el resultado de pasar la escoba de barrer migajas si no hay poesía en tu vida... Y entonces acertamos a saber que el título da idea de que el autor se sabe un superviviente. Y recordamos aquello que Viktor Frankl, superviviente de Auschwitz, dijera en su epatante libro *El hombre en busca de sentido*: "Sobrevive aquel que encuentra un sentido que le lleva a seguir luchando".

El sentido de J. M. Caballero Bonald, un poeta visionario que aún mantiene una relación cálida con la vida y que, desde la atalaya de la senectud, logra tan valiente recorrido vital inverso, más allá de su Premio Cervantes, del éxito, la fama y todo lo demás, radica en el lector que hace suyo el impulso, el libro, la vida...

Por eso quiero terminar precisamente recalcando que sí, que para mí, como para mucha gente, ha tenido sentido.

Y gracias, maestro, de todo corazón por lo mucho que no sabes que me has dado ■

# CORRESPONDENCIA

ITALIA / FRANCESCO LUTI

**A**hi serva Italia, di dolore ostello, / nave sanza nocchiere in gran tempesta, / non donna di province, ma bordello! (Dante, *Purgatorio* VI, 76-78)<sup>1</sup>. En tan sólo tres versos hace ya más de setecientos años definía Dante Italia. En aquel entonces Italia era apenas una idea, una lengua, sobre todo: un sentimiento. Cuna del Humanismo y del Renacimiento, a día de hoy, Italia parece más que nunca una *nave sin timonel en gran borrasca*.

A muchos siglos de distancia, siguen siendo las palabras del poeta florentino las que mejor sintetizan la gran confusión en que se encuentra inmersa Italia estos días. Las elecciones de finales del pasado febrero confirman el caos político como la única certeza. La enfermedad crónica e incurable que ni con el respaldo de los “médicos” europeos se ha podido tratar. Una enfermedad enraizada dentro del tejido socio-cultural de todo italiano, tanto que el italiano mismo constituye su propia enfermedad. Un “pueblo cáncer” del que sólo se salvan algunas decenas de genios universales. Es la triste realidad de unas gentes que siempre han creído caer de pie desde cualquier altura, seguras de que sus capacidades de recuperación son un don divino.

He elegido empezar citando a Dante a fin de valerme de sus palabras como antídoto ante la situación a la que nos toca asistir. Dante fue un exiliado que amaba su lengua, su ciudad, su país, Italia, pero no sólo Italia;

1. (*¡Ay sierva Italia, del dolor albergue, / nave sin timonel en gran borrasca, / no dueña de provincias, sino burdel!*).

Dante se consideraba un ciudadano del mundo; se acercó al Hombre, a cualquier hombre, demostrando que los sentimientos son universales. Sentimientos de los que la mayoría de los políticos italianos carecen.

Desde mi posición de espectador italiano desde la ventana española es doloroso observar, impotente, este “carnaval”. Los principales periódicos internacionales intentan comprender y hacerse eco de una situación de muy complicada comprensión. Hay buenos historiadores extranjeros conocedores de Italia, pero ciertos matices de los italianos son difíciles de captar, cuando menos de explicar, sin caer en la superficialidad, si no se ha crecido en Italia.

No hemos de quedarnos con lo sensacionalista y pensar que los periodistas italianos (sobre todo los de la televisión) “disfrutan” con el ahora cotidiano desfile de políticos por sus programas. Por lo general no son libres de expresar sus opiniones, sino marionetas de los mismos partidos, eso sí, a cambio de un buen sueldo, olvidando por momentos los más básicos principios del periodismo.

La mayoría de los ciudadanos entrevistados en las encuestas preelectorales, se mostraban desconfiados, desilusionados, enfadados, confundidos; otros daban la impresión de no estar muy preocupados por el destino del país, desconociendo que ellos mismos “son” el país. También hubo quien prefirió ir a esquiar en lugar de votar. Desilusiona pensar en lo que se ha convertido la Italia de Dante, que en 1252 acuñaba el *fiorino*, la moneda de oro, que en poco tiempo se convertiría en la más prestigiosa en Europa.

Y qué decir de los políticos italianos, que a la pregunta sobre la fecha de la Unidad de Italia o su constitución no sabrían qué contestar.

Desde hace al menos tres décadas han ido desfilando personajes ambiguos y sin preparación alguna, incapaces de representar al país, ni en su propio territorio ni en el extranjero. No hablan idiomas, y algunos ni siquiera son capaces de expresarse correctamente en italiano, su principal herramienta de trabajo... Por no hablar de los “licenciados” en no se sabe qué “paraísos universitarios”.

Y sin olvidar a aquellos que están todavía pendientes de juicio o los que ya han sido condenados y siguen paseando en sus barcos, o hablando en programas de televisión, y que a pesar de todo continúan ostentando sus cargos.

Desde mediados de los ochenta hemos visto de todo en la pasarela: se han presentado agentes comerciales convertidos en dueños de la casi totalidad de los medios de comunicación del país. Desde 1991 la Liga Nord y los

partidos que iban de la mano protagonizaron años de tensiones e irresponsabilidades, con los políticos de la izquierda que nunca supieron encontrar la cohesión, ni presentar una alternativa que ahora más que nunca hubiera sido necesaria.

Un país desunido; un país con veinte regiones que nada tienen que ver las unas con las otras. Corrupción, criminalidad a pequeña y gran escala dominan la escena en una Italia a la deriva. Una deriva donde navegan más perdidos que nunca una miríada de partidos que no han sabido hacer otra cosa que fundirse, unirse y desunirse, fundar alianzas y enseguida deshacerlas según la vieja costumbre italiana de ir donde *soffia il vento*. Todo esto justo cuando se han cumplido 150 años de la Unidad de Italia. Qué pena que la hermosa bandera, la *tricolore*, verde, blanco y rojo, la que la *Costituzione Repubblicana* de 1947 recuerda en su artículo 12: “La bandiera della Repubblica è il tricolore italiano: verde, bianco e rosso, a tre bande verticali di eguali dimensioni”, ya no ondee al viento mostrando su grandeza.

Una constitución tan perfecta, ejemplo para muchas otras en todo el mundo, pero tan poco respetada y aplicada.

No sorprenden hazañas como las de Giuseppe (Beppe) Grillo, un cómico de Génova muy popular desde la década de los ochenta, quien ha podido crear un partido en menos de dos años y recibir 1/3 de los *consensi*. Ahora le toca dejar las críticas y pensar en cómo preparar un proyecto de gobierno junto con los *grillini*, los del Movimento 5 Stelle, diputados elegidos por una gran parte del pueblo italiano. El problema es que los grillitos son un movimiento y no un grupo; que no se conocen entre ellos, y que no saben bien qué hacer mientras su *ideatore*, Grillo, grita sus ataques. Porque Grillo no habla, grita. Un “grillo gritante”.

Ni siquiera la elección del nuevo papa distrae a los italianos del espectáculo al que asisten y del que son protagonistas. Quizá no sea cuestión de cambiar a los actores sino más bien de concienciarse de que Italia no es un juguete del cual sus gobernantes pueden, según el humor de cada día, disponer a su antojo.

Italia son los italianos, los inmigrantes que allí viven por necesidad o por preferencia. Italia somos los italianos que viven y trabajan en el extranjero. Italia son las generaciones que tendrán que estudiar y trabajar allí un día. Italia es parte de Europa y es impensable que alguien la imagine fuera de ella.

Algo o mucho debe cambiar, se acabó el tiempo de espera. Bastaría con volver a empezar por la constitución, que en sus primeros doce artícu-

los, los de los “Principios fundamentales”, indica los caminos a seguir. Una ley que debe tanto a quienes la redactaron (muchos participaron activamente en liberar el país del nazi-fascismo) como a personajes como Antonio Gramsci o Leone Ginzburg, y a los muchos que fueron exiliados o asesinados durante el fascismo.

Bastaría concienciarse de que deben ser la educación y el trabajo las bases del renacimiento y del volver a comenzar de Italia tal y como es definida en el artículo 1 de la *Costituzione*, el básico, el más olvidado: “L’Italia è una Repubblica democratica, fondata sul lavoro. La sovranità appartiene al popolo, che la esercita nelle forme e nei limiti della Costituzione”.

Será entonces cuando Italia recupere el rumbo perdido.

Habría quizá por ello que empezar por el pueblo, teniendo en cuenta que es probable que los políticos podrían parecerse mucho a quienes les votamos, incluso más de lo que nos gustaría si analizáramos la situación.

Mientras escribo estas líneas, en Italia, después de cinco tentativas de elecciones, no se ha tenido más remedio que renombrar al actual presidente, Giorgio Napolitano, que a sus ochenta y ocho años parece ser el único capaz de hacerse cargo del país. ¿Será que la juventud y la sabiduría no pueden nunca ir de la mano? ■

---

## INDIA / URVASHI BUTALIA

---

La India está cambiando. En el corazón del cambio se encuentran sus mujeres. Es una realidad que no resulta fácilmente reconocida o admitida, pero cuya verdad no se puede poner en duda. Quisiera empezar contándoles la historia de una mujer llamada Salma. Criada en una pequeña comunidad musulmana, firmemente unida y profundamente conservadora, en Tamil Nadu, al sur de la India, Salma estuvo siempre protegida, fuera de la mirada pública. En cuanto tuvo la menstruación, la sacaron de la escuela y la obligaron a quedarse en casa, a la espera de que se concertara su matrimonio. Si alguna vez salía de casa, debía ir completamente tapada y nunca sola. A los veinte años fue obligada a casarse con un hombre elegido por sus padres, pasando así de un hogar conservador a otro, llevándose con ella el velo y todas las restricciones que lo acompañaban. A lo largo de estos años, había una cosa que sostenía a Salma: escribía poesía, en

tamil, su lengua materna, y la mayoría de sus poemas trataban de amor, vida, el cuerpo, deseo. Su madre, que era quien se aseguraba de que Salma se quedara en casa, era también la persona que la ayudaba a sacar estos poemas a escondidas y publicarlos bajo un seudónimo. Así que Salma, la poetisa, llegó a ser muy conocida, sin que nadie supiera quién era realmente.

Sucedió entonces un acontecimiento interesante y ajeno de gran alcance: se puso en práctica una nueva ley que obligaba a reservar el 33 % de los escaños, a nivel de gobierno local y municipal en toda la India, a las mujeres. Este hecho significaba que en algunos distritos electorales a lo largo del país sólo se podrían presentar mujeres a los comicios. Los hombres y las familias de políticos que, hasta entonces, se habían aferrado al poder tenazmente, tuvieron que enfrentarse de pronto a la perspectiva de perderlo. Comenzaron a revolver a su alrededor buscando la manera en la que pudieran cumplir con los requisitos legales y mantener el poder al mismo tiempo. La solución obvia era colocar en los escaños a mujeres que actuarían en representación de los hombres, de forma que de cara al exterior habría mujeres, pero el poder real permanecería en los hombres. Así que se sacó a las hijas, esposas, madres, hermanas... de sus hogares y se les pidió que se presentaran a las elecciones.

Salma era una de esas mujeres. Su marido, que hasta entonces había sido un representante electo, tuvo que ponerse a un lado y abrirle paso a ella. Lo primero que ocurrió cuando se convirtió en candidata fue que tuvo que quitarse el velo -después de todo, ¡no se puede hacer campaña sin una cara!-. Pronto hubo otras sorpresas. Salma se encontraba en la vida política como pez en el agua; en muy poco tiempo se convirtió en una célebre política de éxito. Lentamente, su vida como escritora se hizo pública, a los poemas se añadió una novela -ahora también publicada en alemán-, seguida de otras historias y escritos. Hoy en día, Salma puede optar por el camino que quiera seguir en su vida: puede decidir quedarse en política o convertirse en escritora a tiempo completo, o ambas (lo que seguramente hará).

Por cada Salma en la India hay miles más: mujeres pobres que han luchado contra toda probabilidad por hacer algo con sus vidas -trabajadoras del sexo que han salido de la penuria y han dado a sus hijos una buena educación, mujeres maltratadas que ahora conducen taxis y obtienen un salario decente, políticas en comunidades de base que están realizando cambios importantes y a menudo drásticos en las vidas de su comunidad, religiosas que han dudado de la Iglesia y pronuncian ser-

mones feministas, mujeres de castas bajas que trabajan para sus comunidades, y muchas más-. Mires adonde mires en la India, hay historias de mujeres con valor e iniciativa.

Y no es sólo en las comunidades de base, sino también en lo más alto de la industria, la banca, el gobierno, el arte. Algunos de los bancos más importantes de la India -tanto públicos como privados- están dirigidos por mujeres; sectores industriales, como, entre otros, el del transporte marítimo, del azúcar, de la bioquímica, tienen mujeres en los puestos más altos; las mujeres están a la cabeza también de algunos de los centros médicos más grandes. La persona más poderosa de la política india en este momento es una mujer, italiana de origen e india de nacionalidad. Y algunos de los movimientos políticos más importantes de la India están dirigidos por mujeres: la batalla por el derecho a la información -uno de los acontecimientos más relevantes en la India en los últimos años- estaba encabezada por una activista; la lucha contra la construcción de la presa de Narmada ha sido guiada durante años por una mujer; las mujeres están al frente de la oposición al establecimiento de una planta nuclear en el sur de la India.

Si esto fuera todo, sería maravilloso. Pero, por desgracia, no lo es. Entre las que triunfan en lo más alto y las que se encuentran en el fondo existe una multitud de realidades que describen las complicadas vidas de las mujeres indias. En los últimos años, por ejemplo, se ha incrementado de manera exponencial la violencia contra las mujeres en la India; las ciudades indias, conforme aumenta la globalización y la población urbana crece, se han vuelto mucho más inseguras para las mujeres. La India figura vergonzosamente en los puestos más bajos de la escala internacional en términos de desarrollo, sus mujeres todavía sufren una terrible pobreza, hambre y malnutrición, y muchas de ellas mueren en el parto.

¿Cómo se pueden casar estas realidades tan diferentes? ¿Es posible llegar a entenderlas? ¿Qué explicación puede haber?

La breve respuesta a estas cuestiones es que no basta una sola explicación. Uno de los eternos clichés sobre la India es que es una tierra de contradicciones; si se afirma una cosa sobre ella, lo opuesto también es inmediatamente cierto. Y, como todos los clichés, éste también tiene un ápice de verdad. La llamada historia del crecimiento de la India habla de una única realidad; hay muchas otras que subyacen tras ella que no se mencionan. Cientos de miles de mujeres indias, por ejemplo, quedan atrapadas bajo la tradición y la costumbre, lo que les dificulta el poder

ejercer cualquier tipo de elección en sus vidas. Al mismo tiempo, el crecimiento de la India como centro neurálgico de servicios relacionados con tecnologías de la información ha hecho que cientos de miles de mujeres de clase media y de clase trabajadora empiecen a salir de sus casas para acudir a sus puestos de trabajo -en atención al cliente, centros comerciales, servicios de transporte o centros de subcontratación, entre otros-. Los servicios urbanos (por ejemplo, buena iluminación de las calles, transporte seguro y económico, disponibilidad de baños) no le han seguido el ritmo a la incorporación de la mujer al mercado laboral. Y el problema no se da únicamente en áreas urbanas pues gran parte de la India rural sigue sin electricidad o con servicios deficientes, lo que significa que las mujeres no pueden arriesgarse a salir después de que anochezca y esta circunstancia, junto con otras, mantiene a las mujeres confinadas entre las cuatro paredes de sus casas.

Y esto es sólo la punta del iceberg; hay muchos otros aspectos que conforman las complejas realidades de las vidas de las mujeres indias que deben ser añadidos a este panorama. Aunque muchas mujeres indias no tengan ni voz ni poderes, no carecen de instrumentos y, con el paso de los años, ha quedado claro que los votos de las mujeres representan una cifra importante en las elecciones indias. Por tanto, aunque muchas de ellas permanezcan dentro de las cuatro paredes de su hogar, son capaces de distinguir entre un político u otro, o entre un partido político u otro.

Algunos problemas, por ejemplo, son de origen histórico. El nacimiento del Estado nación trajo consigo multitud de conflictos. Entre las primeras bajas se encuentran varios estados de la periferia de la India, las fronteras donde, incluso hoy en día, existen violentos conflictos que tienen enormes consecuencias para las mujeres. Atrapadas por la violencia, tienen que asumir la pérdida de sus hijos y maridos, amigos e hijas, ante la insurgencia y la militancia. Las mujeres deben enfrentarse al aumento de la violencia doméstica a la vez que gestionan el lugar de trabajo y se hacen cargo de lo que, hasta entonces, parecía ser trabajo de hombres.

La India tiene también uno de los movimientos de mujeres más duraderos y dinámicos en todo el mundo. Variado y múltiple, este movimiento -o, quizá más exactamente, estos movimientos- se ha ocupado de asuntos como, entre otros, la violencia contra las mujeres, los abortos selectivos por razón de sexo, la legislación a favor de las mujeres (fue la presión de los grupos de mujeres la que obligó al Gobierno, por ejemplo, a introducir leyes

sobre el acoso sexual en el lugar de trabajo y sobre la violencia doméstica) y los servicios de salud.

Quizá lo único que se puede afirmar con cierta confianza es que, a lo largo de todo el país, las mujeres están trabajando duro para cambiar sus vidas y las de aquellos a su alrededor. Lo hacen porque, aunque existen algunas leyes excelentes, sienten encarecidamente que, pese a las numerosas promesas de independencia, el cambio sobre el terreno ha sido lento y desigual.

Y allí donde ha sido posible, han convertido la adversidad en oportunidad. En Manipur, un estado al noreste de la India, prácticamente toda la economía del Estado se mantiene gracias a las actividades comerciales formales e informales que realizan las mujeres: tejen y venden telas, dirigen mercados de verduras, de objetos para rituales, de especias y de chatarra. Y, cuando es necesario, se lanzan a la calle y protestan, exigiendo enérgicamente sus derechos.

Las batallas de las mujeres indias no han hecho más que empezar, pero hay signos claros e inequívocos de que han comenzado bien y de verdad y de que, para ellas, el futuro será muy diferente del que vemos hoy en día ■

---

## TURÍN / ADOLFO BALTAR

---

Si al caminar por las calles de Florencia o de Bérgamo el viajero experimenta la sensación de transportarse a la época del Renacimiento o si al hacerlo por las calles de Roma el espíritu le lleva a la de los emperadores romanos, el paseo a pie por el centro de Turín supone una extraordinaria oportunidad para poner a volar la imaginación hacia el período comprendido entre los siglos XVIII, XIX y la primera mitad del siglo XX. Y lo es porque la ciudad del Piamonte, que fue la primera capital de Italia en 1861, ha sabido conservar con acierto en su gran centro histórico una enorme extensión de arquitectura decimonónica sin sucumbir a los encantos de la nueva arquitectura que pobló el mundo occidental a partir de la II Guerra Mundial.

No es difícil además que el viajero encuentre la ciudad envuelta en brumas si llega a ella en otoño o en invierno, lo que realza aún más su ya natural aspecto melancólico. La ciudad es, en la época presente, una de esas

grandes ciudades europeas que refleja a la perfección un aire decadente, fruto de un tiempo de pujanza que ya pasó.

Si el viajero tiene la fortuna de contemplar la ciudad desde alguna colina cercana, identificará sin problemas entre la inmensa masa urbana un edificio puntiagudo que sobresale sobre todos los demás: la *Mole Antonelliana*. Este edificio es el símbolo de la ciudad y su figura realza de manera elegante y extraña el *skyline* de la *Capitale Sabauda*.

La *Mole Antonelliana* mide hoy 167 metros. Originariamente fue concebida como una sinagoga judía, encargada al arquitecto Alessandro Antonelli en 1863. Prácticamente finalizada en 1889, nunca llegó a convertirse en templo de culto debido a una falta de entendimiento entre el arquitecto italiano y la comunidad judía de la época. La torre había sido adquirida en 1878 por la ciudad, dedicándosela al rey Vittorio Emanuele II. En su época fue el edificio de ladrillo más alto del mundo.

Hoy alberga el Museo Nazionale del Cinema, considerado el museo más importante de Italia dedicado al séptimo arte. Al viajero le sorprende que este museo esté precisamente en esta ciudad, ya que no recuerda ninguna película en la que Turín haya sido inmortalizada como inolvidable escenario de fondo, como sí ha ocurrido con otras ciudades italianas: Roma, Nápoles, Milán o Venecia. Sin embargo, su relación con el mundo del cine es vieja y la ciudad está considerada como la primera capital del cine italiano. A principios del siglo XX era el principal centro de producción cinematográfico del país (en 1907 se produjeron 107 películas, frente a las 40 de Roma o a las 7 de Milán). Allí estaban establecidas productoras como Fert cinema, Eula film, Ambrosio o Ridolfi film, y no fue hasta después de la II Guerra Mundial que *Cinecittà* desplazó su protagonismo. Una de las grandes películas del género llamado Colosal, *Cabiria* (1914), dirigida por Giovanni Pastrone y cuyos intertítulos gozaron de la pluma de Gabriele D'Annunzio, tuvo su gestación en esta ciudad.

Pero la relación de Turín con el cine en la actualidad está más relacionada con la crítica, con el público y en incluso con la financiación cinematográfica que con la realización de películas. Hoy la ciudad acoge en sus cines históricos diversos festivales cinematográficos de amplio prestigio internacional como el Torino Film Fest (dirigido hasta el pasado año por Nani Moretti y Gianni Amelio y que hasta 1997 fue el Festival Internazionale Cinema Giovanni) o el Torino GLBT Film Festival (dirigido por Giovanni Minerba desde 1981). Por otra parte, el público turinés adora el

cine (en la edición de 2012 el Torino Film Fest experimentó un aumento de espectadores del 16 %), frecuentando asiduamente las vetustas y monumentales salas de cine que todavía se pueden encontrar sin esfuerzo paseando por el centro de la ciudad. Es un espectáculo observar la variopinta cantidad de turineses que se reúne cada atardecer a las puertas del cine Massimo, antes y después de cada sesión, e intentar identificar entre ellos a estudiantes, cinéfilos, críticos, cocineros, oficinistas o funcionarios.

El Museo Nazionale del Cinema se ha convertido en una sola década en uno de los grandes atractivos de la ciudad. Inaugurado en el año 2000, este museo supone la recuperación de un espacio público para la ciudadanía y un importante reclamo turístico, junto al Museo Nazionale del Risorgimento Italiano o al legendario Museo Egizio. Sin duda, es uno de los grandes museos europeos sobre la historia del cine (con una especial incidencia en el cine europeo y norteamericano) tanto por el espacio en el que está ubicado como por su contenido. Una visita imprescindible para los amantes de la cultura cinematográfica, como lo son también el Musée Lumière de Lyon o el Museu del Cinema de Girona.

La disposición del museo turinés está compuesta por cuatro pisos y un *hall* central lleno de butacas y rodeado de decorados de cartón piedra, con dos grandes pantallas en las que se proyectan sin cesar secuencias de películas de todas las épocas y géneros. Los espacios en los que se desarrolla la narrativa del museo están ambientados en los diversos emplazamientos utilizados históricamente por los espectadores de todos los tiempos y lugares para contemplar las películas: viejas salas de cine, pequeños cine estudios de barrio, salas de montaje, salones de casas, dormitorios...

Cada una de las plantas está dedicada a una temática determinada. La primera está dedicada a la arqueología del cine y recoge proyecciones, aparatos y experimentos sobre el teatro de las sombras, la linterna mágica, los primeros estudios sobre la imagen en movimiento de Étienne-Jules Marey, Georges Demeny o Edward Muybridge, el kinetoscope de Edison o el cinematógrafo de los hermanos Lumière. La colección de imágenes estereoscópicas de la segunda mitad del siglo XIX que el visitante puede visualizar es, sencillamente, encantadora.

La segunda planta del museo está dedicada enteramente al proceso de creación de una película a través de una didáctica del cine pensada para todos los públicos: la producción, el sonido, el guión o la dirección. En ella podemos ver cómo se construyeron algunos de los efectos especiales

de *El Mago de Oz* (1939), *Viaje a la Luna* (1902) o *La Guerra de las Galaxias* (1977) o cómo se rodaron pasajes inolvidables como la secuencia del baile de Gene Kelly y Leslie Caron bailando junto al Sena al son de la música de George Gershwin en *Un americano en París* (1951) o la de Robert de Niro mirándose de manera desafiante al espejo con el pelo recién rapado en *Taxi Driver* (1976).

La tercera planta recibe al visitante con un gran cartel de *El séptimo sello* de Ingmar Bergman (1957). Todo el piso está hecho pensando en la publicidad del cine y en el imaginario creado a través de la historia de su cartelera. Una buena historia del cine no puede descuidar la historia de sus carteles. Aquí, el espectador podrá redescubrir, junto a los afiches de sus películas favoritas, títulos que creía haber olvidado para siempre, así como recorrer la evolución de los distintos estilos gráficos empleados para vender la imagen de las películas.

Por último, alrededor del hall central se han dispuesto una variedad de salas en las que se muestran los diversos géneros cinematográficos que en el cine han sido: el cine negro, el wéstern, el cine de terror, el cine musical, el cine de animación o la ciencia ficción. La ambientación de estos espacios es fabulosa. El espectador contempla durante su recorrido secuencias de diferentes películas: Burt Lancaster bailando con Ornella Mutti bajo la atenta mirada de Alain Delon en *El Gatopardo* (1963), Faye Dunaway acariciando de manera voluptuosa la pistola de Warren Beatty en *Bonnie & Clyde* (1967), Clark Gable sonriendo pícaramente al contemplar por primera vez el rostro de Vivien Leigh en *Lo que el viento se llevó* (1939), Christopher Reeve volando con Margot Kidder sobre el cielo nocturno de Metrópolis en *Superman* (1978), Bela Lugosi a punto de morder un cuello femenino en el *Drácula* de Tod Browning (1931) o Jean-Pierre Léaud caminando por la playa en la escena final de *Los cuatrocientos golpes* (1959).

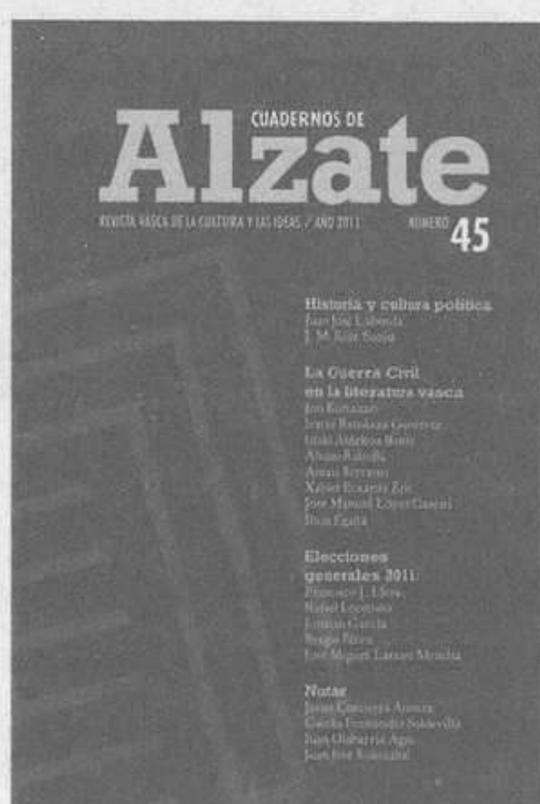
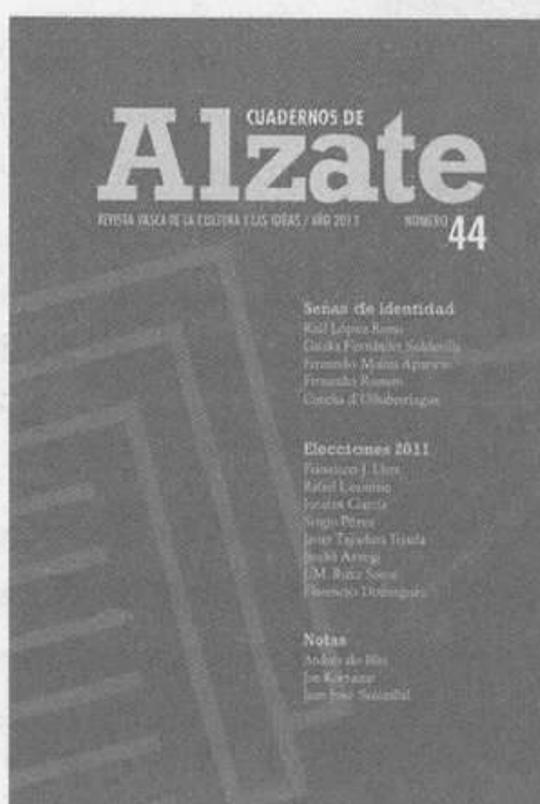
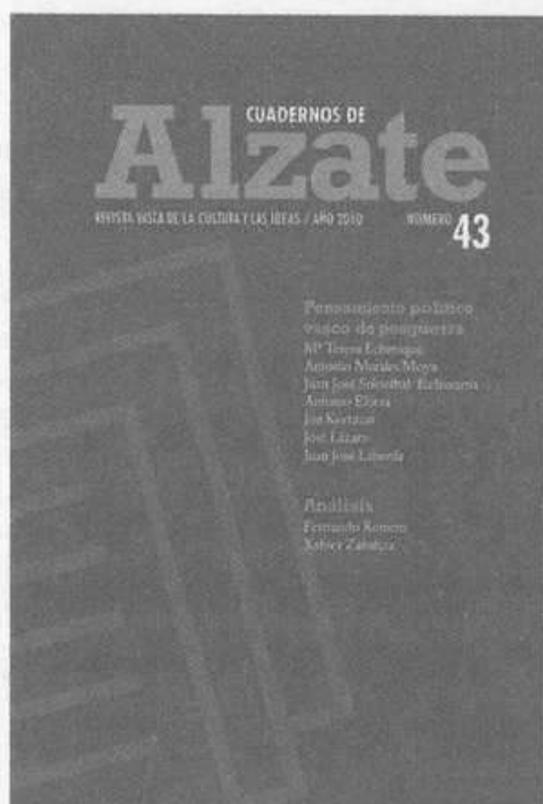
Hoy estamos en un nuevo siglo y la forma de ver el cine ya no es la que era. Quizá el mayor valor que tiene la visita al museo de la Mole Antonelliana es que testimonia todo lo que fue el cine para millones de personas de todo el mundo, toda la fascinación que ejerció en ellas lo que una vez se consideró como el mayor espectáculo del siglo XX. Y Turín, con sus tranvías, con sus palacios y plazas, con sus calles adoquinadas transitadas por bicicletas, ciclomotores, hombres con sombrero y mujeres con pañuelos elegantes, es el escenario perfecto para imaginar cómo fue ese siglo que amó el cine.

Antes de despedirse, el viajero recuerda dos famosas secuencias que tras esta visita se fueron con él. Una, la imagen de Greta Garbo en *Ninotchka* (1939) riéndose en un restaurante popular con una carcajada limpia y hermosa de un torpe Melvyn Douglas que termina por reírse también de sí mismo. La otra, Omar Shariff/Zhivago corre a romper una de las ventanas de la finca de Varykino para contemplar desde ella cómo, en un carronato, Julie Christie/Lara se aleja de él para siempre en *Dr. Zhivago* (1965) ■

# CUADERNOS DE **Alzate**

REVISTA VASCA DE LA CULTURA Y LAS IDEAS

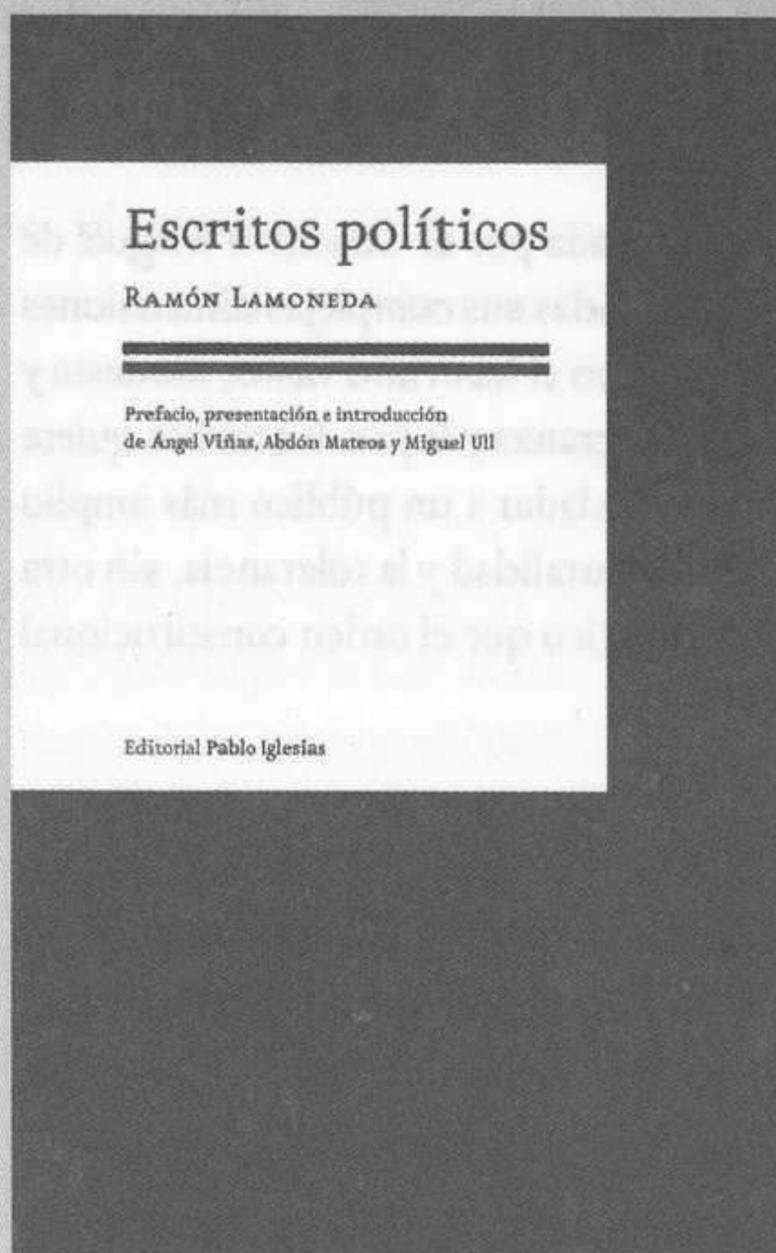
Hoy, al igual que en 1984, cuando vio la luz esta revista creada por el Colectivo Miguel de Unamuno, es preciso hacer un esfuerzo para comprender en todas sus complejas dimensiones a la sociedad vasca. *Cuadernos de Alzate* se presenta por ello en el laberinto vasco, modesta y moderadamente, como una apuesta por la inteligencia, la esperanza y la paz. La revista quiere ser vehículo de comunicación del mundo universitario y trasladar a un público más amplio sus actividades. Es, pues, una tribuna abierta a la razón, la pluralidad y la tolerancia, sin otra limitación que la aceptación de las reglas del juego democrático que el orden constitucional y el Estatuto de Gernika establecen.



INFORMACIÓN Y SUSCRIPCIONES:

[www.fpabloiglesias.es](http://www.fpabloiglesias.es)

# Fundación Pablo Iglesias



## Escritos políticos

*Ramón Lamonedada*

Prefacio, presentación e introducción  
de Ángel Viñas, Abdón Mateos y Miguel Ull

ISBN: 978-84-95886-65-1

Ramón Lamonedada (Jaén, 1892 - México, 1971) ocupó, entre otras importantes responsabilidades, la secretaría general del PSOE entre 1936 y 1945. Su pensamiento y actividad política estuvieron marcados por el tiempo que le tocó vivir: la vida política y social de nuestro país en la primera mitad del siglo pasado.

La publicación de estos Escritos que definen sus posturas políticas, de algunos de los documentos que emanaron de su pluma y de cierta correspondencia que conservó durante su largo exilio en México, permiten entender y situar históricamente los avatares en que participó Ramón Lamonedada.

El estudio de personalidades como la hoy olvidada de Lamonedada debería servir para que las generaciones del presente, para las cuales los avatares de la política y del exilio español son capítulos cerrados en la historia del socialismo español, puedan apreciar la valía de una de sus figuras señeras. Y también para que los historiadores del movimiento obrero recuperen las posiciones políticas, ideológicas, éticas y morales que caracterizaron a uno de sus más firmes defensores.

[www.fpabloiglesias.es](http://www.fpabloiglesias.es)

---

# LETRA

## INTERNACIONAL

---

### BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

---

#### TARIFAS

España: 18 € / Europa (correo aéreo): 28 €

América (correo aéreo): 35 € / Resto del Mundo (correo aéreo): 35 €

#### DATOS PERSONALES

Nombre y Apellidos .....

Dirección .....

C.P. .... Población ..... País .....

E-mail .....

Suscripción a partir del número .....

#### FORMA DE PAGO

Adjunto talón bancario

Giro postal número .....

Contra reembolso

Domiciliación bancaria:

Sr. Director de ..... Sucursal nº .....

Ruego atienda hasta nuevo aviso los recibos que anualmente les pasará la revista Letra Internacional en concepto de suscripción contra mi c/c.

Entidad ..... Oficina ..... DC ..... Nº Cuenta .....

Fecha y firma:

---

C/ Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid  
Tel: 91 310 43 13 • Fax: 91 319 45 85 • editorial@fpabloiglesias.es  
www.fpabloiglesias.es

---

---

*Letra Internacional* no se hace responsable de las opiniones de sus autores, ni se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia con ellos.

Queda prohibido expresamente que cualquiera de las páginas de *Letra Internacional* sea utilizada para la realización de resúmenes de prensa a los efectos previstos en el art. 32,1, párrafo segundo, del TRLPI. Cualquier acto de explotación de la totalidad o parte de las páginas de *Letra Internacional* precisará de la oportuna autorización.

---

## DISTRIBUCIÓN

- España:** Librerías: Latorre Literaria.
- Argentina:** Prometeo Libros. Avda. Corrientes, 1916. 1045 Buenos Aires. Tel./Fax: 953 11 65.
- Chile:** Editorial Contrapunto. Avda. Salvador, 595. Providencia, Santiago de Chile.  
Tel.: 223 30 08. Fax: 223 08 19.
- Colombia:** Siglo del Hombre Editores. Carrera, 32 nº 25-46. Santa Fe de Bogotá.  
Tel.: 337 94 60. Fax: 337 76 65.
- Ecuador:** Libri Mundi. Juan León Mena, 851. Quito. Tel.: 544 185. Fax: 504 209.
- EE.UU.:** Distribuidora de Libros Nuevo Siglo. P.O. Box 430569. San Ysidoro. CA 91143 - 0569  
Tel.: 84 09 08. Fax: 34 14 69.
- Guatemala:** Librería Sophos. Avda. Reforma, 13-89. Zona 10. El Portal, local 1. Guatemala.  
Tel.: 331 63 11. Fax: 334 68 01.
- México:** Gandhi México. Miguel A. de Quevedo, 134. Col. Chimalistac. 01050 México D.F.  
Tel.: 661 10 41. Fax: 661 20 43.  
Librería Octavio Paz. Miguel A. de Quevedo, 115. Col. Chimalistac. 01070 México D.F.  
Tel.: 480 18 05. Fax: 480 18 04.
- Perú:** La Casa Verde. Pancho Fierro, 130. San Isidoro. Lima 27. Tel.: 440 82 20. Fax: 221 03 81.
- Uruguay:** Ediciones Trecho. Maldonado, 1092. 11100 Montevideo.  
Tels.: 408 36 96 / 907 561. Fax: 900 59 83.
- Venezuela:** Distribuidora Noray. Los Mangos, edif. Alfa. Las Delicias de Sabana Grande. 1050 A Caracas.  
Tel.: 761 35 76. Fax: 762 02 10.
- 

## REDACCIONES

- Berlín:** *Lettre Internationale*. Dirección: Frank Berberich. Redacción: Dirk Höfer.  
Elisabethhof, portal 3 B. Erkelenzdamm 59/61. 10999 Berlín.
- Bucarest:** *Lettre Internationale*. Dirección: B. Elvin. Redacción: Irina Horea, Alexandru Sahigian.  
Aleaa Alexandru, 38, sectorul 1. Bucaresti.
- Budapest:** *Lettre Internationale*. Dirección: Eva Karadi, Karolyi Mihály.  
Nagyened u, 11/A. 1123 Budapest.
- Copenhage:** *Lettre Internationale*. Dirección: Peter Nielsen.  
Mediefabrikken, Store Kongensgade 40 E, 3. 1264 Copenhage.
- París:** *La Nouvelle Lettre Internationale*. Dirección: Antonin J. Liehm.  
27, rue Ambrosie. 75011 París.
- Roma:** *Lettera Internazionale*. Dirección: Federico Coen, Biancamaria Bruno.  
Via Trebbia, 3. 00198 Roma.
-

# La cultura pasa por aquí



arce

ASOCIACIÓN  
DE REVISTAS  
CULTURALES  
DE ESPAÑA

C/ Zurbano, 4. 28010 Madrid.  
Tel.: 91 308 60 66 | Fax: 91 310 55 07 | E-mail: info@arce.es | www.arce.es

[www.revistas culturales.com](http://www.revistas culturales.com)

# Fundación Pablo Iglesias



MARÍN  
Fotografías 1908-1940

*Marín. Fotografías 1908-1940*

ISBN: 978-84-95886-54-5

[www.fpabloiglesias.es](http://www.fpabloiglesias.es)